Publicaciones de la Escuela Moderna

COMPENDIO

DE

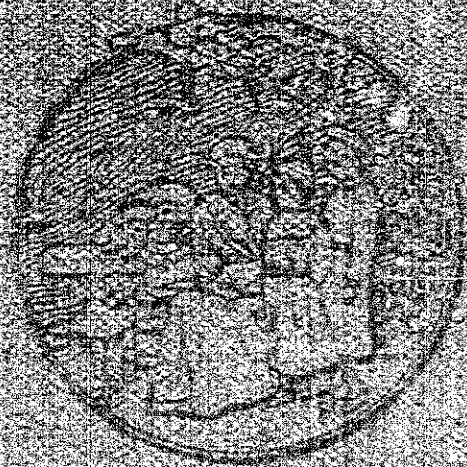
Historia Universal

POR

CLEMENCIA JACQUINET

Segunda y Tercera Parte

La Edad Media y Tiempos Modernos



BARCELONA
Calle de Belén, núm. 70
1902

COMPENDIO

DE

HISTORIA UNIVERSAL

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

COMPENDIO

DE

HISTORIA UNIVERSAL

POR

CLEMENCIA JACQUINET

SEGUNDA PARTE

LA EDAD MEDIA



BARCELONA
CALLE DE BAILÉN, NÚM. 70
1902

Es propiedad

Imp. La Campana y La Esquella, Olmo, 8, Barcelona

I

El Imperio Romano

Cuando un pueblo ha pasado por diversas fases gubernamentales, comenzando por el régimen de la monarquía absoluta, y modificando sus instituciones políticas de etapa en etapa en el sentido de mayor libertad, llega un momento en que se apercibe de que en resumen no ha ganado nada en el cambio, de que incesantemente ha servido los intereses de los ambiciosos y de que ha pagado las costas de todas las guerras civiles, porque no ha cesado de ser gobernado, de tener sobre sí una clase directora, de haber pobres y ricos, relativamente corto número de explotadores contra numerosos explotados, y, al fin, por descaecimiento y abandono se entrega sin reserva al primer amo que se presenta con

un poco de talento y mucha audacia prometiendo acabar con sus divisiones intestinas.

Ese descaecimiento permitió á Octavio apoderarse del poder y reunir en sus manos todas las magistraturas del Estado. Para establecer su dominación absoluta, tomó un título nuevo, el de emperador, que quiere decir comandante en jefe, sin abolir por eso la república, que continuó de nombre.

Los romanos aceptaron aquel acto arbitrario porque le consideraron como promesa de paz y felicidad. En efecto, Octavio condenó á muerte á cuantos juzgó temibles, perdonó con manifestaciones ruidosas á otros á quienes había hecho detener como sospechosos, declaró enfáticamente que se había derramado suficiente sangre, tomó el título de Augusto, es decir, venerable, y la farsa quedó representada.

¿Qué era, pues, aquel imperio que acababa de fundar, cuya resonancia llena la historia hasta nuestros días? No otra cosa que el orden exterior, ocultando el desorden moral. Trataremos de demostrarlo plenamente.

Para ello estudiaremos todos los elementos del Imperio romano, comenzando por su territorio.

Los romanos habían conquistado sucesivamente todos los países del litoral mediterráneo de Europa y de África, extendiendo su dominación en Asia hasta el golfo Pérsico; pero su marcha triunfal se detuvo en la orilla derecha del Danubio, el mar Negro y el Caspio. Detrás de aquellos límites vivían pueblos bárbaros, como se les designaba por costumbre, que han de entrar en escena manifestándose de un modo importante y transcendental.

Como se ha visto en la historia antigua, aquel inmenso territorio comprendía pueblos de muy diverso carácter, y por poderosa que fuera la fuerza de las armas romanas, era imposible nivelar bajo un yugo uniforme semejante variedad de costumbres políticas y sociales. El Imperio no fué, pues, en realidad, sobre todo, en sus tres primeros siglos, más que una confederación sometida á un poder central, cuyas partes conservaban su autonomía para todo lo que interesaba la administración local.

Toda la política de los emperadores en el indicado período de tiempo, se hallaba contenida en está máxima de Tiberio: «Un buen pastor esquila su rebaño pero no le desuella.» En efecto, el esquileo del rebaño fué su preocupación constante, hasta que los últimos emperadores acabaron por desollarle.

Un hecho moral dominaba todo el Imperio: el parisitismo erigido en institución. Tres clases formaban la sociedad imperial: los ricos, que eran avaros, vanidosos y que después de haber explotado indignamente á sus esclavos y á todos los trabajadores en general, se arruinaban en prodigalidades ineptas para conquistar una fama y arrastrar á su séquito una cohorte de mendigos desvergonzados; los parásitos, que vendían sus adulaciones á los ricos á cambio de una miserable pitanza diaria y no pocas humillaciones. La condición de los esclavos nos es ya conocida.

Había, es cierto, honrados artesanos que vivían penosamente de su trabajo sin aceptar ninguno de los humillantes despilfarros de los ricos; pero quedaban como obscurecidos en aquel mar de servilismo que

había invadido todo el Imperio. Si á la plaga del parasitismo se añade la de la burocracia, se tendrá una idea de la corrupción moral del mundo imperial romano.

Existe acuerdo en dividir la historia del Imperio romano en dos períodos: el uno, relativamente pacífico y próspero, comprende los tres primeros siglos; el otro, los tres últimos, constitutivos de una de las épocas más tristes de la historia.

Examinemos ahora cómo se ejercía el poder imperial.

Ya hemos dicho que Octavio no abolió la república, sino que ejerció solo todas las magistraturas del Estado: tuvo el poder proconsular ó el mando de todos los ejércitos y de todas las provincias, el poder tribunicio ó la dirección del pueblo en Roma y la inviolabilidad del tribuno.

Era además gran pontífice ó jefe de la religión; censor, es decir, quien indicaba á cada individuo la clase social á que pertenecía. Formulaba el presupuesto del Estado. Promulgaba edictos y rescriptos que tenían fuerza de ley. Por último, asumía el poder judicial.

Todas esas atribuciones las conservaba el emperador durante su vida, y no podía transmitirlas de derecho á su heredero; pero, aunque el Imperio quedó electivo, de hecho el sucesor del emperador fué siempre su hijo ó un hijo adoptivo.

El emperador ostentaba los títulos de césar (nombre de familia de Octavio), de augusto, de príncipe y de majestad; se revestía de las insignias de los magistrados de la república, marchaba precedido de lictores y tenía una guardia en su palacio.

Reunía cerca de su persona una corte de amigos, un consejo de gobierno y todo un pueblo de empleados.

Dejó de convocarse en absoluto la asamblea del pueblo; únicamente al Senado, cuyos miembros eran escogidos por el emperador, solía consultársele aún sobre los negocios públicos; pero el amo no tenía obligación de seguir sus consejos.

Los magistrados se elegían como en los tiempos anteriores, pero los candidatos eran designados por el emperador.

De hecho el emperador ejercía el poder absoluto; era la «ley viva,» y después de

haber gobernado como amo durante su vida, se le divinizaba después de su muerte. El Senado, en solemne ceremonia llamada apoteosis, le elevaba al rango de los dioses, lo mismo que á la emperatriz; se le erigían templos en todo el Imperio y se le consagraban sacerdotes llamados flámines.

Aunque en posesión del poder sobre todas las provincias, el emperador se reservaba especialmente la administración directa de las fronterizas por ser las que reclamaban la presencia de un ejército. A las otras continuó enviando procónsules como delegados de su autoridad.

El emperador disponía de un ejército permanente, compuesto de voluntarios, ordinariamente ciudadanos pobres que se hacían soldados de profesión, comprometiéndose por veinte años mediante un sueldo y la promesa de recibir la propiedad de un fundo ó heredad al terminar su carrera.

Harto conocida es la embrutecedora influencia que ejerce el cuartel en los que en él pasan muchos años: la disciplina los convierte en ruedas inconscientes de un mecanismo, obedientes á todos los impulsos

del poder; la costumbre de la guerra los endurece hasta el punto de atacar indiferentemente á extranjeros y compatriotas, olvidando que todos son hombres y como ellos mismos personificación del mismo derecho, y aun matando frecuentemente por el solo placer de matar; otras veces incendiando y saqueando, y cùando no, murmurando si el botín les parecía insuficiente. Cuando estos soldados entraban en la vida civil después de veinte ó más años de servicio militar, introducían en la sociedad sus costùmbres brutales y los efectos de su ignorancia.

Los gobiernos tienen necesidad de la fuerza para imponerse; pero no es menos cierto que con frecuencia ellos mismos sufren el yugo de esa fuerza brutal y ciega. A causa de esto, el nivel moral de una sociedad en que domine el espíritu militar es siempre inferior al término medio moral de la época.

Si después de haber estudiado el conjunto de la organización imperial, nos ocupamos de los emperadores en particular, nos convenceremos una vez más de la insuficiencia de los gobiernos absolutos para ha-

cer la felicidad de los pueblos; del estado precario de una nación en que la paz, la prosperidad, la guerra y la miseria dependen de la vida y del carácter de un hombre.

Lo que llama la atención en primer término es la afectación de extremada sencillez en la manera de vivir y de deferencia hacia el Senado que mostraron los «buenos emperadores,» los que podían considerarse que se contentaban con «esquilar su rebaño sin desollarle.»

Augusto vivió sin fausto, como un simple ciudadano, accesible á todos: ejerció el poder dejando á los magistrados y al Senado la apariencia de la autoridad. Su ambición positiva despreciaba las vanas apariencias; quiso ser el amo sin parecerlo. No rechazó, no obstante, todas las demostraciones lisonjeras para su vanidad, como lo acreditan los títulos con que se envanece; acepta que se dé su nombre á un mes del año, y puede decirse que preparó por sí mismo su deificación, porque viviendo aún las provincias le erigieron templos y altares. Toda su modestia aparente tuvo por objeto

ganar las simpatías de los romanos y evitar ser víctima de un atentado como César.

Tiberio, su sucesor, se manifestó más sencillo aún, porque, detestando el aparato y los títulos pomposos, gobernó en un principio el Imperio como un burgués modesto administra su hacienda, pero en la decadencia de su vida tuvo miedo y aplicó á la persona del emperador la ley que protegía á los tribunos de la república, castigando con pena de muerte el crimen de lesa majestad, lo que fué el origen de una serie de procesos inicuos; abundando los delatores, porque en pago de sus delaciones recibían una parte de los bienes de sus víctimas, y todas las delaciones eran atendidas.

Después de Tiberio vino Calígula, el loco furioso, á dar libre curso á su vanidad haciéndose adorar en vida. Inspirado por torpe soberbia exclamaba: «Todo me es permitido respecto de todos.» Sus bromas eran siempre de género lúgubre: cuéntase que un día, en medio de un festín, lanzó una carcajada, diciendo á sus invitados: «Me causa risa pensar que con una sola palabra podría hacer que os estrangularan á todos.»

Por último, en su delirio llegó á desear que el pueblo romano «no tuviera más que una cabeza para poder cortársela de un solo golpe.»

Cuando ese amable emperador perdía al juego, mandaba detener y ejecutar dos ó tres ciudadanos de los conocidos como más ricos para confiscar su fortuna: á eso llamaba saldar cuentas.

Como era algo aficionado á la literatura, le inspiraban envidia todos los escritores de talento, y no podía soportar que se les alabase en su presencia.

Todos esos excesos, como se ve, perjudicaban principalmente á los ricos, quienes, por su parte, no se abstenían de mortificar como buscando un desquite al verdadero pueblo paciente y trabajador. La historia acostumbra á no indignarse sino contra las injusticias cometidas en perjuicio de los grandes; pero nosotros, aunque reprobando el crimen donde quiera que le encontremos, hallamos lógico que los que se habían dado un dueño fuesen los primeros en sufrir sus consecuencias.

Sin embargo, como no podía menos de

suceder, los nobles se cansaron de aquel estúpido Calígula, y uno de ellos, Cheseas, le asesinó.

Pero su sucesor fué más inepto aún; era un hombre sin carácter ni dignidad y fué el primer emperador impuesto por los pretorianos, que le eligieron por casualidad, á falta de otro y porque pertenecía á la familia de Augusto.

Llamábase Claudio: no era mal hombre, pero sacrificado desde su infancia, aterrorizado por su madre no había aprendido más que á obedecer. Siendo emperador, se dejó dominar por sus libertos, por su mujer Mesalina, cuyo nombre ha quedado como sinónimo de crueldad é incontinencia, y al final por Agripina, con quien se casó después. No hizo el mal, pero le dejó hacer, y en tal concepto merece el desprecio de la posteridad.

Agripina, ambiciosa y autoritaria, se apoderó del poder. No carecía ciertamente de inteligencia y ocultaba al pueblo el espectáculo de sus desórdenes; pero educada en la sumisión, no concibió su propia libertad sino bajo la forma de dominación. Vió-

sela revestida de un traje militar, pasar revista á las legiones; recibía los homenajes de los embajadores y del Senado; en una palabra, para satisfacer su ambición, cayó en una ridícula y pueril vanidad. Para conservar su poder, logró apartar del trono á Británico, hijo de Claudio, y conseguir la adopción como heredero del trono de un hijo que tuvo de su primer matrimonio, el cual fué Nerón.

No se distingue Nerón de Calígula sino por su pasión por el teatro. Emperador é histrión, dióse en espectáculo, é hizo el viaje á Grecia para triunfar en los concursos helénicos, triunfos fáciles, encargados de antemano, peligrosos de negar al loco que se daba el título de amo del mundo y á quien en Roma se ofrecían sacrificios á su voz divina. La música no dulcificó sus costumbres, porque los procesos de lesa majestad, las delaciones y las ejecuciones continuaron sin interrupción bajo su reinado, llegando, para desembarazarse de un competidor, hasta matar á Británico, y más tarde á su misma madre Agripina, cuya tutela le pesaba.

Después de Nerón ocuparon el trono tres emperadores, elevados y derribados alternativamente por las legiones. Un cuarto, Vespasiano, dejó mejores recuerdos y restableció el orden administrativo. Su hijo, Tito, se hizo amar de los romanos; pero su tercer sucesor, Domiciano, fué vanidoso y egoísta: en la primera parte de su reinado continuó las tradiciones de sus predecesores, y luego en sus últimos años comenzaron los procesos y las sentencias. Para procurarse dinero obligó á los romanos á incluir un legado en su testamento, costumbre que le ha sobrevivido.

Vespasiano, Tito y Domiciano son conocidos bajo la denominación de los Flavios, derivada del nombre Flavio del primero.

A los Flavios siguen los Antoninos, cuyo reinado constituye el período más dichoso del Imperio, pudiendo concedérsele que sacaron el mejor partido posible del gobierno absoluto, esforzándose en practicar toda la justicia compatible con las costumbres de su tiempo. Fueron príncipes filósofos, imbuídos de las doctrinas estoicas, que gozaban á la sazón del favor de la socie-

dad imperial. Estudiaremos estas doctrinas en un tiempo ulterior, limitándonos por el momento á citar algunos de los pensamientos y máximas de los Antoninos.

«Quiero,—decía Adriano, uno de ellos, —gobernar la república de modo que se vea que es la propiedad del pueblo, no la mía.»

Desgraciadamente es preciso recordar que gran número de hombres sobre el territorio del Imperio no formaban parte del pueblo y estaban en estado de servidumbre.

Antonino, que le sucedió, impidió la persecución de los que conspiraban contra él, y se negó á hacer la guerra, alegando que «vale más salvar un ciudadano que matar mil enemigos.»

Por último, Marco-Aurelio, el filósofo, escribió pensamientos entre los cuales tomamos los siguientes:

«Una araña se envanece de matar una mosca; los hombres se envanecen también de matar, quien una liebre, quien un jabalí, quien sármatas; ¿no son todos bandidos á los ojos del pensador y del altruísta?»

A pesar de esto, estaba en guerra constante y ruda contra los partos, los moros y los bárbaros del Danubio.

Todos los emperadores tuvieron cuestiones con los germanos; de ellas hablaremos en nuestro próximo capítulo.

II

El Mundo bárbaro

Hemos visto desde el siglo III de la era vulgar á los romanos suscitar cada vez más frecuentemente conflictos á los pueblos que vivían al norte de sus posesiones, á quienes se designaba con el nombre asaz equívoco y poco definido de bárbaros. A estos pueblos, que tan importantes fueron durante la Edad Media, los estudiaremos alternativamente, y, para mayor claridad, volviendo sobre nuestros pasos, hablaremos en primer término de las poblaciones primitivas de Europa.

En los más antiguos vestigios descubiertos en los terrenos cuaternarios parece descubrirse analogías que los aproximan entre sí, de suerte que se han formado tres grupos, uno, cuyo tipo se ha encontrado en

Bélgica, en las inmediaciones de Spy, y que se denomina tipo de Neanderthal; otro encontrado en Francia, en Laugerie-Chancelade; estos dos primeros tipos son dolicocéfalos, es decir, de cráneo prolongado; el segundo presenta mayor desarrollo de la cavidad craneana y una frente más ancha. El tercer grupo es braquiocéfalo (de cabeza corta), de Hungría, ha invadido sucesivamente el valle del Danubio, Suiza y Bélgica.

Más tarde, al principio de los tiempos históricos, las más lejanas indicaciones que poseemos datan del siglo x anterior á la era vulgar. En tanto que los dorios invadían la Grecia, vióse aparecer á los vénetos y los ilirios en las costas del Adriático, y á los tracios en la Bosnia actual.

La Europa central, entre el alto Danubio y el Rhin, fué la habitación primitiva de los celtas; en la edad de bronce se esparcieron por el valle del Po, y en la de hierro, en el período llamado de Hallstatt, por el valle medio del Danubio, invadiendo luego el norte de la Galia y las Islas Británicas.

Poco después, hacia la misma época, los

scitas de la Rusia meridional, se esparcieron por el valle medio del Danubio.

Hacia el v siglo, anterior á la era vulgar, los celtas transalpinos ó gálatas, bajo el nombre de celto-belgas, invadieron la Jutlandia, el norte de Alemania, los Países Bajos, Inglaterra (bretones), la Galia, España (celtíberos) y un siglo después Italia. Luego otros gálatas arrojaron á los ilirios y los tracios de las riberas del Danubio y algunos llegaron hasta el Asia Menor. Al mismo tiempo aparecieron los germanos, que se establecieron al norte de los celtas.

Aquí consignaremos una leyenda que está á punto de desaparecer de la ciencia: la descendencia de todos los pueblos de Europa de una raza aria venida de Asia, porque todos los hechos tienden á probar que tal raza no ha existido jamás, y lo más que puede admitirse es que se encuentra un grupo de lenguas arias, originarias de Europa, y que, de un centro desconocido aún, se esparcirían formando dos grandes corrientes: una hacia Occidente, que dió lugar á las lenguas latinas; otra oriental, origen de las lenguas slavas.

Claro es que en todas esas migraciones de pueblos ha de contarse con las modificaciones que producen las mil circunstancias exteriores que se agregan al hecho principal; por lo tanto, reconociendo que no existe nada absoluto, tenemos la persuasión de que la mezcla de las razas y de las lenguas ha sido infinitamente más profunda y compleja que lo que las escasas indicaciones precedentes dejan traslucir.

¿Qué grado de civilización alcanzaron los hombres que poblaban el centro y el norte de Europa?

De la mayor parte de ellos poseemos datos generales que no permiten precisar las diferencias que seguramente existirían de un pueblo á otro. Conocemos mejor que á los otros los germanos ribereños del Rhin, y por lo mismo los tomaremos por tipo de todos los germanos.

Eran los germanos de gran estatura, rubios ó rojos, de ojos azules y piel blanca; habitaban, en el fondo de los bosques, en aldeas rodeadas de empalizadas, y los caminos que á ellas conducían se hallaban defendidos por troncos de árboles derribados.

Sus moradas eran miserables cabañas donde vivían groseramente mezclados, sin agricultura ni industria, del producto de la caza y de las incursiones operadas en los países vecinos. Vivían en continuo estado de guerra y luchaban tribu contra tribu.

Con frecuencia un guerrero famoso entre ellos unía á su fortuna una tropa de jóvenes que se ligaban á él por juramentos inviolables y que le seguían siempre dispuestos á sacrificarse por él. El guerrero y su banda salían en busca de aventuras y á veces se alistaban en las legiones romanas.

Aparte de la guerra y de la caza, que eran sus ejercicios favoritos, los germanos se entregaban á los vicios más repugnantes: el juego y la embriaguez eran sus pasatiempos predilectos.

Acerca del honor tenían un concepto singular: pensaban que toda injuria debía lavarse en la sangre del ofensor. A ellos se debe el duelo, que como recuerdo bárbaro se conserva por desgracia en la época presente.

Otra de sus costumbres consistía en exigir una multa en dinero al que cometía un

homicidio; tal era lo que llamaban el *Wergeld*. De modo que un asesino podía creerse el bienhechor de los parientes de su víctima.—«¿De qué te quejas? ¿No te he enriquecido?» decía un asesino al hijo que le reprochaba la muerte de su padre.

La poligamia existía, al menos para los jefes: la mujer era poco considerada en una sociedad en que la guerra era la ocupación principal, y por tanto no podía tener sobre nada derecho de propiedad, á menos que el marido le hiciese donación al día siguiente de su matrimonio y que se llamaba el *mosgengabe* (don de la mañana).

Como todos los pueblos poco desarrollados aún intelectualmente, los germanos gustaban en extremo del adorno, y se cubrían de collares de cristalería ó arcilla esmaltada y broches de bronce ó de oro para mantos.

Para distinguirse de los guerreros, los jefes llevaban los cabellos largos y sueltos y los otros los levantaban y sujetaban sobre la cabeza.

La denominación de germanos comprendía varios pueblos repartidos del modo si-

guiente: de Norte á Sud, los normandos; al Sud de la Suecia, los godos; en Dinamarca, los yutes y los angles; en Alemania, en el litoral del mar del Norte y de los estrechos dinamarqueses, los sajones; en la desembocadura del Rhin, orilla derecha, los frisones; en el curso medio del mismo río, los francos; en Alsacia, los alamans; cerca de las fuentes del Elba, los burgondios; al Sud del Elba y del Oder, los marcomanos; en el curso superior del Vístula, los vándalos; en el Danubio superior, los visigodos ó godos del Oeste, venidos de Suecia; entre los vándalos y los visigodos, los gépidos, y entre los sajones y los vándalos, los lombardos; los ostrogodos ó godos del Este, en el litoral del mar Negro, entre el Dniester y el Dnieper, y más al Este, los hérulos y los alanos.

Los germanos y los otros bárbaros se nos presentan comunmente como pueblos libres; mas como juzgamos que la libertad consiste en la plena conciencia de sí mismo y en la posesión de todos sus derechos, no podemos admitir como tales á hombres que vivían bajo el dominio de la naturaleza

física, que se daban jefes á quienes sacrificaban su vida, y que caían en una estúpida admiración ante el lujo y el poder de los emperadores y de los nobles romanos y no tuvieron jamás otro deseo que reemplazarlos alcanzando riquísimo botín. Por otra parte, ¿dónde podremos hallar, en el curso completo de la historia, el pueblo verdaderamente libre? En ninguna parte. La libertad no ha existido aún.

Por lo mismo pasaremos rápidamente sobre sus incursiones en el territorio del Imperio; su sumisión á los romanos, seguidas de rebeliones más ó menos fácilmente reprimidas, en las cuales, alguno de sus jefes, por venganza ó por codicia, provocaba un levantamiento general que terminaba siempre por una derrota.

¿A qué repetir, después de tantos otros, los nombres de los protagonistas de esas luchas y repetir las leyendas que sobre los mismos circulan?

A nuestra consideración se presentan todos despojados de aureola: vencedores y vencidos nos causan igual repugnancia. Limitémonos á consignar que desde Mario,

que venció á los cimbrios y los teutones, los romanos y los germanos estuvieron en lucha continua, y que en aquellas guerras no podemos distinguir quién merece mejor el dictado de bárbaro.

Las relaciones de los germanos en el Imperio encendieron cada vez más su codiciosa ambición hasta llegar el momento en que se les ve caer en masa sobre el Imperio y derribarle.

III

El Cristianismo

Después de haber hablado de la organización imperial y de los bárbaros, réstanos examinar un tercer orden de hechos que ha ejercido una influencia inmensa sobre los pueblos occidentales, la cual, haciéndose sentir aún, es en gran parte la causa del escaso progreso realizado en sociología (ciencia de la organización social). Nos referimos al cristianismo.

No es el cristianismo una aparición súbita y sin preparación, ni tampoco producto exclusivo de la tradición judaica, como pretenden los exégetas católicos, sino el resultado de las tendencias de Grecia y Roma durante un largo período.

Para estudiar bien su formación es preciso remontarse á la época en que los grie-

gos se pusieron en contacto con el Oriente y conocieron las doctrinas místicas de egipcios, persas, indios, etc.

Platón, principal discípulo de Sócrates, contribuyó á esparcir, primero en Grecia y en Alejandría después y en todo el Imperio romano, las creencias orientales de que ya hemos hablado al tratar de la historia antigua.

Después de la muerte de Sócrates, Platón emprendió una serie de viajes en cuyo curso visitó el Egipto, donde los sacerdotes de aquel país le enseñaron sus misterios, especialmente el dualismo de la persona humana; en Cirenaica se le dió á conocer los mitos asirios, y de todo ello formó un sistema filosófico que puede resumirse del siguiente modo:

Platón admite la existencia de una trinidad divina, compuesta de dios, organizador del universo, de la materia por él fecundada y del mundo que es su resultado.

En su filosofía, el doble egipcio se convierte en el alma humana, es decir, en un espíritu independiente del cuerpo que le aprisiona y que á la muerte del hombre

material se escapa de su envoltura para vivir eternamente. Esta alma, que piensa y que obra, se acuerda del bien ó del mal que ha hecho, y ese recuerdo causa su felicidad ó su tormento.

Los antiguos griegos y romanos no sabían observar la naturaleza: cuando les impresionaba un fenómeno natural, trataban de explicárselo con la imaginación, y es raro que fuesen bien inspirados: por una parte el temor que les impedía ir hasta el fondo de las cosas; después la fantasía que envolvía la realidad bajo apariencias extrañas ú horribles, desviaron la inteligencia humana de su verdadera vía. Soñar, imaginar es más fácil que experimentar; á eso se debe que los antiguos, tan poco habituados á la observación científica, hayan creado tantos mitos y hayan buscado tan lejos de la verdad la explicación de los fenómenos de la vida.

Cuando la actividad intelectual hubo pasado de Grecia á Alejandría, formáronse escuelas filosóficas que, bajo la influencia de los escritos de Platón y de las religiones orientales, propagaron el espiritualismo.

La más célebre de esas escuelas es la de Zenón, fundador de la secta de los estoicos, cuyas doctrinas gozaron pronto gran boga en Roma y en todo el Imperio, constituyendo un asunto de moda más que de convicción; fué de buen tono ser estoico, como, en nuestros días, los que se pican de elegancia son católicos.

Los estoicos adoptaron la filosofía platónica; creyeron en el alma y le dieron la preponderancia sobre el cuerpo. Eran gentes virtuosas que, horrorizados de la vida licenciosa que llevaban los ricos romanos, cayeron en el exceso opuesto. Para ellos, la suprema virtud consistía en renunciar al placer sin distinción; se proponían el sufrimiento; morir bien era á sus ojos el supremo bien. Predicaban el amor de los hombres, la bondad hacia los esclavos, visitaban los enfermos y los presos; en una palabra, cumplían todas las obras de caridad menuda con que los ricos tranquilizan su conciencia y gozan sin remordimientos de las riquezas que injustamente detentan; pero desconocían la verdadera solidaridad humana, la actividad útil, la harmonía de

la vida del hombre con las leyes naturales. Su virtud era ficticia y estéril, muy cercana del egoísmo y del orgullo.

Cierto número de estoicos se hicieron filósofos de profesión, y para atraerse una clientela recurrieron al charlatanismo: se dejaron crecer la barba y los cabellos; conservaban como únicos bienes un manto y una alforja, y vivían ostensiblemente de limosnas, afectando la más rigurosa austeridad.

En todo tiempo cayeron los hombres en lazos tan groseramente tendidos: un intrigante vestido de manera extraña está más seguro de ser escuchado que un hombre de mérito cuyo exterior no se distingue en nada de sus conciudadanos.

La ignorancia de la mayoría de los hombres es causa de que se dejen dominar por todo lo que excita exteriormente su curiosidad.

A favor, pues, de su disfraz, aquellos filósofos se introdujeron en las familias á título de directores de conciencia; cada noble, sin excluir el emperador, tuvo el suyo, sentando el pésimo precedente de acostum-

brar á los hombres al abandono de la voluntad propia y á pensar bajo la dirección de otro.

Los directores de conciencia adquirieron sobre todo gran influencia sobre las mujeres, á consecuencia de su aislamiento intelectual y de la tutela en que estaban acostumbradas á vivir.

Bien se marca ya la estrecha analogía que existe entre las doctrinas estoicas y el cristianismo, su resultado inmediato, que apareció también en la época imperial.

Pero antes de pasar al examen de la religión nueva, debemos hablar de una bella tentativa fracasada con gran detrimento de la humanidad. Algunos de los grandes pensadores de la época entrevieron el método científico; entre ellos merece citarse Galeno, quien hizo los primeros ensayos de anatomía experimental y trató de comprobar la veracidad de la enseñanza médica de su tiempo; mas las inteligencias capaces de comprenderle y de seguirle eran harto escasas, y sus esfuerzos se perdieron en la corriente espiritualista que arrastró locamente al mundo romano.

Ya hemos dicho que de Alejandría salió el cristianismo, última forma del espiritualismo. Sus creadores, los filósofos griegos de Alejandría, entre los que sobresalía Filón, junto con los jefes de las sectas judías de la ciudad, lo copiaron casi textualmente de la religión búdica.

El budismo, religión practicada por los indios, nació unos seis siglos antes del cristianismo. He aquí su leyenda:

Buda nació de la virgen Maya para salvar al mundo. A su nacimiento, una brillante estrella apareció en el cielo y unos reyes vinieron á adorarle. Presentado al templo, los sabios presagiaron acerca de él cosas maravillosas, y les admiró por su sabiduría.

Antes de comenzar la predicación de su doctrina, Buda se retiró al desierto, donde ayunó un mes y rechazó los ofrecimientos del demonio Mara, que le proponía el imperio del mundo.

Buda practicó curaciones milagrosas; pasó el agua á pies enjutos y alimentó maravillosamente á sus discípulos. Murió víctima de su amor por los hombres, traicio-

nado por su discípulo Devadatta, y después de su muerte se apareció á sus discípulos bajo una forma luminosa, con la cabeza rodeada de una aureola.

Buda dejó recomendado á sus discípulos que fuesen á predicar su doctrina por toda la tierra.

Existía gran movimiento de cambio entre la India y Europa por mediación de Alejandría. Cinco siglos antes de la era vulgar se establecieron en Persia unos misioneros budistas donde crearon conventos, y de allí llegaron á ponerse en contacto con los griegos y los asirios. Hasta en Roma, en tiempo de Augusto, vióse un tal Zarmano Chegas, monje budista, que fué á morir á Atenas.

Por aquella época veíanse en Judea aparecer de cuando en cuando predicadores que recorrían el país, á cada uno de los cuales daba el pueblo la denominación de Jesús, que significa Salvador. Se puede creer que el Jesús-Cristo fuese un monje budista, procedente del monte Carmelo, que se dedicó á predicar á los judíos la religión de Buda.

La leyenda de Buda forma el tema principal de la de Jesucristo, añadida con algunas circunstancias sacadas de la mitología egipcia.

He aquí las líneas principales del dogma cristiano:

Dios, compuesto de tres personas, padre, hijo y espíritu, creó el mundo en seis días, en el último de los cuales formó el primer hombre y la primera mujer, poniéndolos en un maravilloso jardín llamado Edén ó Paraíso; pero los creó con instintos en oposición con la perfección que deseaba de ellos, y pronto los arrojó del Paraíso por haberle desobedecido, condenándolos al sufrimiento y á la muerte lo mismo que á toda su generación. Sin embargo, separándose un poco de su rigor, les prometió su propio hijo por salvador.

Aquel salvador nació cuatro mil años después de la creación del mundo; tuvo por padre el espíritu santo y por madre la virgen María. Su nacimiento fué anunciado por una estrella, y tres reyes vinieron de Oriente para adorarle.

Algún tiempo después la virgen María

huyó á Egipto con su divino hijo para escapar del asesinato de niños ordenado por el rey judío Herodes.

Retirados en aquel país, volvieron á Judea algunos años después y se fijaron en Nazareth. A los doce años, el niño Jesús abandonó secretamente á sus padres para ir á Jerusalén á enseñar á los doctores del templo, admirándoles por su sabiduría.

Vuelto á casa de sus padres, permaneció en ella hasta la edad de treinta años, en cuya época se retiró al desierto para ayunar cuarenta días, y allí fué tentado por el demonio.

En seguida comenzó su predicación, haciendo numerosos milagros: curó enfermos, marchó á pie sobre las aguas y multiplicó cinco panes para alimentar á cinco mil personas.

Después, condenado á muerte, resucitó y se apareció á sus discípulos, en medio de los cuales permaneció cuarenta días, tras de lo cual subió al cielo.

Tomemos punto por punto esta leyenda y examinemos el carácter de los personajes.

El dios padre, en primer término, el

creador del universo, pudiendo todo, se complace en dar al hombre necesidades físicas é instintos contrarios al estado de perfección que desea, por el placer de ver á su criatura agotarse en una lucha estéril incesantemente renovada entre su organismo y la ley divina que le impide satisfacerle, y para poder castigarle ó recompensarle á su gusto. Ese dios, que ha creado malo al hombre expresamente, á lo que parece, para poder salvarle, ¿no hubiera hecho mejor comenzando por formarle tal como le deseaba? ¿se concibe que un padre comunique á su hijo una terrible enfermedad por el placer de curarle y proclamarse después su bienhechor?

De dos cosas una: ó el dios de los cristianos es un dios malo á quien toda conciencia honrada debe rechazar, ó es impotente para impedir el mal y para asegurar el bien que desea.

De todos modos, por su misma imperfección, se ve claramente que ese dios, como los otros, ha sido inventado por la imaginación humana en una de sus peores divagaciones.

Pues si los hombres son malos, tan malos que ese pobre dios desespera de salvarlos por los medios ordinarios, va á condenarlos en junto, si otra víctima no se ofrece para su vindicta. Poco importa á ese dios de justicia castigar á un inocente, y aun para confirmar su furor de venganza, es preciso que la víctima tenga un precio infinito, divino.

Mas como divino no hay más que él, ¿cómo salir del apuro? Sencillamente: por su propia operación se encarna él mismo, ya que el espíritu santo no es más que otra forma del mismo dios, y así vendrá á ser su propio hijo, á quien sacrificará para dar satisfacción á su cólera.

Aunque poco comprensible, queremos observar aquí que el único acto de justicia realizado por ese dios consiste en matarse á sí propio como autor de todos los males que sufren los hombres.

Si pasamos á la historia del dios hijo, la víctima, el salvador, notaremos que está completamente calcada sobre la leyenda de Buda; los hechos son absolutamente los mismos, un poco ampliados á expensas de

la mitología egipcia: la anunciación y la concepción de la virgen María se ven representados sobre la paredes del templo de Luxor, y relatan los mismos acontecimientos á propósito del nacimiento del rey Amenofis III; esa escultura data de diez y ocho siglos antes de Jesucristo. La huída á Egipto es una imitación de la de la virgen Isis, madre del dios Horus, que temía también una degollación de inocentes.

En cuanto á Jesús, ¿qué papel representa? ¿Qué lenguaje se le atribuye?

El papel de un ambicioso de baja estofa, infatuado con su propia sabiduría, que proclama ante todo su grandeza, su santidad y su poder. Abundan en el Evangelio los ejemplos del orgullo que manifiesta en toda ocasión y con el menor pretexto.

Así dice á los judíos que le escuchan:

«Yo os digo que uno más grande que el templo está aquí.» (Mat., XII, 6.)

Y más abajo:

«El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, derrama.» (Id., XII, 30.)

Si se dirige á los humildes, á los pobres,

es porque quiere hacerse un partido popular que le conduzca al poder. Es un demagogo con instintos monárquicos.

«Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.

»Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

»Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga.» (Id., XI, 28, 29 y 30.)

Ese dulce salvador carece de sentimiento filial, y no pierde ocasión de rechazar á su madre. A los doce años se extravía de la compañía de sus padres, y cuando su madre le encuentra, dice con dureza: «Mujer, ¿qué hay de común entre vos y yo?»

Más tarde, uno de sus discípulos le advierte que su madre quiere hablarle, y responde: «¿Quién es mi madre?»

«Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos.» (Mat., XII, 47, 48 y 49.)

No es muy dulce ese Jesús que declara: «No penséis que he venido para meter paz

en la tierra; no he venido para meter paz, sino espada.

»Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra.

»Y los enemigos del hombre, los de su casa.

»El que ama padre ó madre más que á mí, no es digno de mí.» (Mat., x, 34 á 37.)

Las palabras que dirige al pueblo están impregnadas del mayor desdén:

«Entonces, llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?

»Y él, respondiendo, les dijo: Porque á vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos, mas á ellos no es concedido.

»Porque á cualquiera que tiene se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

»Por eso les hablo por parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.» (Mat., XIII, 10 á 13.)

Respecto de los pretendidos milagros

por medio de los cuales quiere Jesús probar su divinidad, tomamos las siguientes líneas que arrojan sobre ellos una luz harto singular: «Y no hizo allí muchas maravillas, á causa de la incredulidad de ellos,» dice el evangelista á propósito de la estancia de Jesús en Jerusalén y de sus discusiones con los doctores.

Todo el espíritu de la Iglesia, altivo, opresor, envidioso, se halla contenido en las citas precedentes.

Podríamos continuarlas, pero preferimos detenernos aquí.

Para terminar, diremos algo de esa moral tan pura de que se prevalen los cristianos como si fuesen sus autores.

Ya hemos mostrado al principio de este capítulo que todas las ideas generosas de amor á los hombres, de piedad para los débiles, á los cuales los antiguos juntaban la tolerancia, eran el resultado de un progreso de la conciencia humana.

Todo sistema filosófico, toda moral religiosa lleva necesariamente el carácter del estado de los espíritus en la época de su aparición. El cristianismo está impregnado

de esas tendencias morales, pero además ha hecho suya la exaltación mística entonces dominante; la ha exagerado, haciendo de la abstinencia la virtud principal, virtud negativa ó más bien gran vicio social que es la condenación del principio mismo de la vida, la actividad humana pasional, que debe ser dirigida, no comprimida ni anonadada.

Muy distante de ser un impulsor de la civilización, veremos siempre al cristianismo, en el curso de la historia, frente á frente del progreso para obstruir su camino; negación de la ciencia porque desmiente el dogma; apoyo firmísimo del absolutismo, de la desigualdad de las clases sociales; opresor de la conciencia humana en el tornillo de su falsa moral; estandarte odioso á cuya sombra se han cometido todos los crímenes; vampiro siempre sediento de sangre al que se han sacrificado millones de víctimas.

IV

Decadencia del Imperio romano

Después de la muerte de Marco Aurelio, el Imperio cayó más que nunca bajo el yugo de los soldados, quienes elegían emperador al personaje que les ofrecía más dinero, asesinándole después cuando habían sacado de él todo lo que esperaban.

Tales emperadores, creaciones de la soldadesca, es decir, del elemento más grosero y vil de una nación, sólo tuvieron una preocupación: procurarse dinero por todos los medios, á fin de salvar su vida por medio de donativos á los ejércitos y también para satisfacer sus vicios, que eran numerosos é infamantes. En consecuencia, agotaron el Estado, sobrecargándole de impuestos y administrando como usureros.

No nos ocuparemos de esos tristes perso-

najes; estudiaremos las diferentes clases de la sociedad para comprender bien hasta dónde llega la desmoralización, producto del despotismo.

No hablaremos de los esclavos, cuya condición apenas había cambiado, á pesar de las leyes hechas en su favor, y de los sentimientos de humanidad de que hacían gala los estoicos.

Los plebeyos, aunque parezca imposible, habían visto agravarse su condición. No sólo pesaba sobre ellos la miseria, sino también la más dura de las servidumbres.

Los artesanos se agrupaban en corporaciones sometidas á duras leyes: los constructores de armas y de alhajas y los tejedores de las preciosas telas que se exhiben en la corte, trabajaban en manufacturas imperiales de donde no podían salir; se les marcaba con hierro candente como á los esclavos y á los criminales que sufrían condena infamante, y si alguno intentaba escaparse sufría la pena de muerte precedida del tormento.

Los obreros que suministraban á las sociedades objetos de primera necesidad,

como pan, etc., eran también esclavos de su profesión, y los hijos sucedían al padre en el ejercicio del mismo oficio, bajo pena de la privación de sus bienes.

Tampoco eran libres los agricultores en el campo; hacíanse colonos, es decir, arrendatarios de los ricos, y tan desgraciada era su situación que cuando los jueces querían imponer un castigo, aunque fuese á un esclavo, le condenaban á ser colono.

Aparte de las profesiones vigiladas por el Estado, apenas había industria en el Imperio; la población disminuía ostensiblemente; faltaban los recursos; y se veía, de una parte, en el mayor número, una extrema miseria, y en la otra, un lujo insensato en una ínfima minoría.

El privilegio hacía aún más pesado el yugo que pesaba sobre los pobres y la clase media, haciendo soportar á unos y á otra todas las cargas del Estado.

Los pequeños propietarios que en tiempos anteriores ejercían con orgullo las magistraturas de la curia y sostenían los gastos públicos, se vieron arruinados por el fisco. Encargados de repartir y cobrar los

impuestos, se hacían responsables de su totalidad y debían pagar por los contribuyentes insolventes, de lo que resultó un tráfico deshonroso, por el cual á los que les hacían donativos les libraban de la cuota, gravando inicuamente á los otros. A veces, á pesar de sus torpes y fraudulentos negocios, eran tan desgraciados que se escapaban al desierto, y ¡pobre de ellos si se les cogía en el camino!

Los nobles estaban exentos de impuestos, gozaban de todos los privilegios y ejercían las altas funciones gubernamentales. Su lujo era extremado: nunca se vió el oro, las piedras preciosas y las telas de seda empleadas con semejante profusión, ni festines más espléndidos, ni manjares más delicados y costosos.

El emperador dió el ejemplo: cesó de vivir como simple magistrado; usó diadema enriquecida con piedras preciosas; exigió que sus súbditos se prosternasen en su presencia; el oro y la plata adornaban las paredes de su palacio, como sus vestidos y los de sus guardias, y hasta el suelo de sus habitaciones se cubría de una capa de polvo

de oro que se renovaba cada día. Durante el tiempo en que se practicaba tan soberbio despilfarro, miles de hombres morían de hambre, como consecuencia natural del régimen de la propiedad apoyado sobre la herencia.

Aprovechándose del mal gobierno de los emperadores, los bárbaros, alentados, invadieron el Imperio varias veces y por diversos puntos.

Los partos invadieron por el Este la Mesopotamia y la Siria (260); luego los germanos pasaron el Rhin y entraron en Galia (alamans, francos), y en Bretaña (sajones).

Los godos, navegando en barcos tomados á los griegos y obligando á bogar á sus prisioneros, se presentaron en el Danubio asolando las costas del mar Negro y del Archipiélago.

A los bárbaros se unieron los cristianos, quienes, sobre todo en Oriente, tomaron parte en aquellos desastrosos acontecimientos. Los emperadores, hasta entonces tolerantes con ellos, comenzaron desde aquel momento á perseguirlos, dando principio

la era de los mártires en tiempo de Diocleciano y haciéndose la persecución general en todo el Imperio.

Diocleciano se asoció un amigo suyo llamado Maximiano, y con su ayuda emprendió la regularización y el orden en el Imperio. Para esto comenzó por reprimir duramente, ó por mejor decir, por exterminar los bagaudes, campesinos galos que se habían rebelado contra el pago de las contribuciones (285).

Para facilitar la tarea gubernamental, estableció Diocleciano que en lo sucesivo habría dos Augustos, es decir, dos emperadores, y que ellos mismos designarían sus sucesores que llevarían el título de Césares.

No por eso fueron mejor las cosas en el Imperio. Después de haber reformado otros puntos de la Constitución, Diocleciano abdicó y obligó á Maximiano á imitarle. Habíase hecho construir un palacio inmenso en Salone, su país natal, y allí se retiró y se dedicó á cultivar sus tierras.

Reinó veinte años, fué el primero que se hizo llamar amo, que usó la diadema y que

adoptó las costumbres de los reyes orientales.

Con su retiro sobrevino de nuevo el desorden en el Imperio, que llegaron á disputarse seis emperadores, acabando por obtener el triunfo sobre sus colegas y adversarios el más astuto y ambicioso de todos, Constantino, que redujo á la nada la última Constitución, reinando solo.

Para conseguir sus fines hizo asesinar á todos los que le molestaban: su suegro, dos cuñados y no escaso número de personajes políticos.

Después pensó en conciliarse todos los partidos: los cristianos formaban la mayoría en Oriente, mientras que en Italia y en Grecia los partidarios del paganismo eran siempre los más numerosos. Impuso la tolerancia religiosa, pero como esa tolerancia tenía únicamente un objeto político, consistió no más en favorecer á los cristianos ó á los paganos, según las provincias donde unos ú otros tenían la supremacía.

Por el edicto de Milán (312) el emperador proclamó la libertad de todos los cultos; llamó á su consejo representantes de

las diversas religiones, á quienes encargó de corresponder en su nombre con sus comunidades respectivas, lo que ha hecho decir á unos que era cristiano y había hecho triunfar la religión del cristo, y á los otros que había permanecido pagano. En realidad fué exclusivamente político y se esforzó en sonreir á todos los partidos; él mismo mantuvo cuidadosamente el equívoco sobre sus opiniones personales.

Un ejemplo célebre de su falsía se nos suministra por el uso del estandarte que, según costumbre, llevaba á su lado. El lábaro, como se le llamaba, tenía el emblema de la cruz, pero este signo no es exclusivamente cristiano; se le encuentra hasta en los ornamentos de la alfarería prehistórica, porque con las líneas puntuadas es una de las figuras más sencillas y que mejor se prestan á la ornamentación elemental.

Los indios, los asirios y los galos le han hecho figurar en sus emblemas sagrados, y al aceptar los dioses orientales, especialmente el dios sol, los romanos se acostumbraron á respetar la cruz que le estaba consagrada. De manera que el estandarte im-

perial daba satisfacción á los cristianos sin chocar en nada con las opiniones antiguas, ya que hasta los mismos soldados tenían por costumbre adornar sus escudos con aquel signo.

De aquella misma época data la confusión, ó, mejor, la fusión hecha entre Jesucristo y el dios Sol: la misma imagen, una cabeza humana rodeada de rayos servía para representar una y otra divinidades.

Constantino cambió dos veces de residencia. No le gustaba Roma, y una primera vez fué á instalar su corte en Milán, luego á Bizancio, que ensanchó y que se denominó Constantinopla (ciudad de Constantino).

Los bárbaros se agitaban cada vez más; una nueva corriente de invasión se abría hacia el Este, y un nuevo pueblo, partido de la meseta central del Asia, entró en escena; los hunos, que empujando ante sí á los godos, se establecieron sobre las orillas del Danubio, desde donde se lanzaron sobre el Imperio de Occidente, pero no tardaron en desaparecer.

Los visigodos, rechazados por los hunos de su país, enviaron á pedir al emperador

el permiso de establecerse en el Imperio; el emperador se lo concedió bajo la condición de que le habían de entregar sus armas y dar sus hijos en rehenes, comprometiéndose á suministrarles víveres.

Trescientos mil visigodos atravesaron el Danubio bajo la fe de esa promesa y cumplieron las condiciones impuestas, pero los funcionarios romanos no les dieron víveres y se vieron precisados á quedar reducidos á esclavitud con sus mujeres y sus hijos.

Con ese motivo los que no habían entregado aún sus armas se dedicaron á asolar el país; otros pasaron el Danubio para ayudarles; los esclavos godos vinieron á unírseles y todos juntos destruyeron y saquearon el país hasta Constantinopla; derrotaron las tropas imperiales y prendieron fuego á una cabaña donde se había refugiado el emperador.

Entonces se levantó en el Imperio un general español llamado Teodosio que cedió á los visigodos las provincias del sud del Danubio con el título de aliados.

Varias guerras civiles continuaron en-

sangrentando Italia; nos repugna recordar sus detalles, eternamente los mismos.

El último suceso importante que nos queda que mencionar es la división del Imperio á la muerte de Teodosio (395). Sus dos hijos tuvieron, el mayor, Arcadio, el Oriente, comprendiendo el Asia Menor, Egipto y toda la península de los Balkanes, con Constantinopla por capital. El segundo, Honorio, el Occidente, es decir, Italia, las Galias, España, Bretaña y el norte de África, y fijó su residencia primero en Milán y luego en Rávena.

Pero las invasiones bárbaras acabaron pronto la ruina del Imperio de Occidente.

Mas el Imperio de Oriente duró aún toda la Edad Media.

V

Los Establecimientos de los bárbaros.— Potencia creciente de la Iglesia y de los Papas.

Los bárbaros invadieron el Imperio cediendo á dos diferentes impulsos: primero al empuje de las hordas venidas del Asia, que les despojaban de sus territorios, y después á la codicia que en ellos excitaba el lujo de los romanos.

En un principio no les animaba ninguna intención destructora, y es seguro que se hubieran contentado con ser acogidos en el territorio imperial á título de colonos, hallándose sus jefes dispuestos á inclinarse respetuosamente ante los emperadores y á reconocer su supremacía, deslumbrados por las manifestaciones exteriores del poder, por la magnificencia de las ceremonias y de

las vestiduras, cosas todas ellas que ejercen tanta mayor influencia cuanto más ignorantes y groseros son los hombres.

Si, pues, los bárbaros se convirtieron en conquistadores fué debido á la violencia que respecto de ellos emplearon los emperadores: los cinco siglos de guerra que sufrieron y las traiciones de que fueron víctimas les incitaron á usar de los mismos procedimientos.

Empujados siempre hacia el Oeste y el Sud por las emigraciones asiáticas, los germanos acabaron por arrojarse sobre el Imperio. Por el lado de Oriente, fueron contenidos y desviados de la vía de Contantinopla; pero hicieron presa del Imperio de Occidente, completamente degenerado, y se lo repartieron en provincias donde se establecieron, unos temporalmente, otros de un modo definitivo y no pocos pasaron sin dejar huellas.

Desde el principio del siglo v hallamos los visigodos en Italia y más tarde en España; los alanos y los suevos, en Lusitania; los francos, en Galia; los sajones y los angles, en Bretaña. En todos esos países los

bárbaros citados se mezclaron con los habitantes primitivos y constituyeron el tronco de las poblaciones actuales.

Los vándalos, grandes destructores, los más feroces y groseros de los bárbaros, pasaron como un huracán á través de Italia y de España para detenerse en Africa y fundar un imperio que no tardó en desaparecer.

Los burgondios, establecidos en el valle del Saona, fueron pronto absorbidos por los francos.

El reino de los ostrogodos, después de haber brillado con viva intensidad en Italia, fué destruído por los visigodos, que pasaron rápidamente, y luego por los lombardos que llegaron á dicha península hacia el fin del siglo VI.

Se acostumbra á señalar el fin de las invasiones con el establecimiento de los lombardos; pero ya veremos que esas irrupciones continuaron hasta el siglo XV, debiéndose precisamente á ellas ese trabajo de fusión que se operó entre los antiguos y los nuevos pueblos de Europa y á que se ha dado el nombre de Edad Media.

Así vense aparecer sucesivamente: los árabes, que vienen de Asia por el norte de Africa; los dinamárqueses y luego los normandos, procedentes de los países escandinavos, y que se fijaron, los primeros en Bretaña, los segundos en las Galias, desde donde invadieron también Inglaterra; los húngaros en Germania, los eslavos en los Balkanes, los polacos y los prusianos sobre las riberas del Báltico y el curso del Vístula, los mongoles en Rusia y, por último, los turcos en Grecia y en Constantinopla.

Ahora estudiaremos la influencia que ejercieron los germanos en los países que conquistaron, y los caracteres esenciales de los establecimientos que fundaron.

Para ello examinaremos cómo organizaron los bárbaros sus establecimientos, cómo se acomodaron con la Iglesia católica, cuya potencia crecía visiblemente, y también lo que llegó á ser el pueblo bajo la dominación de sus nuevos amos.

Refiriéndonos á los dos primeros puntos indicados, resulta: que los jefes reemplazaron pura y simplemente á los grandes dignatarios imperiales, conservando sus títulos

é insignias, entregándose á la misma vida de lujo y de fiestas perpetuas, que hicieron más groseras, ya que no comprendiendo los placeres del espíritu, los reemplazaron por el juego de los dados, la embriaguez y los combates. Sin embargo, es de notar en su favor que suprimieron los juegos del circo; sin duda porque con harta frecuencia habían sido sus víctimas.

Cuando habitaban en Germania, los jefes tenían la costumbre de dar á sus compañeros de armas un caballo, una espada ó convidarles á un festín. Después, conquistado el Imperio, los jefes convertidos en reyes reemplazaron aquellos dones por lotes de tierra bastante extensos para formar un gobierno particular llamado condado, ducado ó marquesado.

Al principio se concedían esas tierras á título temporario, y el rey podía apoderarse nuevamente de ellas cuando quería. Poco á poco los condes, duques y marqueses se hicieron independientes de los reyes, obteniendo la inamovilidad y después la transmisión hereditaria de sus dominios. Como consecuencia, hubo entonces tantos

Estados distintos y enemigos los unos de los otros como señores ó nobles. La nueva forma de sociedad que brotó de las ruinas de la unidad imperial se denominó régimen feudal ó feudalismo, que estudiaremos en uno de nuestros próximos capítulos.

Al lado de los nobles, debemos hablar de la Iglesia, cuya ambición iba cada día en aumento y que no se contentaba ya con ejercer un poder espiritual sobre sus miembros.

Desde el origen de su triunfo sobre el paganismo, la Iglesia ejerció verdaderamente gran influencia sobre el gobierno del Imperio romano; pero los obispos no poseían ningún poder temporal, y, sobre todo, entre sí todos eran iguales. Hasta el siglo VI no comenzó realmente el obispo de Roma á ejercer la preponderancia sobre los otros, y esto fué debido á que en medio de la perturbación causada por las invasiones, aquel obispo se ofrecía á los partidarios del régimen imperial como el continuador de los emperadores de Occidente, con tanto más motivo cuanto que la Iglesia había adoptado para sus miembros

la jerarquía del Imperio y su organización, y como Roma era la capital del imperio de Occidente, su obispo ejerció naturalmente la supremacía y tomó el título de *papa*.

Los papas no se contentaron durante mucho tiempo con una dominación puramente espiritual, sino que quisieron gobernar los Estados al mismo tiempo que los espíritus, y soñaron con el restablecimiento en su beneficio del Imperio Romano, extendiéndole á toda la cristiandad á la vez que forzando á formar parte de la misma á los habitantes de todas las tierras poseídas á la sazón por los bárbaros no católicos. Porque la Iglesia se intitula católica, es decir, universal, sólo porque esa palabra caracteriza bien las aspiraciones cuya realización emprendió el papado.

Para ello el papa trató de apoyarse en la fuerza material de los bárbaros y dirigirla según sus propósitos.

Dirigiendo sus miradas en su rededor, vió que los lombardos, dueños de Italia, aunque cristianos, no estaban dispuestos á ceder su dominio al papa; de los godos, heréticos, nada podía tampoco esperar; que-

daban los francos, dueños de una parte de la Germania y del Norte de la Galia, y á ellos se dirigió el papa para hacerles servir de instrumento á sus fines ambiciosos.

Conviene consignar los medios empleados por el jefe de la Iglesia para atraerlos á su gremio.

Al principio de la invasión, los francos no poseían en las Galias más que un reducido territorio; el resto del país estaba ocupado por los burgondios y en mayor parte aún por los visigodos. Clodoveo, que era uno de los primeros reyes francos, tenía gran ambición y no era escrupuloso sobre los medios de ensanchar sus Estados, se casó por mediación del obispo Remy con una princesa burgondia, que era católica y que no cesó de predicar á su marido la conversión; Remy, por otra parte, hacía brillar á los ojos de Clodoveo las ventajas que le reportaría la protección del papa y de los obispos; á saber: la sumisión de toda la Galia, que preferiría por señor un príncipe que profesase la religión nacional; las conquistas que podría hacer sobre los pueblos que permanecían paganos, etc., etc.

De tal manera se demostró á Clodoveo que los enemigos de la Iglesia eran sus propios enemigos, que acabó por dejarse bautizar, y, con él, sus guerreros. El papa le declaró hijo predilecto de la Iglesia, y el recién convertido rey se regocijó mucho con tal honor.

Entonces rechazó los visigodos hasta más allá de los Pirineos, recogió un rico botín y se hizo el dueño de la Galia.

Un rasgo nos hará conocer el carácter del «hijo predilecto de la Iglesia,» digno en verdad de su madre. Ya en su vejez, se quejaba un día de no tener parientes. Por complacencia cortesana sus fieles se dedicaron á buscar entre los jefes francos los que podrían ser miembros de su familia, y encontraron tres: los reyes de Cambrai, de Teruana y del Mans. En cuanto los conoció Clodoveo, los mandó asesinar y se apoderó de sus Estados.

Pero Clodoveo y sus sucesores eran aún demasiado bárbaros para plegarse enteramente al yugo eclesiástico; su poder declinó rápidamente y otra familia franca, la de los carlovingios se apoderó del poder,

primero como intendentes ó alcaides del palacio, y una vez allí convirtiéndose en espías ó servidores del papa, desde donde secundaron servilmente todos sus propósitos.

Uno de ellos, Carlos Martel, después de haber rechazado los árabes hasta el sud de la Galia, se hallaba organizando una expedición á Italia para combatir á los lombardos por orden del papa, cuando le sorprendió la muerte.

Su hijo, Pepino el Breve, fué el vencedor de los lombardos; les tomó una parte de Italia, de que hizo graciosa donación al papa, y con ella y á partir de aquel momento comenzó el poder temporal de la Santa Sede, á la vez que fué el primer paso de la Iglesia en la vía de la dominación universal que se proponía alcanzar.

En pago de sus servicios, Pepino obtuvo del papa el permiso de encerrar en un claustro al último descendiente de Clodoveo y se hizo proclamar rey.

Con Carlo-Magno, hijo de Pepino, creyó el papa realizar su aspiración, haciendo de su campeón un emperador de Occidente,

logrando reunir bajo su autoridad Italia, Alemania y Galia (800).

No hay duda que el nuevo emperador mereció esa alta dignidad después de consagrar treinta años de reinado á horribles persecuciones contra todos aquellos que desagradaban al papa.

En primer lugar, acabó de exterminar á los lombardos y de rechazar sus restos hasta la extremidad de Italia (ducado de Benevento), y esto después de haber hecho alianza con su rey y haberse casado con su hija repudiándola después.

Después guerreó en España hasta el Ebro; pero hay que convenir en que los árabes, á la sazón dueños del país, le hicieron pagar cara la victoria.

Por último y con especial mención, durante treinta años persiguió á los sajones, que permanecían en Germania, so pretexto de convertirles, de «llevarles la buena nueva,» asesinándolos á miles, y no consiguió dominar su admirable resistencia hasta después de haberles diezmado, agotado bautizado á la fuerza y transportado en masa lejos de su país, que entregó á los mi-

sioneros, quienes lo llenaron de monasterios á su gusto.

Horroriza la consideración de aquellas guerras salvajes que suscitó la Iglesia en cuanto fué dueña del poder, y bien claro demuestran que la doctrina cristiana, lejos de inspirar dulzura y humildad, fomenta en el corazón de los hombres las pasiones más violentas y el más insoportable orgullo.

Póngase en una balanza el bien que la Iglesia pretende haber hecho á la sociedad con la propagación del cristianismo y los crímenes que no ha cesado de cometer en nombre de la fe, y se observará cuán ligero es el platillo de los beneficios.

No nos cansaremos de repetirlo: los sentimientos de humanidad que se encuentran en las enseñanzas de los cristianos no les pertenecen; existían ya antes del Evangelio y son el resultado del desarrollo progresivo de la conciencia humana.

Carlo-Magno fué un emperador de fuerza; con la ayuda de los frailes que le rodeaban se hizo obedecer en todo el Imperio, doblegó todas las cabezas bajo su yugo, y,

según la frase consagrada por el uso, puso orden en el Imperio, ese orden exterior que acecha la ocasión para romperse en mil fragmentos.

A pesar de su brutalidad de conquistador, producto de su educación bélica y religiosa, Carlo-Magno era inteligente: hizo cuanto le fué posible para regularizar sus Estados, abrió numerosas escuelas, favoreció las artes y la industria, llamó á su corte y colmó de favores á cuantos se distinguían en artes y ciencias.

Pero ¿qué puede el espíritu humano cuando se ponen trabas al límite infranqueable de su investigación?

El paganismo dejó á los hombres manifestar libremente sus opiniones y filosofar á sus anchas; esa libertad de pensamiento contribuyó principalmente á su alto grado de civilización y también al progreso de los sentimientos de humanidad que se manifestaron en los siglos anteriores al cristianismo.

En la Edad Media, á la inteligencia humana sólo se le permitió ejercerse sobre jeroglíficos ininteligibles; todo lo hu-

mano se consideró extraño al hombre, se condenaron todas sus nobles aspiraciones para imponerle una filosofía facticia y malsana: fué el triunfo del error y de las tinieblas; tales elementos engendraron la violencia, la ignorancia, la suciedad y la miseria.

Cuéntase que en el último año de su reino, Carlo-Magno lloró un día al recibir la noticia de que unos piratas venidos del norte de Europa habían hecho irrupción en la desembocadura del Elba. Sin duda pensó entonces con amargura en que sus sucesores no serían capaces de mantener la integridad del Imperio, y preveía que aquella unidad que consideraba su obra no podría sobrevivirle.

En efecto, apenas muerto el emperador, los tres pueblos que formaban el Imperio de Occidente, alamans, italianos y francos, se separaron, después de una serie de guerras civiles, y quedó constituída, por el Tratado de Verdun (843), la independencia de los tres Estados.

Aquello fué un desastre para el papa, que hizo resonar en toda la cristiandad el

eco de sus gemidos por el órgano de los obispos, y que se vió en el trance de buscar otra espada que sustituyera á la de Carlo-Magno.

VI

Los Árabes

La Arabia, situada entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, bañada al Sud por el Océano Índico, es una península que, por la naturaleza de su suelo y por su clima forma el lazo de unión entre el África, que continúa, y el Asia, que prepara.

Está formada por altas mesetas, donde se encuentran cadenas de montañas, á cuyo pie la costa, bastante extensa, presenta una vegetación que al Sud-Oeste en el Yemen, por la influencia de los monzones que allí soplan constantemente, ofrece toda la riqueza de la zona trópica. El café se cultiva con éxito brillante: allí se cosecha el moka.

Sobre la costa del golfo de Omán se halla situada Mascate, tan conocida por sus pesquerías de perlas.

La Arabia es el país de los perfumes; en la antigüedad los egipcios compraban allí el incienso y la mirra, y denominaban el Yemen, la Arabia Feliz.

Al norte del Yemen, la costa del mar Rojo, llamada Hedjaz, dista mucho de ser tan fértil; algunas lluvias de invierno, seguidas de largas sequías y de fuertes calores, hacen que el suelo no baste para la alimentación de sus habitantes.

Y, no obstante, el Hedjaz es el que ofrece todo el interés histórico; porque las dos ciudades más célebres de los árabes, la Meca y Medina, en él se hallan situadas.

Antes del siglo VII de nuestra era, el Hedjaz estaba poblado de tribus más ó menos nómadas, cuyos jefes mantenían entre sí casi constantes querellas. Los árabes vivían pobremente, yendo de un sitio á otro á apacentar sus rebaños de carneros y de camellos, como lo hacen en el día sus descendientes los beduinos, nutriéndose habitualmente de pan y dátiles, á lo cual en raras ocasiones añadían un poco de carne de carnero ó camello.

Los nómadas se cobijaban bajo tiendas

de pelo de camello alrededor de las cuales abrían fosos circulares para aislarlas unas de otras.

Había también tribus sedentarias que habitaban ciudades ó aldeas donde se dedicaban principalmente al cultivo de la palmera. Sus casas, rodeadas de jardines eran fortificadas y las poblaciones solían estar rodeadas de una muralla y defendidas por una ciudadela.

Apenas conocían la industria, excepto la fabricación de joyas y de algunos objetos de arte, que se vendían en Medina, la ciudad más importante.

Los árabes hacían el comercio por caravanas hasta Siria. Cada año celebraban ferias, entre las cuales la más célebre era la de las inmediaciones de la Meca, donde no sólo se ocupaban de negocios, sino que se complacían en escuchar á los poetas y cantores hacia quienes mostraban el más vivo entusiasmo.

Como á la generalidad de los hombres, no les faltaban supersticiones; adoraban numerosos ídolos y los habían reunido en un templo común á todas las tribus, la

Kaaba, situada en la Meca. Los árabes creían y creen aún, al menos las mujeres y los campesinos, en los genios, en los ángeles y en los ogros.

Hacia el año 594 nació un hombre que tuvo una influencia enorme sobre su nación. Se llamaba Mahoma, era muy pobre y ejercía la profesión de conductor de camellos y guía de las caravanas; por su profesión se encontraba en relación con extranjeros judíos y cristianos, y su inteligencia, naturalmente exaltada y mística, sufrió grande influencia. Soñador, como los de su raza, acabó por experimentar alucinaciones y verdaderos accesos de locura. Casóse con una viuda rica, y abandonó su profesión de guía para entregarse por completo á sus meditaciones; entonces escribió el Korán, tratado y código de moral religiosa, que resolvió imponer á sus compatriotas. Con el propósito de dar á su libro más valor á los ojos de los árabes, ignorantes y supersticiosos, hizo creer que el Korán le había sido dictado por un ángel, y se decía el enviado de Allah, dios supremo de su país.

El Korán es una compilación de las doctrinas judía y cristiana, de la cual no hemos de ocuparnos, ya que es tan falso como todos los otros sistemas religiosos.

Teniendo compuesto su código de moral, Mahoma quiso hacerle adoptar. Para ello comenzó á predicar á las diversas tribus y reunió cierto número de adeptos; pero á los jefes de las tribus desagradó su predicación y se opusieron á ella violentamente, viéndose obligado á huir (622). A partir de esta huída (en árabe *hegira)* cuentan los árabes los años.

Pronto alcanzó Mahoma número suficiente de partidarios para ser el más fuerte; llegado este caso, organizó un ejército para imponer el Korán por la fuerza, resultando vencedor, y desde aquel día concibió el proyecto de imponer á toda la tierra la nueva religión, á imitación de sus antecesores los cristianos.

Sus ayudantes y sucesores conquistaron la Persia, el Asia Menor, todo el norte de Africa y la mayor parte de España; establecieron una colonia al sud de la Galia, pero no dominaron en aquel país y desapa-

recieron pronto de él sin dejar otras huellas que algunas costumbres locales.

En Egipto, en Alejandría, los árabes se encontraron en contacto con la civilización griega, que les inspiró vivo entusiasmo. Pronto, bajo su protección, se abrieron numerosas escuelas en las que se estudiaba principalmente medicina y matemáticas. A la verdad, toda aquella ciencia tenía por principal fundamento la imaginación particular; era dogmática é ilusoria, y se le ha dado más importancia que la que en realidad merecía, siendo lo importante en esta circunstancia el entusiasmo que los árabes manifestaron por el estudio.

Mostraron al propio tiempo una notable habilidad en las artes mecánicas y además construyeron relojes y muchos otros instrumentos.

También en arquitectura fueron maestros, edificando monumentos de una elegancia perfecta. La ornamentación ha sido elevada por ellos á un alto grado de arte y de fantasía, y aunque su religión les prohibía toda representación de seres vivientes, únicamente combinando los caracteres de su

escritura con figuras geométricas han obtenido los maravillosos efectos que admiramos en sus mezquitas y en sus casas particulares.

Todas aquellas industrias que ejercían antes de sus conquistas las desarrollaron y perfeccionaron mucho más: tejidos de seda, brocados de oro, tapices, muebles, alhajas, cueros trabajados con arte, estatuitas de marfil, cerrajería, porcelanas, etc., todo lo que, en una palabra, constituye el arte decorativo, fué llevado por ellos á una superioridad grandiosa.

Suele decirse que la desgracia es útil: de la guerra hicieron surgir los árabes la prosperidad de las artes; pero esto no desvanece la brutalidad de la conquista ni los horrores de una guerra de religión. Por otra parte, ¿quién ha utilizado lo que se llama la «brillante civilización árabe?» ¿Hubo después de Mahoma, más justicia, más bondad, menos miseria é ignorancia en el pueblo, sea de los vencidos, sea del vencedor?

No, como siempre, lo que se llama civilización consistió en el desarrollo del lujo, de que beneficiaron los ricos. El pueblo

continuó manteniéndose con dátiles y pan, vistiendo á medias y cobijándose en miserables tiendas ó cabañas confundido con los animales domésticos y no conociendo otra regla moral que el fanatismo religioso.

Antes de Mahoma había poca diferencia entre el género de vida de un kalifa y el de los otros individuos de la tribu; después de Mahoma los kalifas habitaron palacios espaciosos y magníficos, donde pasaban el tiempo en la ociosidad, entregándose á todos los caprichos de su fantasía, ora para prodigar sin motivo y sin medida sus riquezas á sus amigos, ora para cortar cabezas.

Toda la historia de los kalifas se compone de esas pequeñas revoluciones palaciegas y de guerras feroces, que pasaremos en silencio y relataremos solamente la fundación de varias grandes ciudades que fueron centros de dominación ó kalifatos árabes, entre las cuales las más poderosas fueron: el kalifato de Bagdad, en Asia Menor; el del Cairo, en Egipto, y el de Córdoba, en España.

Lo único bueno que puede decirse de los

kalifas es que en todos sus Estados establecieron la tolerancia religiosa, y que jamás persiguieron á nadie por sus opiniones. En esto parece que desconocieron las intenciones de Mahoma, y demostraron que convertir los pueblos les importaba mucho menos que dominarlos temporalmente.

VII

El feudalismo.—La caballería.—Las expediciones lejanas

Con el fin de sacar partido de sus territorios, los condes y los duques los arrendaron, dividiéndolos en lotes, á otros guerreros, quienes á su vez hicieron otro tanto; de modo que las tierras fueron partidas al infinito, llegando á elevarse entre las poblaciones tantas barreras como heredades ó feudos existían.

El que arrendaba su tierra era llamado señor con relación al que la recibía, á quien se le llamaba vasallo.

El vasallo se reconocía el hombre de su señor y le prestaba diferentes servicios; por ejemplo, debía combatir bajo la bandera de su señor, ayudarle á hacer justicia, asistirle con donativos en diferentes ocasio-

nes, suministrar su rescate si fuese hecho prisionero; todo eso aparte de los censos ó canons que constituían el precio del arrendamiento.

Todos los que poseían tierras, sea directamente del rey, sea como feudatarios, no tenían otra ocupación que la guerra ó la caza; profesaban un profundo desprecio hacia las ciencias y las artes y en general por todo trabajo; groseros y violentos, estaban siempre en querella con sus vecinos, y la guerra era la única relación que entre sí guardaban: los habitantes de dos provincias limítrofes vivían más aislados unos de otros que nosotros lo estamos actualmente de los países de ultramar.

Como no sabían leer, los nobles se aburrían mucho. Sus viviendas eran enormes castillos, flanqueados de torres y rodeados de murallas y fosos para ponerse á cubierto de las incursiones de los vecinos; y allí pasaban el tiempo desgraciados, sucios y sin dignidad, aunque con orgullo inconcebible. Cuando estaban en paz solían pasar el tiempo comiendo y bebiendo bestialmente, y cuando no, salían á los caminos á ejercer

el oficio de ladrones en cuadrilla. Uno de sus placeres preferidos era practicar los simulacros de combate llamados torneos, en los que más de un combatiente solía hallar la muerte.

Las armas usadas en aquel tiempo eran la espada y la lanza, y el guerrero cubría su cuerpo con una armadura de hierro, llevando la cabeza completamente encerrada en un casco, cuya visera caída cubría completamente la cara, aunque tenía las correspondientes aberturas para la vista y la respiración: sobre un escudo de hierro cada noble hacía pintar una especie de jeroglífico, que servía para darle á conocer y al que llamaba sus armas. Naturalmente, cuando un guerrero de tal modo equipado caía del caballo, no podía levantarse, y muchos morían pisoteados sobre el lugar del combate.

Las mujeres vivían tristemente en el castillo ó mansión feudal, siendo sus únicas ocupaciones hilar ó ejecutar interminables bordados; también asistían á los torneos y acaso encontraran agradables aquellos brutales juegos.

Desdeñadas por los hombres de su fami-

lia, que las tenían en estrecha tutela, su condición era la de un animal doméstico, al que el dueño trata bien ó mal, según su buen ó mal humor.

Al lado de los nobles debemos hablar de la gente de iglesia.

El clero, sobre todo los dignatarios, se reclutaba, por lo general, entre los nobles; el primogénito del señor era militar y debía sucederle; el segundo se hacía cura, y sus bienes pasaban poco á poco á la posesión de la Iglesia, los cuales se acrecentaban constantemente con todas las donaciones que esa madre prudente de los cristianos ha tenido siempre el arte de inspirar. Pronto abundaron los conventos y se transformaron en ricas abadías que por sí solas eran como poblaciones que comprendían, además del templo y las habitaciones de los frailes, construcciones propias de la explotación agrícola, rodeado todo de murallas y fosos y defendido por torres y baluartes.

El jefe ó abad llevaba la misma vida escandalosa que los nobles guerreros, desplegando un lujo más insolente que los laicos y un orgullo aún más altanero.

La nobleza y el clero llegaron á ser las clases directoras en los Estados fundados por los bárbaros; el sable se unió cada vez más estrechamente al altar para explotar á fondo á los trabajadores.

¡Grande era la miseria del pueblo bajo el feudalismo! La esclavitud, aunque llamada servidumbre, aun había ganado en dureza; porque entregados los trabajadores á señores groseros que no conocían más ley que su capricho, los desgraciados siervos, pecheros ó villanos, como se les llamaba, se vieron reducidos á la condición de bestias de carga y sujetos á la tierra que cultivaban para otros.

El siervo habitaba una miserable cabaña al pie del castillo de su señor; se veía forzado á hacer todos los trabajos de cultivo, de comunicación y doméstico, en provecho exclusivo de su señor, en pago de lo cual apenas se le concedía lo preciso para no morir de hambre, y eso no siempre.

El señor tenía derecho de vida y de muerte sobre el siervo, que no podía dejar la tierra inhospitalaria á que se hallaba sujeto y con la cual se le vendía, se le sepa-

raba de su familia á capricho del amo, y pesaban sobre él todo género de cargas imaginables.

Todo constituía falta para el desgraciado siervo: no tenía derecho de pescar ni de cazar, ni aun de cocer su pan más que en el horno del señor, pagando por ello un tributo especial. Toda infracción á esas prohibiciones se castigaban con la muerte, porque el señor declaraba con altanería que «¡Entre el siervo y él no hay más juez que Dios!» un dios ciego y sordo que no ve ni oye jamás los sufrimientos ni los clamores de los débiles, y cuyos representantes han cometido las más culpables exacciones.

Los curas, abades y obispos eran los peores explotadores: se habían apoderado de lo mejor de las tierras, y las hacían cultivar por numerosos siervos á los cuales sometían á peor tratamiento que el acostumbrado por los señores laicos.

La Iglesia se encargaba también de hacer justicia, y séanos permitido decir que si los tribunales eclesiásticos eran menos expeditivos que la justicia señorial, no eran

ni más justos ni menos duramente represivos.

Se tenía una manera singular de hacer justicia en aquellos dichosos tiempos, aunque perfectamente lógica, preciso es reconocerlo, para gentes en quienes dominaba la fe; porque remitían á su dios el cuidado de descubrir á los culpables por medio de pruebas llamadas ordalias. He aquí cómo:

Cuando á un hombre se le acusaba de un crimen, se le condenaba á tener en la mano un trozo de hierro candente; si al cabo de tres días desaparecía toda huella de quemadura, se le declaraba inocente, y en caso contrario resultaba culpable y se le castigaba más ó menos duramente según su condición.

Otra prueba consistía en atar un peso á los pies del acusado y arrojarle á un estanque lleno de agua; si sobrenadaba se le declaraba culpable, porque el agua le rechazaba de su seno.

Por último, entre nobles se recurría frecuentemente al duelo judiciario: el acusador y el acusado combatían en presencia de

los jueces, y el buen derecho se encontraba siempre, según creían del lado del vencedor.

Cuando la queja procedía de una mujer, ésta escogía un campeón entre sus parientes y amigos para combatir en su lugar.

Inútil es observar la grosería é injusticia de ese modo de hacer justicia, en que la casualidad, cuando no la superchería, regulaban su aplicación.

La ignorancia entraña la superstición y la superstición conduce al crimen.

No dejaremos el capítulo de la justicia sin hablar de una costumbre á la vez absurda y contradictoria de parte de los jueces cristianos; nos referimos al juicio de los animales.

La Iglesia no cesa de afirmar (contra toda evidencia) que los animales carecen de razón y que difieren esencialmente del hombre; sin embargo, si un lobo ó una zorra causaban algún estrago y se lograba apoderarse de él se le ahorcaba en un árbol y se fijaba su sentencia en el tronco, para escarmiento de sus semejantes. Del mismo modo se juzgaba á las serpientes, á los sapos y hasta las plantas venenosas.

Tal era, en términos generales, el estado de la sociedad feudal; estado de violencia, de inseguridad, de todas clases de miserias, en la cual los hombres, sin lazo de solidaridad que les uniera, vivían sin amarse, hasta sin conocerse y sin la menor conciencia de su propio valer.

Frecuentemente, á consecuencia de la falta de cambio de productos de la tierra y también por el mal estado del cultivo, se añadían á las miserias habituales horribles escaseces, apareciendo el hambre con todo su cortejo de males. No era raro, por ejemplo, ver toda una provincia pereciendo por falta de subsistencias mientras el trigo se perdía en otra. La industria no existía; los caminos estaban infestados de facinerosos que en muchas y repetidas ocasiones eran los mismos señores.

Los pueblos, no conociéndose unos á otros, aprendieron á odiarse y se dedicaron al mutuo daño en vez de ayudarse recíprocamente, de cuya torpe brutalidad aun sufrimos las consecuencias.

Por aquel tiempo, unos piratas del Norte, los normandos, venidos de los países

escandinavos, remontaban el curso del Elba, del Sena, del Loira y del Garona y asolaban cuanto se ofrecía á su paso. Eran hábiles y audaces marinos, poseían una industria muy adelantada, siendo además muy aptos para la cultura intelectual. A la sazón eran ante todo piratas y ladrones; habían abandonado su país, por demasiado frío é insuficiente para su subsistencia, para invadir las comarcas del Oeste. Durante cerca de un siglo devastaron Alemania y Francia (nombre este último dado á la Galia y á la mitad norte de la Germania por el tratado de Verdun); luego, cansados de guerrear, se les abandonó, al norte de Francia, un territorio que tomó de ellos el nombre de Normandía (912).

La consecuencia de esta invasión fué cruel para los siervos: obligados á refugiarse en los castillos señoriales, los señores les hicieron pagar cara su protección, porque prevaliéndose tanto como pudieron y prolongando cuanto les fué posible aquella hospitalidad, pagada, no obstante, con la sangre de los protegidos, les encerraron en los baluartes, desde donde contribuyeron

á su defensa, y recibieron, ellos que carecían de armadura, los golpes más mortíferos. Sin embargo, los nobles no cesaron de fundar su pretendido derecho á la explotación del pobre sobre la lucha que, según decían, sostenían en su beneficio.

Querríamos pasar sin ocuparnos de los nobles, toda vez que su historia es siempre la de la violencia; pero hemos de mencionar la institución de la caballería, que tuvo universal resonancia.

Era costumbre que el joven noble llegado á la edad de doce años, dejase su familia para ir á la corte, donde entraba como paje, y pasaba después á ser escudero para completar su educación militar.

A los veinte años, el escudero pasaba á ser caballero, es decir, ocupaba desde aquel momento un lugar entre los hombres, recibiendo el traje, las armas y las prerrogativas de los guerreros de su rango.

La Iglesia se apoderó de esta institución para hacerla servir á sus fines. Desde entonces el acto de armar al nuevo caballero fué una ceremonia religiosa.

La educación que recibía el joven noble era muy á propósito para convertirle en campeón de la superstición. Al paso que se le enseñaba á manejar las armas, se le llenaba la cabeza de cuentos absurdos en los que se celebraban las hazañas de los conquistadores más conocidos. Así, de la civilización antigua ignoraba todo, sólo conocía los nombres de Alejandro y César; los tiempos modernos eran personificados para él por Carlo-Magno, y aun la vida de estos personajes se le desfiguraba por la intervención de seres fantásticos, diablos, ángeles, animales de muchas cabezas y cuerpos raros, que arrojaban llamas por la boca y que Carlo-Magno ó Alejandro habían vencido. Añádase á esto toda la fantasmagoría cristiana, las leyendas relativas á la muerte del Cristo, etc., y se comprenderá que de esa educación resultaría que el joven ardería en deseos de imitar sus modelos y de realizar acciones brillantes, es decir, famosos asesinatos.

Una vez conducidos los espíritus en esa dirección, fué fácil al papa lanzar los caballeros á expediciones lejanas y aventureras,

cuyo objeto real era extender la dominación de la Iglesia.

Las guerras denominadas Cruzadas se hicieron con el intento de apoderarse de Palestina, á la sazón en poder de los turcos, y hacer de aquel país un Estado cristiano.

En aquel tiempo, muchos que no hubieran salido jamás del territorio donde nacieron, fueron en peregrinación á la tumba de Jesucristo en Jerusalén, venciendo mil fatigas y serios peligros en tan largo viaje, del cual una buena parte había de efectuarse á pie, ya que en aquella época no había más medios de comunicación que pocos y malos barcos, y se necesitaba por lo menos un año para recorrer un trayecto que en el día puede hacerse en menos de una semana.

Y no bastaba llegar á los santos lugares, sino que era preciso volver, y no eran pocos los que caían en el camino víctimas de las privaciones ó de la peste que el calor y la suciedad de los peregrinos y de los habitantes hacían permanente en Palestina.

Cuando el papa creyó oportuno emprender una cruzada, envió á un fraile á predi-

car en toda Europa, conmoviendo los corazones con la descripción de los sufrimientos á que, al decir del predicador, sometían los turcos á los peregrinos, á quienes explotaban, aprisionaban ó asesinaban sin piedad.

La primera cruzada fué predicada en 1095 y la séptima y última tuvo lugar en 1270, en ellas tomaron parte principalmente Italia, Inglaterra y Francia; los españoles, que permanecieron cristianos, aunque habiéndose convertido al catolicismo, estaban harto ocupados en pelear contra los árabes para ir á combatir tan lejos.

Desde el punto de vista de la conquista papal, las cruzadas no tuvieron ningún resultado; su importancia consistió en poner en comunicación Europa con el mundo árabe y de llevar á Occidente un poco de civilización.

El gusto de las aventuras no llevó siempre tan lejos á los caballeros de los siglos X y XI, estaban también no pocos ocupados en Europa y por su propia cuenta. Los alemanes luchaban contra la invasión de los húngaros; los españoles batallaban con-

tra los árabes y fundaron varios reinos cristianos, principalmente los de Castilla y Portugal.

Por último los normandos hacían la conquista de Inglaterra y la de las Dos Sicilias, nombre dado por ellos á un reino formado del Sud de Italia y de la Sicilia, del cual reconocieron al papa como rey y señor.

VIII

El Santo Imperio Romano-Germánico: lucha del Imperio y del Papado

Mientras que el papa buscaba un apoyo temporal que sustituyera á Carlo Magno, para dar vuelo á su ambición, el Imperio romano se reconstituía en su contra.

Un rey de Germania, después de haber rechazado las invasiones de los normandos, de los eslavos y de los húngaros que amenazaban incesantemente á Alemania, pasó á Italia, se apoderó de la península merced á la discordia de sus habitantes y tomó el título de emperador, jefe del Santo Imperio romano-germánico.

Pero en lugar de someterse al papa como lo hicieron los carlovingios, el nuevo emperador hizo sentir su señorío al pontífice. Sus sucesores le imitaron, y los cardenales

elevaban dócilmente á la Santa Sede los candidatos impuestos por los césares, del mismo modo que el emperador disponía en favor de sus protegidos de los obispados y de las abadías, cuyas insignias laicas imponía lo mismo que á los curas.

El clero daba públicamente el ejemplo de todos los escándalos y del orgullo llevado á su colmo.

En 1059, un fraile inteligente y ambicioso llamado Hildebrando fué nombrado consejero del papa, quien, con el propósito de conducir la Iglesia á una dominación más fuerte y extensa, acometió la empresa de poner orden en la conducta de sus miembros. No juzgaremos su obra considerado como sacerdote supremo; lo que nos interesa es el papel político que se propuso desempeñar.

Hildebrando fué nombrado papa en 1073 siendo conocido con el nombre de Gregorio VII.

En aquella época la Iglesia gozaba de omnímodo poder sobre las conciencias, y la profunda ignorancia y el aislamiento relativo en que vivían los hombres en la

Edad Media favorecían su acción nefasta. El papa, dispensador de la gloria y de la condenación eternas, se creía dueño incontestable de todos los cristianos, tanto si eran simples fieles como si eran príncipes ó reyes, y si alguno osaba resistir lanzaba la excomunión sobre el rebelde. Aquel castigo, que hoy hace sonreir desdeñosamente, era terrible en la Edad Media; al que se le infligía quedaba absolutamente fuera de la sociedad de sus semejantes; nadie se le aproximaba, excepto un servidor si su posición social lo permitía, y aun éste debía pasar por el fuego, con objeto de purificarlos, según decían, los objetos que aquél hubiese tocado, y en tanto que no había obtenido su perdón era un verdadero paria.

Un poder como el del papa no deja de ensoberbecer á quien de él se halla revestido, llegando á creerse un dios más que un hombre. Así fué que Gregorio VII, más altivo y ambicioso que sus predecesores, no pudo sufrir que á su vista un emperador se elevase enfrente y aun sobre él, por lo que se propuso abatir á su rival; y como el

emperador no estaba dispuesto á ceder, resultó del choque de esas dos ambiciones sin freno una terrible lucha, de la cual salieron ambos destrozados.

La primera de esas luchas estalló, con motivo de las investiduras, en 1076, entre el papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV de Franconia.

Enrique IV estaba en el colmo de su poder; acababa de reprimir una rebelión importante, cuando inesperadamente recibió del papa la prohibición de hacer ninguna investidura eclesiástica y la orden de comparecer en Roma para dar cuenta de los actos de su vida privada.

El emperador respondió reuniendo una asamblea de obispos alemanes que le eran adictos, en la que se declaró al papa depuesto de la Santa Sede.

Gregorio VII lanzó el anatema contra Enrique, libró á sus súbditos del juramento de fidelidad y suscitó una nueva rebeldía en Alemania.

El emperador, para conservar su corona, fué á implorar el perdón del papa, y éste le hizo esperar tres días en el patio de su

palacio, descalzo y en la nieve antes de recibirle, y por último le absolvió.

Notemos á este propósito con qué facilidad se despojan los reyes de su dignidad de hombres cuando se trata de su interés. ¿Qué hombre de honor aceptaría una caída moral como la que sufrió aquel emperador para evitar su caída material?

¡Cuán admirables son esos obscuros trabajadores que renuncian dignamente al jornal que les asegura el pan indispensable por no ceder en nada de su conciencia de hombres libres! Sólo se comprende bien lo que eso vale comparándolos con los que se arrogan el derecho de conducir los pueblos.

Enrique IV no tardó en tomar su revancha, y Gregorio VII fué á morir en un destierro; pero el nuevo papa Urbano II armó contra el emperador sus dos hijos, y Enrique IV se vió despojado del Imperio, reducido á la indigencia, llegando hasta sufrir la pena de que se le negase la plaza de sochantre que había solicitado para vivir, muriendo poco después en Lieja en la más completa miseria.

Su hijo Enrique V, proclamado emperador, y Urbano II se entendieron entonces é hicieron la paz por el Concordato de Worms (1124) (1122).

Aquello fué solamente una tregua, y la lucha nuevamente entablada degeneró en furiosa guerra civil en Alemania y principalmente en Italia. Los italianos se dividieron entonces en güelfos, ó partidarios de las libertades italianas, y gibelinos, ó partidarios del emperador; de ese modo los pueblos se desinteresaban de la cuestión de saber si habían de ser dominados por la Iglesia ó por el poder temporal, y hacían entrar en juego intereses más inmediatos para ellos, reivindicando sus libertades municipales. Una de las habilidades de ese genio astuto que siempre ha manifestado el clero, consiste en plegarse á las circunstancias y apoderarse del movimiento revolucionario, declarándose defensor de esas mismas libertades que pronto veremos sofocadas en Roma.

Ya las ciudades italianas habían destruído el señorío de los nobles ó de los obispos y habían declarado en vigor sus anti-

guas constituciones imperiales; gozaban de derechos y regalías como administrar su hacienda, hacer justicia por sus propios tribunales, levantar un ejército ó milicia para su defensa, etc. Desgraciadamente, el espíritu de discordia que crearon los romanos subsistía tenaz, y, lejos de unirse entre sí y de resistir á los poderes opresores que les amenazaban, las ciudades italianas se enemistaron y trataron recíprocamente de eclipsarse y destruirse.

Roma, sometida al papa, era la única ciudad italiana sin constitución, y cuyos habitantes, sin industria ni medios de atender á su subsistencia, se vieron obligados á vivir de las limosnas del clero.

Un monje rebelde, que predicaba la distinción entre la razón y la fe, Arnaldo de Brescia, quiso restablecer la república romana, y por lo pronto tuvo pleno éxito: el papa Lucio, que intentó emplear la fuerza contra los republicanos, fué precipitado por las escaleras del Capitolio, y triunfó la revolución; pero el emperador, á la sazón Federico Barbarroja, entró en Italia, cometiendo las más repugnantes crueldades:

entregó Arnaldo de Brescia al papa, quien le sentenció á morir en la hoguera, y destruyó la república romana, y sus atrocidades fueron tantas y tales que concitó en su contra una rebelión general. Hasta el papa, que antes le llamó, se enemistó con él, tomando desde entonces partido por las ciudades italianas, menos Roma, por supuesto, donde gobernaba temporalmente.

Federico reprimió terriblemente aquella rebelión y el heroísmo de los italianos fué admirable. Milán, la principal de las ciudades rebeldes, sostuvo un sitio de dos años, y sólo cedió por hambre. El emperador la entregó torpemente á las ciudades vecinas, sus enemigos mortales, que la destruyeron, sin comprender el mal que se hacían á sí propias (1162). Crema, Brescia y Plasencia también sufrieron mucho.

Por fin abriéronse los ojos; las ciudades italianas vieron los peligros de su desunión, se unieron y formaron la liga lombarda: Milán fué nuevamente levantada sobre sus ruinas y tomó la dirección de la lucha, que fué victoriosa esta vez. Desgraciadamente los italianos se unieron alrededor del papa

en vez de destruir del mismo golpe los dos principales fautores de la guerra.

La paz de Constancia, en 1183, terminó este segundo período de la lucha del sacerdocio y del imperio.

El tercero y último período es el de 1243 á 1250. Siete años de furores extremados, de sangre derramada, de víctimas sacrificadas á la ambición de dos hombres, Federico II é Inocencio IV, tal es el balance de aquella terrible guerra, cuyos episodios no detallaremos y cuyo término fué fatal á los dos partidos: el emperador perdió la dominación de Italia, y el papa, vencedor en apariencia, no volvió á recoger la autoridad universal de que antes se creyó un momento depositario.

El poder de la Iglesia, llegado á su apogeo bajo el pontificado de Gregorio VII, Urbano II é Inocencio II, empezó entonces su ininterrumpida decadencia, y si aun dura en las conciencias, débese á la ignorancia, que fué siempre el más firme baluarte eclesiástico. Los papas y los obispos han cometido ciertamente muchas exacciones y crímenes, pero han necesitado y obtenido

para ello la complicidad de los gobiernos para imponerse á los pueblos; solos hubieran sido impotentes, y aun no lo pudieron todo en todas partes.

Del cuadro que acabamos de presentar, resulta evidente una lección que conviene no olvidar, á saber: la venganza que se ejerce más atrozmente, que no se desarma jamás, que hiere lo mismo en las sombras de la noche que á la luz del día, que se aprovecha de todas las circunstancias para alcanzar seguramente á sus víctimas, es la venganza eclesiástica.

IX

Las guerras de religión en Europa en la Edad Media

Las querellas de papa á emperador no fueron las únicas que, en nombre de la religión, ensangrentaron Europa por aquella época.

Ya hemos visto á qué suaves medios apeló la Iglesia para convertir á los sajones; otros pueblos fueron también sus víctimas, entre ellos los prusianos, de origen eslavo, que habitaban entre el Niemen y el Vístula: de esa gente se sacrificó la mitad, y la mitad restante se dispersó por Alemania y se fusionó con la nación germánica.

Los ejecutores de esas brutales conversiones exigidas á la fuerza eran frailes-soldados, que habían fundado monasterios en forma de fortalezas en Palestina, en tiempo de las cruzadas, con el propósito de guerrear contra los musulmanes, y, á causa del fra-

caso experimentado en Oriente, se vieron obligados á abandonar aquellas tierras en que el fanatismo de los partidarios de Mahoma podía más que el de los de Jesús. Vueltos á Europa, adquirieron extensos territorios y grandes riquezas.

Las tres más importantes de esas órdenes religioso-militares fueron los caballeros de San Juan, los Templarios y los caballeros Teutónicos. Estos últimos se encargaron de «cristianizar» á los prusianos y llegaron á ser los dueños de gran parte de la Alemania del Norte.

No eran solamente los paganos á quienes el papa hacía la guerra, también la fulminaba contra los herejes, es decir, contra aquellos cuyo pensamiento, no completamente aniquilado ó pervertido por el dogma, se permitía salir de las tinieblas de la ignorancia y profesaban doctrinas no conformes á la de la Iglesia, constituyendo una protesta inconsciente pero real del individualismo inteligente contra el opresor catolicismo dominante.

Las persecuciones no faltaron ni escasearon. La más famosa es la que dirigió Ino-

cencio III contra los habitantes del Mediodía de Francia, conocidos bajo el nombre de albigenses, que vivían en una independencia completa respecto de la Iglesia. El papa comenzó por establecer en aquel país el primer tribunal de la Inquisición, encargado de inquirir los «crímenes contra la fe» y de castigarlos con el tormento.

Resultando insuficiente la Inquisición, el papa apeló á los «soldados de Cristo,» bajo cuya denominación comprendíanse los nobles dispuestos á secundarle, y como aquellas provincias eran ricas y fértiles y excitaban la codicia de los príncipes del Norte de Francia, éstos respondieron con entusiasmo al llamamiento de Inocencio, cayendo sobre los desgraciados albigenses, asesinándolos ferozmente al toque de las campanas de las iglesias, especialmente en Bezieres y Muret.

En España era perpetua la cruzada contra los moros, siendo de advertir que en este país no era popular, sino aristocrática. El pueblo halló á sus vencedores tolerantes é inteligentes y que enriquecían el país con su ciencia, su industria y su trabajo agrí-

cola, y por ello los españoles y los árabes se mezclaron y fusionaron, especialmente en Andalucía. No así los nobles visigodos, quienes, declarados católicos desde últimos del siglo VI, hicieron todos los esfuerzos imaginables para popularizar la idea de la reconquista en todo el país y lograrla al cabo de ocho siglos.

El resultado inmediato de la victoria fué la ruina de la agricultura, la pérdida de la industria, la ignorancia popular más absoluta, la miseria negra, la despoblación y el yermo por todas partes, el apogeo monacal y el triunfo puro y simple del absolutismo.

Falta mencionar aún, incluyéndolo en el número de los grandes males religiosos causados y perpetrados por la Iglesia, las persecuciones continuas sufridas por los judíos.

Después de haber resistido valientemente á los romanos, los judíos vencidos se dispersaron por todas partes. Vivían sometidos á los más bárbaros tratamientos en las naciones cristianas; agrupados separadamente en un barrio especial, el ghetto, y obligados á llevar un traje especial que les

distinguía como señalándolos al desprecio público, se les prohibía el ejercicio de todas las profesiones, incluso la de agricultor; no podían ser más que usureros, y cuando el rey juzgaba que habían reunido bastante dinero, publicaba un edicto confiscando sus bienes, y á continuación mandaba asesinar á los que no huían rápidamente.

Todos los años, por la pascua, se cogía al judío más influyente y se le exponía en la plaza pública á los malos tratamientos y á los ultrajes de la multitud, acusándole de haber matado á Jesucristo.

Vergüenza causa haber de decir que hasta nuestra época han llegado reminiscencias de aquellas costumbres bárbaras y crueles: en ciertas iglesias el viernes llamado santo se santifica el odio de raza y la idea de venganza excitando á los niños á que golpeen con mazas una plancha de hierro para «matar los judíos» que se suponen ocultos detrás; con la misma idea golpean las puertas de las casas.

¡Cuánta luz se necesita para acabar con todas las mistificaciones é infamias causadas por todas las religiones!

X

Los Municipios; organización del trabajo y de los cambios comerciales

Hay un grado límite en la miseria que no será excedido jamás. Hemos visto á los esclavos sublevarse varias veces contra Roma; pues del mismo modo, cuando el feudalismo parecía hallarse en su apogeo, cuando el derecho del más fuerte gravitaba más pesadamente sobre los siervos, un movimiento evolutivo producido en el pueblo dió nacimiento á los municipios.

Los villanos del ducado de Normandía dieron en 987 el ejemplo á sus hermanos de opresión, formando asociaciones que se comunicaban entre sí por medio de comisarios, jurando emanciparse del señor, gobernarse por sí mismos, y poder así «cazar en los bosques, pescar en las aguas, etc.»

Las ciudades imitaron esas asociaciones, llamándolas municipios.

Por desgracia para los villanos de Normandía su rebelión fracasó en medio de las crueldades de la represión emprendida y lograda por el duque; pero dado el impulso, el movimiento comunalista iba ganando todos los Estados feudales; los artesanos se sublevaban por todas partes, y á costa de duros sufrimientos y de luchas á veces seculares llegaron á arrancar á los nobles cartas de emancipación. La primera ciudad que obtuvo una fué Mans en 1067.

Es de notar que las ciudades sometidas á los obispos fueron las que más sufrieron y las que hubieron de luchar más enérgicamente que las otras contra la tiranía episcopal.

La historia del municipio de Laón es célebre por el valor y la perseverancia de que dieron pruebas sus habitantes.

Dependía Laón de la autoridad de un obispo, que tenía covertida aquella ciudad en una guarida de ladrones. Los nobles ejercían allí abiertamente el robo en cuadrilla, y el obispo hacía pesar sobre los ha-

bitantes las cargas más onerosas, repartiendo sus beneficios con los más importantes clérigos de la catedral y con las familias nobles de la ciudad. Aquel dulce pastor tenía un esclavo negro encargado especialmente de aplicar el tormento á los que, teniendo especiales motivos para quejarse de él, osaban hacerlo.

Los habitantes plebeyos se entendieron para formar un municipio, y, con gran sorpresa, vieron que el obispo se mostraba dispuesto á venderles una carta de emancipación. En efecto, el buen obispo entregó la carta, pero cuando recibió el precio, intentó recuperarla y anularla; entonces estalló formidable rebeldía en el curso de la cual el prelado fué castigado con la muerte (1106).

Cambray sostuvo una guerra de cien años contra el poder episcopal, acabando con la obtención de una carta amplísima, superior á cuantas de su género hayan sido otorgadas, en la que se consigna:

«Ni el obispo ni el emperador pueden imponer tasas, ni exigir tributos, ni hacer que salga la milicia (cuerpo municipal for-

mado por todos los hombres de la ciudad) sino sólo para la defensa de la ciudad, y aun así á condición de que los milicianos puedan el mismo día estar de vuelta en sus casas.»

La emancipación de los municipios se efectuó de dos maneras diferentes:

En Italia y en el Mediodía de Francia, recordaron las ciudades la autonomía más ó menos completa que gozaron en tiempo del Imperio romano, de la cual quedaban aún huellas, por lo que les fué fácil el renacimiento del antiguo estado de cosas. Milán, Pavía, Verona, Génova y Venecia sólo tuvieron el trabajo de ordenar sus recuerdos; en el mismo caso se hallaron Marsella, Arles, Narbona, Tolosa, Nimes, Perigord, Bourges, París, Reims y Metz.

En el Norte, como en la mayor parte de las ciudades, el hecho era nuevo; por lo mismo la resistencia de los señores fué furiosa; no comprendían éstos la audacia de sus siervos al negar la sumisión de cuerpo y bienes, y creyeron, como los despóticos privilegiados de todas las épocas, que una represión terrorífica bastaría para acabar

de una vez con las reivindicaciones populares, engañándose en su torpe ceguedad, como se engañaron después sus sucesores más inmediatos y aun los gobernantes de nuestros días que nada aprenden con la evidencia ni la gravedad de los acontecimientos.

Los municipios más fuertes y mejor constituídos fueron los de las ciudades flamencas de Gante, Brujas, Ipres, Lieja, etc.

En Francia los municipios fueron poco á poco absorbidos por los reyes, quienes primeramente favorecieron su formación oponiendo obstáculos á los señores que querían reducirlos á la obediencia; pero una vez su autoridad sólidamente establecida y apoyada sobre el pueblo se apresuraron á suprimir las libertades municipales; dándose el inaudito caso de verse municipios que abandonan espontáneamente sus cartas, como Cambray, que perdió la memoria de su heroica lucha secular para ofrecerse al yugo de la monarquía, suceso lamentable que dificultó considerablemente la marcha del progreso popular.

En Inglaterra existían ya buen número

de ciudades florecientes, tales como Cantorbery, York, Oxford, antes de la conquista normanda, y hasta participaban del gobierno del país bajo los sajones. Los normandos, al apoderarse de Inglaterra, establecieron allí el feudalismo, arruinando y despoblando las ciudades que cayeron bajo el yugo de los señores.

Hacia 1100 el rey Enrique I otorgó la primera carta de emancipación á la ciudad de Londres, y otras ciudades llegaron á emanciparse mediante un tributo único y anual cuyo importe quedaba determinado. Por último, el rey Juan concedió un gran número de cartas que igualaron las ciudades á los señores.

Los municipios de Inglaterra encontraron un apoyo en la nobleza pobre, que se unió á ellos para resistir á los reyes y debilitar la fuerza del poder central, y debido á ello el pueblo inglés llegó antes que otros Estados de Europa á la vida política que garantizaba sus derechos.

Los municipios alemanes fueron numerosos y prósperos: se aliaron al emperador contra la nobleza feudal, porque el empera-

dor, ocupado en intereses extranjeros, no les inspiraba recelo, y éste, con el propósito de debilitar sus grandes vasallos, concedió á las ciudades incluídas en los dominios feudales la inmediatidad ó contigüidad, ó sea la declaración de que no debían tributos más que al emperador. Enrique V emancipó á los artesanos, que hasta entonces habían sido considerados como inferiores á los burgueses propiamente dichos, librándolos del derecho que se arrogaban los señores de escoger sobre la herencia mueble lo que les agradaba. El mismo emperador despojó también del poder temporal á los obispos, y agrupó en gremios los obreros de cada oficio.

Después de la lucha del sacerdocio y del Imperio, á la muerte de Federico II, el trono imperial quedó vacante, y las ciudades alemanas se transformaron en verdaderas repúblicas, dominando el buen sentido de unirse entre sí en una vasta liga comercial, denominada Liga Anseática, que aseguró los cambios internacionales y se hizo respetar. Los buques anseáticos recorrían las costas del mar Báltico y del mar del Norte,

desde Novogorod á Londres, á trocar los productos de Rusia, de Flandes, de Alemania y de Inglaterra contra los de Oriente.

Lubeck era la capital de la liga; Colonia, Dantzig y Brunswick seguían inmediatamente después; Brujas era el depósito principal. Había factorías establecidas en Londres, Berghen, París y Novogorod.

Las otras ciudades alemanas que servían de intermediarias para los cambios eran: Constanza, Basilea, Strasburgo, Inspruck en los Alpes, Augsburgo en Baviera, Ulm, Ratisbona, Viena y Nuremberg en Franconia.

Citemos además las ciudades de Francfort, Spira, Worms, Aix-la-Chapelle, Coblentza, Borm, etc.

Las ciudades mediterráneas se ocupaban de importar los productos del Oriente y de hacer cambios con la Liga. Las principales eran Barcelona, depósito de toda España, Marsella, Niza, Génova y Venecia. Otras ciudades italianas, como Florencia, Amalfi y Pisa tomaban también parte en ese tráfico; pero en lugar de formar una alianza semejante á la Liga Anseática, todas esas

ciudades se odiaban, se envidiaban, se hacían una concurrencia encarnizada y trataban de destruirse mutuamente, y por lo mismo fueron muy maltratadas en las numerosas guerras que asolaron Italia.

No terminaremos este capítulo sin hablar de la organización del trabajo en la Edad Media.

En los últimos tiempos del Imperio romano se hicieron ya tentativas de asociaciones de oficios; los germanos trajeron el uso de sus gildas ó sociedades de protección mutua.

Las corporaciones presentaban su lado bueno y su lado detestable: el bueno consistía en protegerse los trabajadores contra las exacciones de los nobles é instituir la ayuda mutua; el malo fué que se reemplazó la servidumbre feudal por el patronato ó servidumbre asalariada de los obreros.

Para ser admitido á ejercer un oficio, era preciso un largo aprendizaje, siendo frecuentemente el aprendiz un criado en la familia del patrón.

Y aun no era aprendiz todo el que quería serlo: se necesitaba acreditar la pureza

de sangre, ó sea presentar pruebas de ser hijo legítimo y católico viejo.

Después del aprendizaje se obtenía el título de oficial otorgado por el gremio del oficio ó se entraba, según los países, en el llamado *compagnonnage*, no menos lleno de dificultades, verdadera esclavitud de oficio en la que la mayor parte de los obreros pasaban su vida trabajando mucho por un salario del cual no se contentaría el más ínfimo peón de nuestros días. Se hallaba sujeto á emplear siempre los mismos procedimientos de fabricación, y toda innovación era severamente castigada por los reglamentos de la corporación, que tenía sus jueces y su código penal.

Si el oficial quería establecerse tropezaba con nuevas é insuperables dificultades: en primer lugar era limitado el número de maestros; en seguida era necesario ejecutar una obra maestra, es decir, presentar pruebas de capacidad. La obra maestra no era garantía positiva de talento, porque no se permitía al candidato seguir su propia inspiración, sino que debía presentar un trabajo determinado y conforme con las reglas

prescritas, por consecuencia no pasaba de simple prueba de que el obrero conocía á fondo la rutina de su oficio.

En resumen, el principio de asociación obrera era excelente, como lo es aún; pero en la Edad Media dió resultados negativos ó retrógrados, porque faltaba á las corporaciones la fuerza admirable de la libertad.

XI

Fundación de la burguesía; olvido completo de los proletarios en la conquista de los privilegios

La emancipación de los municipios, que en un principio fué un magnífico movimiento popular, fué pronto desviado de su camino y fué á parar á la formación de un nuevo grupo de privilegiados que llegaron poco á poco al acaparamiento de la riqueza y de la propiedad, á tener una representación política y á adquirir privilegios. Este tercer estado de las naciones es la burguesía, compuesta de comerciantes, patronos, banqueros, legistas, etc.

Pero la mayor parte del pueblo, es decir, los obreros de las ciudades y los campesinos, quedó sacrificada; su emancipación no fué comprendida en la de la burguesía, y

esta es una de las grandes mentiras de la historia, que ha querido hacernos creer en progresos populares realizados cuando el número mayor de los hombres ha quedado sin participación en las libertades adquiridas.

No hay duda que en el curso de los siglos ha evolucionado algo la condición del proletario; pero si se comparan las ventajas alcanzadas por el burgués con las que con tan mezquina parsimonia han tocado en suerte á los trabajadores, á los productores de toda la riqueza social, preciso es reconocer la inmensa diferencia que existe entre los dos órdenes de cosas.

La Edad Media vió nacer y desarrollarse la potencia nefasta del capital, que, á la larga, suplantó á la nobleza feudal y cortesana, y que hizo alianza con el cura y el soldado para imponer su odiosa dominación.

Hechas estas reflexiones, veamos el desarrollo de ese nuevo estado social burgués que tanto nos interesa conocer bien.

Vamos á estudiarle en el período comprendido entre el siglo XIII y XV.

Empezaremos por Inglaterra, porque en aquel país fué donde la burguesía llegó más pronto á adquirir un carácter importante.

Gracias á la unión de las ciudades y de los barones, de que hemos hablado en el precedente capítulo, desde 1215, á continuación de una rebeldía contra el rey Juan, los ingleses obtuvieron una carta constitucional, llamada la gran carta, cuyos dos artículos fundamentales eran los siguientes:

1.º «El rey no puede percibir un impuesto sin el consentimiento de la nación.

2.º »Todo inglés acusado de un crimen ó de un delito no puede ser detenido más que bajo la orden de un magistrado y debe ser juzgado por sus pares, es decir, por un jurado.»

La gran carta contenía además artículos que corfirmaron los privilegios del clero y afirmaron la independencia de los barones.

Para hacer ejecutivas las cláusulas de la gran carta, debió crearse un verdadero parlamento, compuesto de dos Cámaras, la una, la Cámara alta ó de los lords, que comprendía los miembros de la alta aristocracia; la otra, la Cámara baja ó de los comunes, cu-

yos miembros pertenecían á la pequeña nobleza y á la burguesía de las grandes ciudades.

La creación de ese parlamento fué consentida por los estatutos ó provisiones de Oxford, que los barones impusieron al rey en 1258.

Las concesiones obtenidas por la carta inglesa pueden resumirse así:

1.º Derecho de votar el impuesto y de determinar su empleo.

2.º Derecho de regular lo referente á la sucesión al trono conferido al parlamento.

3.º Derecho de exigir la separación de los abusos antes de votar el impuesto.

4.º Necesidad del concurso de las dos Cámaras para modificar la ley.

5.º Derecho de los Comunes de acusar á los oficiales reales.

Una prueba convincente de que esta organización de la sociedad inglesa no mejoró la suerte de los trabajadores es la rebelión que estalló en 1381, á instigación de John Ball, discípulo de Wiclef, de que debemos hacer aquí mención.

Inglaterra tuvo en distintas ocasiones

frecuentes desavenencias con el papado, y estas discusiones religiosas impulsaron á algunos hombres de pensamiento libre á predicar abiertamente contra el dogma cristiano y la depravación del clero.

Uno de esos reformadores, llamado Lollard, se hizo partidarios entre los campesinos, y fué quemado en Colonia en 1322, en virtud de una sentencia de la Inquisición; pero los campesinos ingleses en gran número conservaron sus enseñanzas, llamándosele los lollards.

Las mismas ideas fueron tomadas nuevamente y propagadas algo más tarde por John Wiclef, que tradujo la Biblia al inglés, permitiendo de este modo á los que sabían leer, desgraciadamente poco numerosos en aquello época, comentar el libro sagrado de los cristianos y de apercibirse de sus errores.

Esos principios de la reforma pasaron de la religión á la política.

El más célebre discípulo de Wiclef, John Ball, no temió escribir y predicar: «En el principio no había esclavos: ¿Por qué, pues, sois tratados como bestias? ¿Por qué si tra-

bajáis no recibís salario? Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, dónde estaba el gentilhombre?»

Estas palabras encontraban eco en el corazón de todos los explotados, y el descontento no esperaba más que una ocasión para traducirse en actos enérgicos.

La ocasión la proporcionó un cobrador de contribuciones, que insultó á la hija del herrero Wal Tyler, y á quien éste mató de un martillazo. Ese acto fué el principio de una rebelión general: todos los villanos de los condados de Norfolk, Suffolk, Essex, Sussex y Kent acudieron á ponerse bajo la dirección de Tyler (1381). Unos 60,000 hombres se presentaron á las puertas de Londres, penetraron en la ciudad, se apoderaron de la Torre y ejecutaron al canciller (primer ministro) y al primado (primer arzobispo).

Presentaron en seguida al rey demandas bien modestas, contentándose con reclamar la abolición de la servidumbre, la libertad de vender y comprar en los mercados y en las ferias, la amnistía general de los rebeldes y la reducción de las rentas á una tasa

uniforme. Esto indica que el elemento burgués se habría mezclado á aquel movimiento popular.

El rey Ricardo I tuvo una entrevista con Tyler, y el herrero le habló con altanería; pero habiendo puesto la mano en la brida del caballo real, fué inmediatamente asesinado por el lord alcalde, que acompañaba al rey.

Entonces, la falta de iniciativa de los rebeldes privados de jefe, renovó una vez más la triste repetición de la inconsistencia de las masas populares. Richard arengó á los rebeldes, les prometió muchas concesiones y grandes favores, y la multitud gritó estúpidamente ¡viva el rey! recibió con entusiasmo las cartas de franquicias que distribuyó y se retiró satisfecha.

Poco tardó aquella pobre gente en apercibirse de que se le había engañado indignamente, porque más que nunca se vió sometida al yugo feudal y burgués. Su defensor John Ball fué decapitado con 1,500 de sus partidarios.

Wiclef compareció delante de un concilio, donde se vió obligado á retractarse.

Otra rebeldía, burguesa y aristocrática esta vez, estalló en 1388 y duró hasta 1399 en que terminó por un cambio de dinastía.

Pero las rebeldías de esa clase, que consagran el derecho del más fuerte sin concurrir al bien general, no nos parecen dignas de ser referidas en detalle.

Dejando á los ingleses, nos encontramos naturalmente obligados á hablar de sus aliados los flamencos.

Ya hemos visto cuán prósperos se hallaban los municipios de Flandes, y qué buenas relaciones tenían con la liga anseática por mediación de Brujas. La principal industria del país era el tejido de paños, y para fabricarlos compraban los flamencos la lana á los ingleses, que éstos sacaban de sus excelentes razas de carneros, proveyéndose en cambio en Flandes de todos sus tejidos.

Las ciudades flamencas se hubieran evitado muchos sufrimientos, si hubiesen sabido desprenderse completamente de los lazos del feudalismo, formando una confederación que se hubiese administrado por sí misma; pero un resto de servilismo y

de respeto supersticioso les sujetaba aún al señorío de un conde, sobre el cual había un soberano extranjero, emperador de Alemania ó rey de Francia.

Con frecuencia los intereses de los municipios se hallaban en discordancia con los del conde, y de ahí resultaban luchas constantes que debemos consignar.

Las guerras de Flandes fueron en parte, como de rechazo, el resultado de la larga rivalidad que estalló entre Francia é Inglaterra en el siglo XI y duró hasta la mitad del XV.

Los flamencos, que, como hemos visto, eran aliados de los ingleses por los intereses de su trabajo, fueron atacados diferentes veces por los reyes de Francia.

Fué el primero de ellos Felipe IV, que en 1297 invadió Flandes, hizo prisionero al conde Guy y, exceptuando á Gante, se apoderó de todo el país; pero obtuvo el asentimiento de los municipios prometiendo aumentar sus libertades, por lo que los burgueses le recibieron con agrado en un viaje que hizo á Flandes con la reina, distinguiéndose las damas flamencas que, para

honrar á los reales viajeros, se presentaron á saludarles vestidas con sus más bellos trajes, adornados con aquellos finos encajes que sabían trabajar con tanta perfección. El efecto producido fué muy diferente de lo que ellas esperaban: la reina sintió violento despecho viendo el buen gusto y la riqueza de aquellas mujeres que no eran nobles, y por vil envidia inclinó al rey á negar las concesiones prometidas.

Felipe IV, sometido á tal sugestión, impuso á Flandes por gobernador á Santiago Chatillón, quien cometió tantas exacciones que los municipios se rebelaron.

El ejército de los nobles acudió con el propósito de «restablecer el orden y saquear á los siervos;» pero ocurrió que los siervos sabían batirse: abrieron un foso delante de sus líneas de combate, y los señores cayeron en él torpemente, pereciendo unos 6,000 (1302.—Courtray).

Felipe quiso tomar su revancha: dos años después batió á los flamencos en Mons-en-Puelle, pero no logró vencer por completo su resistencia, viéndose obligado á restablecer al conde Guy, aunque conservando las

ciudades de Lille, Douai, Orchies y Bethune.

Cuando la rivalidad entre Francia é Inglaterra se hizo más aguda y comenzó la guerra llamada de Cien años, en Flandes se rompieron las hostilidades.

El conde de Flandes, á la sazón Luis de Nevers, pertenecía á una familia francesa y rendía homenaje al rey de Francia. El tal conde cometió en Flandes tan estupendas depredaciones, que provocó nueva rebeldía entre los burgueses. Felipe VI, como en posesión de dominio eminente sobre el conde, vino en su socorro, derrotando al ejército de los municipios delante de Cassel (1328) y Luis de Nevers fué restablecido en sus poderes.

Al principio de su lucha contra Eduardo III de Inglaterra, el rey de Francia obligó á Luis de Nevers á expulsar de Flandes á todos los comerciantes ingleses. Como represalia, el rey de Inglaterra dió un decreto prohibiendo en todo su reino servirse de paños fabricados en el extranjero (1336), y entonces los obreros flamencos abandonaron sus talleres, donde no tendrían ya

trabajo, para ir á Inglaterra, donde se les acogía bien, comenzando de ese modo la fortuna del país, al que llevaron una industria que no existía antes y que alcanzó después gran desarrollo.

El golpe fué certero, y los burgueses flamencos comprendieron que su pérdida era inminente si dejaban escapar el trabajo que era la base de su negocio. Entonces un rico negociante de Gante, Santiago Artevelt, reunió los diputados de las principales ciudades, y poco le costó demostrarles la necesidad de despojar al conde de sus poderes y volver á la alianza inglesa. Consiguieron su propósito, pero medio siglo después cayeron en poder de un conde muy cruel, que motivó una nueva rebelión (1382).

Agitaba á la sazón á Francia un viento revolucionario, y en París y en los campos estallaron motines en que los rebeldes no quedaban entregados á sus aislados esfuerzos, sino que se sostenían mutuamente, y Gante se convirtió en el centro de la rebelión. Un hijo de Santiago Artevelt, llamado Felipe, escogió 5,000 hombres decididos y

con ellos derrotó á los 40,000 soldados del conde.

Aquel acontecimiento causó espanto entre la nobleza, y todos los caballeros fueron á alistarse bajo la bandera de Carlos VI, rey de Francia, niño aún, para castigar lo que llamaban insolencia de los municipios.

Artevelt contaba con los ingleses; pero el rey de Inglaterra se asustó ante los progresos de la burguesía, y por temor del contagio en sus súbditos se negó con real felonía á socorrer á sus fieles aliados.

Los caballeros vencieron á la infantería flamenca de las milicias en Roosebeke (1382), haciéndose matar heroicamente Felipe Artevelt con todo su batallón gantés.

El conde murió poco después, y Flandes se incorporó á los Estados del duque de Borgoña (1384), por lo que nada tenemos que decir de aquel país hasta el principio de los tiempos modernos.

En Francia la monarquía absorbió los municipios, sin quitar á las ciudades todos sus privilegios, conservando, al contrario, ciertas libertades municipales y transformándose en burguesías.

La gran diferencia que existía entre los municipios y las burguesías era que las cartas comunales que se obtenían al precio de luchas encarnizadas, comprendían libertades más extensas que las cartas burguesas otorgadas benévolamente por el rey, que sólo contenían limitadas concesiones. En el municipio la ingerencia del señor se limitaba á la percepción del tributo anual; en la ciudad burguesa, el rey era representado por un funcionario llamado preboste que tenía el derecho de jurisdicción. Con frecuencia el mismo preboste quedaba sujeto á la vigilancia de otro funcionario llamado baile, que siempre era un noble.

Los burgueses llegaron en Francia á formar una clase especial de la nación, el tercer estado, que se separó completamente de los villanos de los cuales procedía.

Ocurría esto en el tiempo en que el rey comenzó á atribuirse la misión de justiciero en todo el reino. En Bolonia se fundó una escuela, que después se hizo célebre, para el estudio del antiguo derecho romano, que se proponía declarar vigente, el cual, aunque defectuoso como todos los códigos, era

infinitamente preferible á la arbitrariedad señorial. Los burgueses enriquecidos tomaron la costumbre de enviar á sus hijos á estudiar las leyes, y así se formaron nuevos funcionarios, llamados legistas, cuya influencia fué grande á contar desde la segunda mitad del siglo XIII.

Sabido es que al principio de la Edad Media el señor juzgaba sin apelación en toda la extensión de sus dominios.

Frente del tribunal del señor, había el tribunal eclesiástico, que se proponía principalmente: 1.º sustraer los miembros del clero á la jurisdicción regular; 2.º competir con los tribunales laicos, atrayendo á su barra todos aquellos que, sin ser clérigos, obtenían el privilegio, sea por haber hecho algún voto piadoso, por haber ido á la cruzada, etc., de juzgar sus diferencias por los obispos.

El tribunal eclesiástico no tardó en manifestar el carácter inquisitorial que le hizo tan terrible y tan odioso: el uso del tormento, desde su origen, ha deshonrado á los jueces religiosos.

Los reyes se sirvieron de los legistas para

crear, ellos también, tribunales que alcanzaron gran voga porque su jurisdicción era algo menos arbitraria y rigurosa que la de los señores feudales y la de los eclesiásticos.

De los tribunales reales, llamados parlamentos, los legistas pasaron pronto á los consejos de gobierno, distinguiéndose por ser consejeros complacientes que siempre encontraban algún argumento en el viejo arsenal romano para hacer prevalecer la voluntad real y disimular la arbitrariedad, sentando como principio: «Si quiere el rey, si quiere la ley.»

Los parlamentos fueron en un principio tribunales temporales; después se hicieron permanentes y se fijaron en las principales ciudades de Francia.

Al lado de los legistas, pertenecientes á la burguesía, los reyes pidieron aún al tercer estado consejeros de comercio y prebostes, é hicieron redactar ordenanzas, destacándose entre las más célebres los «Establecimientos de los oficios de París,» debidos á Esteban Boileau (1256).

Al principio del siglo XIV, Felipe IV el

Hermoso se apoyó en la burguesía para emprender una lucha contra el papa Bonifacio VIII, de la cual resultó vencedor.

Se trataba nada menos que de someter al clero de Francia á pagar el impuesto, de que hasta entonces había estado dispensado, lo cual transformaba sus inmensos dominios en bienes de manos muertas. El rey se mostraba igualmente opuesto al dinero de San Pedro, impuesto que el papa hacía pagar á toda la cristiandad.

La tentativa era atrevida, y para afrontar la excomunión sin arriesgar la corona, Felipe el Hermoso reunió una asamblea de diputados en que figuraban por la primera vez miembros de la burguesía. Esta asamblea tomó el nombre de Estados Generales (1301).

Si los burgueses dieron razón al rey contra el papa, no hicieron otro tanto acerca de los impuestos. Felipe IV, monedero falso, perseguidor de los judíos, ladrón y explotador, llegó hasta poner un impuesto sobre las hierbas que se venden en el mercado, lo que causó en París una rebelión terrible.

Los Estados Generales se hubiesen apoderado del poder durante la guerra de cien años y hubiesen establecido la monarquía constitucional si hubiese habido más concordia entre sus miembros. Ya tendremos ocasión de hablar de estas tentativas en el capítulo siguiente.

Los italianos habían llegado en aquella época á un alto grado de perfección industrial. Su agricultura, basada en un sabio sistema de irrigación, arrancaba á la tierra cosechas abundantísimas. La burguesía se enriqueció pronto, especialmente por el transporte marítimo y por la banca. Los lombardos, genoveses y florentinos hacían el comercio del dinero, y con él adquirieron enormes fortunas y muchos vicios, porque nada envilece tanto á los hombres como el contacto directo con el dinero.

Por otra parte, las mismas divisiones desolaban siempre las ciudades italianas, y su historia no pasa de ser la narración de su envidiosa concurrencia y de sus guerras encarnizadas.

Italia carecía de gobierno central: después de la guerra del sacerdocio en 1250,

las ciudades vivieron de un modo diferente; las unas, sobre todo al norte de la península, vieron á los antiguos podestás, representantes del poder imperial, apoderarse del gobierno; otras cayeron en manos de aventureros; algunas fundaron repúblicas, distinguiéndose entre las más célebres Venecia, Génova, Pisa y Florencia.

En Venecia la constitución era aristocrática; el poder se ejercía por un consejo de nobles inscritos en el libro de oro de la ciudad, presidido por un dux. Después los venecianos adjuntaron el Consejo de los Diez, sobre el cual se han referido cosas muy extraordinarias, siendo de todo ello lo más positivo que condenó muchas víctimas.

Venecia poseía muchas colonias, especialmente la Dalmacia, las islas de Negroponto, de Creta y muchas otras del Archipiélago; dominaba absolutamente en el Adriático, y, para marcar esa supremacía á los ojos del pueblo y de las ciudades rivales, cada año, por medio de una ceremonia ridícula y teatral, el dux se desposaba con la mar tirando un anillo al agua.

Florencia, por el contrario, tenía una

constitución democrática. En primer lugar los habitantes se encontraban divididos en dos partes: la gran burguesía ó artes mayores (jueces, notarios, médicos, comerciantes, manguiteros y pañeros), ó, como se decía también, el pueblo gordo, y la pequeña burguesía, artes menores ó pueblo flaco, que comprendía los demás artesanos.

En el siglo XVIII, casi en la misma época en que Venecia establecía su constitución aristocrática, Florencia admitía las artes menores en el gobierno de la ciudad. El pueblo fué dividido en veinte compañías de oficios, siendo cada compañía presidida por un magistrado llamado gonfaloniero, y los nobles quedaron excluídos de las funciones públicas, á menos que se hiciesen inscribir en el libro de los oficios de la ciudad.

Excusado parece decir que únicamente los patronos fueron admitidos á las magistraturas; debajo de ellos en categoría estaban los oficiales ó *ciompi* y el mismo pueblo realmente flaco.

La constitución de Florencia fué imitada en toda la Toscana.

Ese gobierno no dió satisfacción á los partidos, lo que ocasionó no pocas rebeliones: una de las más importantes fué la de los *ciompi*, que pusieron á su frente á un cardador de lana llamado Miguel Lando, que se apoderó de la señoría y estableció un gobierno de nueve miembros: tres pertenecientes á las artes mayores, tres á las menores y tres á los *ciompi;* pero habiendo reclamado éstos últimos ciertas ventajas económicas, que se les negaron, fueron lanzados del poder, y en la confusión consiguiente se apoderó de él un banquero llamado Médicis.

Durante aquel tiempo Génova se empeñaba en destruir la república de Pisa y atacaba á Venecia, y después de una lucha encarnizada Venecia quedó triunfante.

Roma continuaba en poder de los papas, que gobernaban con extremada dureza. Después de la derrota de Bonifacio VIII, su sucesor, caído bajo el poder del rey de Francia, fijó su residencia en Avignon y envió á Roma un legado que administraba en su nombre tan mal como su poderdante.

Un tal Rienzi logró despertar en el pue-

blo los recuerdos de la Roma de los cónsules, y restableció la república romana. El entusiasmo fué grande y todo parecía sonreir á esta empresa; pero Rienzi era un místico que se complacía en ceremonias absurdas y que hablaba más como dictador que como libertador. Los romanos le abandonaron y pereció víctima de aquellos mismos que le pusieron á su cabeza (1378).

El papa entró entonces en Roma y continuó su gobierno opresor.

En Nápoles y en todo el sud de Italia desarróllase larga serie de asesinatos, saqueos é incendios, causados por las familias aristocráticas, que se disputaban el poder en aquel desgraciado país, donde la vida hubiera podido ser tan fácil y hermosa.

En Alemania la muerte de Federico II fué seguida de un período llamado el gran interregno, durante el cual los señores se entregaron al más terrible bandidaje y á violencias tales, que de todas partes, de la nobleza inferior, como de las ciudades, se elevaron protestas indignadas. Formáronse ligas para la defensa común; las de los nobles pequeños se conocen con el nombre de

ganerbinatos, y la más importante fué la del Rhin, que comprendía Maguncia, Tréveris, Colonia y otras 60 ciudades. Una vez la burguesía en el caso de protegerse á sí misma, rechazó la tutela de los agentes imperiales, burgraves ó regidores.

En los campos disminuía también la servidumbre, comenzando por la Alemania del Norte, donde se fundaron colonias de cultivadores libres venidas de los Países Bajos.

El ejemplo fué seguido en el Sud, de lo que resultó cierta dulcificación en el tratamiento de los siervos por los señores, que temieron verles desertar de sus dominios.

En resumen, desde la emancipación de los municipios hasta el siglo XV, hemos asistido á una tentativa de emancipación de los trabajadores que sólo dió por resultado la formación de una clase nueva, la de la burguesía, que monopolizó la riqueza pública, con grave detrimento de la inmensa mayoría de los débiles, de los explotados.

Los españoles continuaban rechazando palmo á palmo á los árabes de su territorio: habían fundado los reinos de Castilla, de Aragón y de Portugal introduciendo en

ellos el feudalismo; pero este régimen social no se arraigó en España tan sólidamente como en el resto de Europa, sobre todo en Castilla, donde no hubo jamás villanos en su acepción de siervos del terruño.

A medida que se conquistaba á los moros un nuevo territorio, establecíase en él un castillo, y señor y burgueses vivían allí casi independientes.

Las ciudades obtuvieron muchas cartas francas ó fueros; la primera es la de León, en 1020, otorgada por Alfonso V.

Los fueros en general concedían á las ciudades un territorio extenso y el derecho de elegir sus jueces y magistrados municipales; el rey estaba representado por un funcionario análogo al preboste, llamado regidor, encargado al principio de una simple vigilancia, pero cuya influencia aumentó mucho con el tiempo.

Los castellanos estaban divididos en tres clases: los ricos-hombres, ó grande aristocracia propietaria, ó sean los aristócratas primogénitos; los caballeros ó hidalgos pobres, que lo eran los hermanos de los anteriores, por lo que se les llamaba también

segundones, y los pecheros ó menestrales, artesanos y labradores, que eran los únicos que pagaban las contribuciones.

Las Cortes, especie de Estados Generales, se reunieron por primera vez en 1169; estas asambleas poseían grandes derechos, sobre todo relativamente al impuesto, como lo prueba una declaración según la cual las Cortes previenen al rey que si se permitiera exigir una contribución fuera de los subsidios consentidos, sus órdenes serían desobedecidas.

Para contrabalancear mejor la autoridad real, las ciudades de Castilla formaban también ligas ó hermandades.

En Aragón arraigó más el feudalismo que en Castilla. Los ricos-hombres eran verdaderos barones feudales con vasallos y tras-vasallos, ó vasallos de los vasallos; á continuación venían otros vasallos del rey, también inmediatos, pero sin poseer el título de barones; luego la pequeña nobleza ó infanzones, y por último los plebeyos, divididos en menestrales en las ciudades y villanos en las poblaciones rurales.

El reino de Aragón se componía de tres

partes: Aragón, Valencia y Cataluña, cada una con sus Cortes distintas, comprendiendo tres órdenes: los prelados, los barones y los burgueses.

Una de las instituciones más notables de Aragón era la del Justicia, al cual el mismo rey estaba sometido.

La separación de las Cortes no era del agrado de la nación, y en 1287 se vió obligado Alfonso III á conceder el privilegio de unión, en que son notables los dos artículos siguientes:

1.º Las Cortes se reunirán todos los años en Zaragoza.

2.º Si el rey usase de violencia hacia un miembro de la unión sin hallarse autorizado para ello por una sentencia del Justicia, todos los demás miembros quedan desligados de su juramento de obediencia.

El sentimiento de dignidad del hombre se hace sentir en la notable fórmula del juramento al rey: «Nos, que cada uno de nosotros valemos tanto como vos, y todos juntos valemos más que vos, os obedeceremos si sois fiel á las condiciones que os son impuestas; si non, non.»

Al leer esas altivas palabras no podemos menos de pensar que esos mismos hombres retenían en la opresión y la miseria una gran parte de sus compatriotas, los villanos.

Como ya queda indicado, la ciudad de Barcelona se hacía notar entre todas las de España por su prosperidad. Al principio del siglo XIII los catalanes redactaron un código de comercio, el Consulado de los mares, que fué durante mucho tiempo el único adoptado por todos los países comerciales.

El reino de Portugal, creado por un rey de Castilla en 1180, y subyugado después por su metrópoli, se separó de ella formalmente en 1385.

Los portugueses dirigieron entonces todos sus esfuerzos hacia la navegación é hicieron muchos descubrimientos marítimos.

El primero fué el de las islas Madera (1417), que deben su nombre á la extensión de los bosques que les cubrían. Incendiada una de ellas, el incendio duró siete años, y las cenizas producidas fertilizaron el territorio que fué plantado de viñas de Chipre y cañas de azúcar.

En seguida fundaron en la costa de Africa, en Lagos, una compañía marítima cuyos marinos descubrieron sucesivamente el cabo Blanco y el Cabo Verde (1430), las Azores y el Cabo Bogador (1433).

Por desgracia no era el amor de la ciencia lo que inspiraba á los exploradores, y es preciso registrar aquí el principio de la gran iniquidad conocida con el nombre de la trata de los negros.

Ya tendremos ocasión de hablar después de los supuestos beneficios de la colonización.

XII

La Guerra de cien años.—El Imperio de Oriente.—Slavos, Mongoles y Turcos.—Otros pueblos establecidos en Europa.

Ya hemos hecho varias veces alusión á la larga rivalidad de Inglaterra y de Francia, que tuvo origen en el momento en que el duque de Normandía, vasallo del rey de Francia, hizo la conquista de Inglaterra y llegó á ser por ello más poderoso que su señor.

Así, pues, desde 1066 á 1453 se estableció un antagonismo entre dos familias por una vulgar ambición, cuyo resultado fué la ruina de ambos países, que aprendieron á odiarse al mismo tiempo que á conocerse, bajo el pretexto de patriotismo, sentimiento que hasta entonces habían ignorado uno y otro. Sin la ambición de sus

reyes, ni franceses ni ingleses hubieran jamás pensado en destruirse mutuamente; siendo por el contrario muy posible que hubieran llegado á cambiar relaciones de amistad y de utilidad.

¿Qué es, pues, el patriotismo? Un amor exclusivo del país natal, cuyo reverso es necesariamente el odio de los que habitan otros países. El patriotismo inspira al hombre una vanidad necia que le inclina á creer que los hombres de su país son superiores á todos los demás. Los gobernantes le inspiran á los gobernados con el fin de utilizarlos para robarse recíprocamente porciones de territorio y arrastrar por esa miserable causa á los pueblos á sacrificar su vida inútilmente y á cometer toda clase de crímenes.

En nuestros días, cuando los hombres saben comprender mejor sus verdaderos intereses y los deberes de honor que su conciencia les impone, deben esforzarse por aprender á conocerse y á amarse, cualquiera que sea su raza ó el punto de la tierra donde vivan. También deben respetar los derechos de todos, especialmente los de

los pueblos más débiles y menos adelantados en la civilización.

La guerra de cien años, como todas las guerras, es un compuesto de asesinatos, de saqueos, de incendios y de violencias de toda clase. Su consecuencia natural fué un aumento lamentable de la miseria del pueblo y un retroceso de la civilización. El sufrimiento popular se manifestó repetidas veces por medio de rebeliones.

Indignados de las faltas del poder, los Estados Generales, reunidos en París en 1356, trataron, bajo la dirección de Esteban Marcel, preboste de los mercaderes, de establecer un gobierno constitucional; pero por falta de la concordia necesaria entre los diputados fracasó la tentativa.

Por aquella época estalló una rebelión simpática, la Jacquería, formada por los aldeanos contra las exacciones y los insultos de los nobles, que fué anegada en sangre, en una sola vez, en Meaux, pereciendo 7,000 víctimas (1358).

La guerra de cien años cambió las condiciones de vida de los Estados, anonadando los esfuerzos populares y permitiendo á

los reyes trabajar eficazmente para el establecimiento del poder absoluto.

Se ha venido considerando la conclusión de la lucha entre Francia é Inglaterra como uno de los hechos que marca el fin de la Edad Media (1453).

El otro hecho es la toma de Constantinopla por los turcos (1453).

El Imperio de Oriente, desde la muerte de Teodosio, acusaba una decadencia moral cada vez más pronunciada: las costumbres de los grandes eran malísimas; las disputas religiosas, tan inútiles, ocupaban, con las carreras y juegos del circo, la mayor parte de su tiempo. En 1054 se separaron oficialmente de la Iglesia de Roma, sin renunciar, no obstante, á todas las supersticiones del cristianismo.

Los emperadores, lo mismo que los reyes bárbaros, se mancharon con crímenes y crueldades inconcebibles, y por lo mismo, cuando en nuestros días se quiere presentar un ejemplo de depravación completa, se cita el Imperio de Oriente.

Y sin embargo aquellos griegos degradados no carecían de inteligencia ni de ilus-

tración; pero precisamente la degradación de su vida es una prueba del mal que puede hacer una ciencia facticia como era la de los antiguos.

Durante toda la Edad Media tuvieron que luchar contra los serbios, los búlgaros y los turcos.

No hablaremos de los serbios y de los búlgaros, porque su historia se limita al relato de sus incursiones y de sus establecimientos al norte del Imperio.

Los turcos, que eran unas hordas del Asia Central convertidas al islamismo, habían abandonado su país y conquistado sucesivamente todas las comarcas que se encontraban en su camino, dirigiéndose hacia el Sud-Oeste á través del Cáucaso y el Asia Menor; vencieron á los árabes y en 1356 penetraron en Europa por el mar de Mármara. Durante un siglo atacaron sin descanso el Imperio de Oriente, hasta que por último, en 1453, se apoderaron de Constantinopla, introduciendo en el Sud-Este el culto musulmán, precisamente cuando los árabes estaban á punto de desaparecer de España.

Réstanos dar breve idea de otros pueblos que fundaron establecimientos en Europa, pero cuya historia no llegó á hacerse interesante hasta tiempos posteriores. Tales son los húngaros, que se fijaron en la llanura del Danubio y del Tisza, después de varias correrías infructuosas á través de Alemania, y los polacos, que fundaron un reino en las márgenes del Vístula.

Los eslavos estaban esparcidos sobre la inmensa llanura rusa. La más antigua de sus ciudades fué Novogorod, de la cual ya hemos hablado á propósito de su comercio con la Liga Anseática. Después se fundaron los pequeños principados de Kiev, de Wladimir, de Moscou, etc.

Unas hordas nómadas, de raza amarilla, próximas parientes de los turcos, que vivían en las fronteras de la China, los tártaros mongoles, se precipitaron en el siglo XIII sobre la vía de Europa, sometiendo de paso Persia, el Cáucaso y Rusia. Una de sus tribus, denominada la Horda de Oro, se fijó en Rusia, y durante dos siglos sometió los eslavos al tributo.

Por último, los países escandinavos no

daban que hablar desde que cesaron de enviar piratas sobre el continente. Su organización era casi semejante al resto de Europa. En 1397, Dinamarca, Suecia y Noruega se unieron en un mismo gobierno (Unión de Calmar); pero desde 1448, Dinamarca se separó de la Confederación.

XIII

La civilización en la Edad Media

Los primeros siglos de la Edad Media llevan el sello de la grosería de los bárbaros, pero los germanos no tardaron en comprender la civilización romana y en asimilársela.

Por otra parte, si se establecieron como vencedores sobre las tierras del Imperio, no prevalecieron desde el punto de vista intelectual sobre las poblaciones primitivas, mucho más numerosas que los invasores; contentáronse solamente con hacerles adoptar ciertas costumbres y modificar sus idiomas, pero sin destruir el genio propio de cada una de ellas. Puede, pues, decirse que los latinos de Italia, de España y de las Galias, lo mismo que los habitantes procedentes de esas regiones, fueron quienes conquistaron á los bárbaros.

Una vez organizada después de la invasión, Europa se dedicó nuevamente á trabajar y á pensar con una actividad rejuvenecida por la mezcla con las razas nuevas venidas á la civilización.

Ya hemos tenido ocasión de estudiar la industria y la organización del trabajo, completaremos el estudio precedente ocupándonos de los primeros viajes que se emprendieron con un fin pacífico y de las industrias y cultivos que se introdujeron en Europa.

El primero de esos viajes fué el de Benjamín de Tudela á Samarcande y al Hindostán, hacia el fin del siglo XII. Luego se citan los de Juan del Plan Carpin á Tartaria y de Ruybrœcq á Mongolia; los de los Polo, sobre todo Marco, á China, donde residió veintiséis años, y por último el de John Mandeville á Asia. Este último viajero escribió la relación de sus viajes, en la que menciona ideas cosmográficas tales como la redondez de la tierra y la existencia de los antípodas que hacen que se considere como el precursor de Copérnico.

Por medio de esas exploraciones Europa

empezó á conocer el Asia, y sacó de aquel conocimiento varias industrias, como la fabricación de tejidos de Damasco, imitada con buen éxito en Parma y en Milán; el cristal de Tiro, que Venecia introdujo iniciando la fabricación de esas hermosas lunas que reemplazaron á los espejos de metal únicos antes en uso; los tejidos de seda, lino y algodón hicieron después su aparición, así como el papel de trapo, los anteojos, los molinos de viento, etc. Entre las plantas cuyo cultivo se introdujo entonces en Europa debe citarse la caña de azúcar, que prosperó en Sicilia y en España, y el moral, que se aclimató en Italia.

Pero los progresos industriales no fueron los únicos efectuados en la Edad Media, encuéntranse muchos hombres inteligentes, curiosos de las cosas de la ciencia, y que hubieran podido contribuir á ilustrar grandemente la humanidad. Desgraciadamente tropezaron con no pocas dificultades, la más grave de todas, la religión, que pretendía encerrar para siempre el pensamiento en sus dogmas, y prohibía á los hombres hacer uso de su razón. Sin embargo, á pe-

sar de la excomunión, los suplicios y todo el lúgubre arsenal eclesiástico, no faltaron atrevidos pensadores que manifestaron sin temor sus opiniones. Todos, como consecuencia de su valor, sufrieron persecuciones y aun la muerte, pero sus enseñanzas no fueron perdidas, y, aunque lentamente, el edificio de odio y de injusticia elevado por la Iglesia y por los nobles comenzó á tambalear sobre sus bases.

Desde el siglo XIII se abrieron numerosas escuelas por todas partes; pero sólo se enseñaba en ellas la teología, es decir, las supersticiones y las idiocias religiosas; las leyes, otro compendio de barbarie, y una medicina charlatanesca que nada tenía de común con la ciencia de la salud.

A imitación de las gentes de los oficios, los estudiantes y los profesores se agruparon en corporaciones llamadas universidades y disfrutaron de grandes privilegios.

Las principales universidades eran las de Oxford y de Cambridge, en Inglaterra; de Padua, en Italia; de Salamanca, en España; de Coimbra, en Portugal; de París,

Montpeller y Orleans, en Francia, y de Praga, en Bohemia.

Fuera de la enseñanza universitaria, había mucha afición á la astrología y á la alquimia.

La astrología era el pretendido arte de adivinar el porvenir por la inspección de los astros. Acostumbraban los reyes y los príncipes á tener á su servicio un astrólogo; cuando nacía un hijo en la familia se sacaba su horóscopo, es decir, se examinaba si venía al mundo bajo buena ó mala estrella, si sería dichoso ó desgraciado; el rey no emprendía ningún negocio importante sin consultar á su astrólogo.

A fuerza de examinar los astros llegó á verse en ellos algo diferente de la adivinación, y se comenzó de ese modo el estudio de la verdadera astronomía.

La alquimia era la busca de la transmutación de los metales y de la piedra filosofal, substancia dotada, creían, de virtudes mágicas. Buscando lo imposible se descubrieron multitud de propiedades de los cuerpos, lo que constituyó una nueva rama de estudios útiles, la química.

Notemos de paso que de dos falsas ciencias se ha podido sacar un beneficio positivo, porque daban ocasión á experimentos directos y naturales, mientras que de toda la enseñanza dogmática de las universidades no ha quedado más que trabas para el espíritu de que aun no nos hemos librado completamente.

Ideas muy extrañas dominaban entonces acerca de la naturaleza: se creía á la tierra poblada de animales fantásticos y de plantas inverosímiles; sin embargo, cuando se ha sabido observar el universo, se han visto cosas que, aun contenidas dentro de la verosimilitud, son mucho más maravillosas que todo lo que la imaginación humana puede concebir.

La magia ó brujería formaba parte del bagaje de credulidad de la Edad Media. Se creía seriamente que los diablos podían alojarse en el cuerpo de una persona y los curas podían hacerlos salir por medio de palabras mágicas y de los encantamientos llamados exorcismos.

Había quienes, haciéndose pasar por brujos, vendían á los cándidos drogas veneno-

sas á las cuales atribuían virtudes maravillosas. Para los enfermos antes se buscaba al brujo que al médico.

Otra ceremonia ridícula y censurable era la del hechizo: cuando una persona deseaba la muerte de otra (lo que constituía un crimen doblado de cobardía), fabricaba una muñeca de cera y la vestía de manera que se pareciese á su víctima intencional; entonces clavaba alfileres en el corazón de la muñeca, acompañando el acto de oraciones á la luz de velas encendidas: la persona hechizada debía morir en el curso del año.

Esta práctica usábase principalmente entre los grandes, que se servían de ella para disimular sus verdaderos crímenes, porque nunca faltaba algún cómplice para ayudar con el veneno á los fines del hechizo.

La literatura, como obra de la imaginación, brilla con más esplendor que las ciencias. Como siempre, la poesía nació la primera: primero se compuso de cantos heroicos que poetas ambulantes, los trovadores, *troubadours* ó *minnesinger*, semejantes á los *aedes* griegos, iban á cantar de

castillo en castillo, recibiendo en cambio la hospitalidad del señor. Esas canciones, llenas de lo maravilloso, refieren la vida de los héroes antiguos y las hazañas de los caballeros.

En el siglo XIII apareció la novela de caballería ó de personajes alegóricos que representan la sociedad de aquel tiempo. Encuéntrase en ellas á veces expresiones atrevidas: los poetas suelen ser francos para traducir los sentimientos populares y decir sus verdades á los grandes. En prueba de ello véanse, despojados de la rima y del ritmo y traducidos á sencilla prosa los siguientes versos, en que un poeta refiere los orígenes de la monarquía:

«De entre todos escogieron el más malo, el más corpulento, el más alto, y le hicieron dueño y señor.

»Este prometió que les haría derecho, y bajo la fe de tal palabra le dieron bienes de que pudiese vivir.»

Y esta especie de protesta contra el yugo feudal:

«¿Por qué les dejamos que causen tanto daño?

»¿Nosotros somos hombres como ellos?

»Y poseemos un corazón tan grande como ellos puedan tenerle.»

El mismo poeta dice de los nobles:

«Su cuerpo no vale ni una manzana más que el de cualquier carretero.»

Pero no todos los poemas de la época tienen ese carácter satírico.

Alemania nos ha dejado las leyendas de los *Nibelungos*, imitadas por los escandinavos en los *Eddas*.

En España las primeras poesías castellanas componen una recopilación de romances escritos por diferentes autores, aunque refiriéndose todos al mismo personaje, el Cid, vencedor de los moros, conocida bajo el título de *Romancero*.

Inglaterra tiene su escritor típico en Chaucer, quien, en los *Cuentos de Canterbury*, presenta un personaje, Sir Thopas, que es como un precursor de Don Quijote.

Notables son también las poesías sajonas, que cantan las hazañas de Robin Hood, el famoso sajón que personificaba la resistencia á los normandos.

En cuanto á Italia ha de reconocerse que superó á las demás naciones, ilustrándose con los nombres de Dante, Petrarca y Bocaccio, cuyas obras admiramos en el día.

En el siglo XIV comenzó á escribirse más en prosa. Los mejores escritores son los cronistas que relataron como testigos los acontecimientos en que tomaron parte.

Por último, debemos mencionar también el teatro, que tuvo su origen en la misma época, y que en su principio se compuso únicamente de escenas religiosas. Pronto ensanchó su esfera, extendiéndose á piezas satíricas en que la sociedad feudal era presentada con bastante relieve.

Hasta mediados del siglo XV los manuscritos originales se copiaban penosamente á la mano; se escribía en pieles de cordero llamadas pergamino, enriqueciéndose á veces las copias con preciosas miniaturas; se les encuadernaba con planchas recubiertas de cuero ó telas preciosas, adornadas con oro y piedras finas; algunas veces la cubierta era de marfil con incrustaciones de orfebrería. Estos manuscritos, aun los más sencillos, costaban excesivamente caros, y por esta causa no solían poseerlos más que los príncipes y los monasterios.

Entre 1450 y 1455, la invención de la imprenta, debida á tres alemanes, Guten-

berg, Furst y Schœffer, provocó la revolución más poderosa que hasta el día haya podido hacerse, vulgarizando los libros y permitiendo á la generalidad el conocimiento de las letras y con él acelerar la destrucción de todas las tiranías.

Desde entonces se imprimieron libros en papel, que pudieron reproducirse en número ilimitado, en brevísimo tiempo y con con extremada baratura, y la sublime, á la par que sencilla concepción de Gutenberg, llena el mundo sin exceptuar el rincón más apartado con las grandiosidades del saber humano.

Los primeros impresores sufrieron mucho por efecto de la superstición á la sazón dominante y de la mala voluntad de los curas, se les quería quemar como brujos; pero la tenacidad de la Iglesia no ha podido prevalecer jamás.

Las artes brillaron también en la Edad Media, sobre todo la arquitectura y la escultura; pero por desgracia casi todos los monumentos son iglesias ó palacios.

El grabado al buril se inventó en Florencia por un platero llamado Finiguerra. Por

entonces se descubrió también el grabado al agua fuerte.

Finalmente, en Flandes, los hermanos Van Eyck y su hermana Margarita aplicaron los procedimientos de pintura al óleo á los cuales se deben tantas obras maestras, verdaderos primores del arte.

COMPENDIO

DE

HISTORIA UNIVERSAL

TERCERA PARTE

Los Tiempos Modernos

I

Estudio del siglo XV como precursor de las revoluciones económica, intelectual y social.

Los cambios sociales, lo mismo materiales que morales, no se efectúan súbitamente; son regidos por una ley natural que dejamos ya expresada y que juzgamos conveniente repetir al principio de esta tercera parte de nuestra narración.

La humanidad pasó de la Edad Media á los Tiempos Modernos casi sin transición

brusca, debido á que la sociedad del siglo XVI se venía elaborando lentamente desde el siglo XII, á medida que se disipaban las tinieblas que en un momento proyectaron los bárbaros sobre el mundo.

Pero hay una época que marca mejor que ninguna otra el paso de una edad á la siguiente y que sintetiza las revoluciones profundas sufridas por la sociedad actual: es el siglo XV.

Por lo mismo, debemos estudiar, con el interés preferente que reclama, aquel siglo en que los hombres comenzaron á desatar los lazos que les sujetaban y se disponían á emprender la lucha en todos los terrenos contra la injusticia, la opresión y la ignorancia, lucha que sostenemos aún, y en la cual nuestros antepasados de principios de la edad presente se vieron obligados á desplegar mucho mayor esfuerzo, á sostener más rudas fatigas.

Del conjunto de los cambios realizados en el siglo XV se desprende una conclusión luminosa, á saber: Únicamente poniéndose en relación directa con la naturaleza, aprendiendo á conocerla y á estudiarla, han po-

dido realizarse los progresos hasta el día alcanzados en ciencia, en arte, en literatura y en independencia del espíritu.

Tratemos de proceder por orden al examen de esos fenómenos sociales.

Ya en el siglo XI pareció que la sociedad comenzaba á dar una importancia cada vez mayor á la instrucción, y aunque el número de los analfabetas dominaba aún sobre el de los que sabían leer, las escuelas se multiplicaban por todas partes.

Dividíanse las escuelas en chicas y grandes; en las primeras se daba la enseñanza primaria, lectura, escritura y sobre todo catecismo, y á las segundas, llamadas también escuelas de gramática, las gentes acomodadas enviaban sus hijos como los envian en la actualidad á los liceos ó colegios superiores.

Los profesores, quienes precedentemente recibían á los discípulos en su casa, tomaron la costumbre de hacer sus cursos en locales especialmente amueblados para servir de escuela, donde se admitían internos y externos, abandonando definitivamente aquellas granjas con asientos de paja que

en el siglo anterior se utilizaron como escuelas.

Los escolares estaban sometidos á un régimen severísimo: las disciplinas, la palmeta y el látigo servían de razonamiento para corregir las menores faltas.

La multiplicidad creciente de las escuelas no era signo de perfeccionamiento de los métodos de enseñanza. Tan vano era el bagaje de los escolares en aquella época y aun el de algunos siglos después, como el de la Edad Media, y en atención al empeño que se ponía en obscurecer su juicio, casi podía afirmarse que al final de sus estudios tenían la inteligencia algo menos abierta que antes.

Las universidades continuaban pretendiendo dar la enseñanza superior; muchos estudiantes pobres proseguían en ellas sus estudios viviendo de limosnas ó dedicándose al servicio doméstico de sus compañeros más favorecidos por la fortuna.

Para ayudar á aquéllos, algunos ricos particulares fundaron colegios ó asilos de pensionados; después algunos estudiantes de mejor posición se acostumbraron tam-

bién á vivir en esos colegios pagando una pensión, y esto dió la idea de fundar «pedagogías» ó instituciones particulares donde los alumnos eran recibidos como internos mediante un precio determinado.

Por último, había también en las universidades estudiantes libres externos.

He aquí cómo distribuía su tiempo un estudiante allá por los años de 1450: cada día, en todas las estaciones se levantaba á las cuatro de la madrugada, y empleaba diez horas de estudio, hora y media de ejercicios llamados religiosos y solamente dos horas de reposo.

El ordinario se componía de un panecillo á las seis de la mañana y dos frugales comidas, una á las once de la mañana y otra á las seis de la tarde, acostándose á las ocho y media en invierno y á las nueve en verano.

Una vez fuera de la universidad, los estudiantes libres llevaban una vida asaz desordenada, cometiendo numerosos robos y aun asesinatos, lo que prueba que la disciplina eclesiástica dista mucho de ser una garantía de moralidad.

La invención del papel fué muy útil para los escolares, porque costaba mucho más barato que el pergamino. También en el siglo XV se inventaron las plumas metálicas.

Se aumentó mucho la afición á las bibliotecas; los manuscritos religiosos perdieron en ellas la exclusiva, viniendo á aumentar sus volúmenes crónicas históricas, romances, etc.

La imprenta también hizo progresos: al principio no solían imprimirse más que libros vulgares y no se les aplicaba ningún adorno. En Venecia se hicieron las primeras bellas impresiones, y también de la misma ciudad salió el primer tratado de geometría con figuras. Después los editores de Roma sustituyeron las letras góticas por los caracteres romanos, mucho más legibles; también se imprimió en Roma el primer libro con grabados.

Se hacían también cartas geográficas, muy inexactas, es cierto; testigo un mapamundi de aquella época donde cuesta no poco trabajo orientarse; pero conocemos una figura teórica de eclipse de luna que vale infinitamente más.

La música empezó á ser considerada como el complemento necesario de toda esmerada educación, siendo ya entonces conocidos la mayor parte de nuestros instrumentos musicales. Los más en voga eran el arpa, la mandolina y el clavicordio.

Flandes se hizo el centro principal de la cultura música, pero los mejores instrumentos se fabricaron en Alemania.

En las artes fué donde los progresos se hicieron más patentes, porque los artistas sobre todo se inspiraron en la naturaleza, tratando de interpretarla con fidelidad. Por lo mismo no se circunscribieron á los asuntos religiosos los escultores y pintores; el arte se hizo profano, y con ello ganó en expresión y en verdad hasta el punto de elevarse al primer impulso casi hasta la perfección.

Los artistas italianos y flamencos dieron los más bellos modelos de pintura; se admiró como escultores á los italianos y los franceses, como grabadores á los alemanes y como plateros y joyeros á los españoles.

Las tapicerías de Flandes reemplazaban casi generalmente las pinturas murales;

también las cristalerías estaban muy en voga.

Pero si los pueblos progresaron en sentido intelectual, respecto de la moral se elevaron poco. Viéronse, es cierto, algunos hombres de carácter rebelarse contra la opresión religiosa; pero limitándose á denunciar las malas costumbres de la Iglesia, sin rechazar el dogma, admitiendo la mayor parte de las supersticiones cristianas y sin saber ser tolerantes, y respecto de sus adeptos se mostraron tan autoritarios como los curas católicos. No obstante, debemos agradecerles que, á costa de su vida, lanzaran una semilla que había de germinar en el porvenir.

En política, los males causados por el régimen feudal sujetaron Inglaterra, Francia y España al poder de los reyes en quienes pensaron encontrar protectores, permitiéndoles formar los ejércitos permanentes, verdadero peligro público, y dejándose encerrar en los estrechos límites del nacionalismo, que hizo de cada país el enemigo de todos los otros países.

II

Establecimiento del poder absoluto en Inglaterra, Francia y España.—La casa de Austria en Alemania.

Terminada la guerra de cien años en perjuicio de los ingleses, éstos, sintiéndose rebajados en su orgullo, odiaron al rey Enrique VI y á toda su familia, los Lancaster.

Un hermano del rey, el duque de York, quiso destronarle, y esa ambición fué la causa de una terrible guerra civil que duró treinta años, conocida con el nombre de guerra de las dos rosas, porque los dos adversarios tenían en su blasón, el uno una rosa blanca y el otro una rosa roja.

Cometiéronse en aquella guerra, como en todas, grandes crímenes, hasta que al fin, los beligerantes, cansados de la lucha, se

reconciliaron y eligieron rey un descendiente de los Lancaster, Enrique Tudor, que reinó con el nombre de Enrique VII (1485).

El pueblo sufrió mucho, naturalmente, con aquella guerra; la nobleza pereció en ella casi por completo. El campo quedó, pues, libre ante el rey, que aprovechó aquella circunstancia para imponer á los ingleses un poder absoluto. Por medio de un tribunal especial, creado al efecto, la cámara estrellada, cuyos miembros le debían su encumbramiento, hizo condenar y ejecutar, confiscando sus bienes, á todos sus enemigos.

Enrique VII era avaro: se hizo dar dinero por su parlamento para emprender nuevamente la guerra contra Francia, y por el rey Carlos VIII de Francia se hizo otorgar una pensión de 75,000 escudos de oro. De modo tan diferente entendían ambos reyes el interés de sus naciones.

En Francia, Carlos VII, después de terminada la guerra de cien años, se apoderó igualmente del poder absoluto, y para afirmar su autoridad instituyó las tres grandes iniquidades que hacen la fuerza de todo

gobierno y contribuyen á la miseria y á la explotación del pueblo, á saber: el impuesto permanente, el ejército permanente y el concordato con el papa.

El impuesto permanente, que sólo pesaba sobre el pueblo, permitió á los reyes crearse recursos seguros para la satisfacción de sus caprichos, de sus vicios y de su ambición.

El ejército permanente, siempre dispuesto á la guerra, fué una tentación perpetua que sugestionó á los soberanos para intentar el engrandecimiento de sus Estados á costa de sus vecinos y la adquisición de lo que llamaron la gloria del conquistador.

El concordato con el papa formuló y determinó la concordancia de los dos poderes, el temporal y el espiritual para oprimir más fácilmente al pueblo, apoderándose de su conciencia, afirmando sobre sus ojos la venda de la fe.

Con esas tres armas poderosas y la organización de los parlamentos, que puso el poder judicial entre las manos del rey, fué posible á un hombre dominar millones de sus semejantes, osando terminar sus or-

denanzas por esta fórmula audaz: «Porque así nos place.»

Luis XI, sucesor de Carlos VII, redujo á la impotencia al feudalismo dotado y protegido, es decir, á los príncipes de la familia real, que tenían como dotación el gobierno de importantes provincias y que en ellas se habían hecho casi independientes.

El principal entre esos príncipes era el duque de Borgoña, que quiso crearse un reino con la Borgoña y los Países-Bajos, que poseía, y Suiza y Lorena, que le faltaba conquistar.

Suiza, que se había declarado independiente, hizo fracasar á Carlos el Temerario, que sufrió dos derrotas sucesivas en Granson y en Morat (1476). Esas dos victorias de los montañeses suizos aseguraron su libertad definitiva.

En Lorena Carlos el Temerario fué aún más desgraciado: se hizo matar en el sitio de Nancy (1477).

Dejó una hija de veinte años, á cuya mano aspiraban no pocos pretendientes, como poseedora de tan ricos Estados. La obtuvo Maximiliano, emperador de Aus-

tria, y esa unión, como veremos pronto, dió á España la posesión de los Países-Bajos.

España también marchaba hacia el despotismo, y, lo que es peor, hacia la intolerancia religiosa. Los cuatro reinos de Navarra, Aragón, Castilla y Portugal cayeron en manos de dos soberanos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, cuyo matrimonio hizo la unidad española.

El primer cuidado de esas dos majestades fué rechazar por completo á los moros de España y con ellos el amor al trabajo y el bienestar público. En aquel empeño emplearon diez años, y en 1492 sucumbió Granada, última posesión de los árabes.

Dueños de toda la península, Fernando é Isabel emprendieron la destrucción de las libertades y fueros de las ciudades. Hicieron de la religión su principal medio de dominio, y persiguieron con todo rigor á cuantos no profesaban un catolicismo muy ortodoxo. Sabido es que el pueblo español, sobre todo en las provincias meridionales, se había fusionado con los árabes, que eran, á lo menos, amos inteligentes,

y para contrarrestar esa fusión y recristianizar España, los Reyes Católicos, denominación que usaron Fernando é Isabel, crearon un tribunal especial llamado el Santo Oficio y estableció la inquisición religiosa.

El Santo Oficio era un tribunal formado de frailes, que condenaba por simple denuncia, enviaba al suplicio millares de víctimas y confiscaba los bienes de los condenados.

A esta institución va unido el nombre de Torquemada, que queda en la memoria de las generaciones como una de las abominaciones de la historia.

Consagraremos un capítulo especial á la obra infame de la Inquisición.

El poder absoluto se estableció fácilmente en España, en Inglaterra y en Francia; no sucedió lo mismo en Alemania y en Italia.

Alemania continuó sus tradiciones de federación imperial. Todo el cambio consistió en el advenimiento al poder de otra familia, la casa de Austria, cuyo principio fué harto humilde.

No obstante, notábase en Alemania cier-

ta tendencia á la unidad, aunque muy distante de dirigirse al despotismo que pesaba sobre las naciones occidentales de Europa.

Los primeros emperadores de la casa de Austria fundaron su fortuna en la «política de los matrimonios.»

Hemos visto, en efecto, uno de ellos, Maximiliano, casarse con la hija de Carlos de Borgoña y recibir como dote los Países-Bajos. Su hijo, Felipe el Hermoso, unirse á la hija de Fernando é Isabel de España, Juana la Loca, madre de Carlos y de Fernando, que fueron sucesivamente emperadores.

Italia, siempre dividida y siempre entregada á sus discordias intestinas, sufrió crueles acontecimientos. Ambicionada por los reyes de Francia, chocaron éstos con el rey de España, y su territorio fué pisoteado por los ejércitos permanentes de ambas naciones.

Las guerras de Italia duraron desde 1494 á 1559, más de medio siglo.

Las primeras guerras se hicieron únicamente por el placer de utilizar los bizarros ejércitos recientemente formados y

dar ocupación á la nobleza, cuyos castillos feudales habían sido destruídos y que comenzaba á agruparse alrededor de los reyes para disputarse las migajas de su mesa, semejantes en eso á los parásitos que llenaban las casas de los ricos en los tiempos del Imperio romano.

Las más sangrientas de esas guerras fueron las que estallaron seguidamente entre el rey de España Carlos V, proclamado emperador de Alemania, y el rey de Francia Francisco I. Esas guerras señalan la inauguración de un sistema político falsamente llamado equilibrio europeo, y al que convendría mejor el nombre de juego de báscula al uso de los gobernantes.

Esa política consiste en lo siguiente: dos adversarios hállanse frente á frente; los dos invocan el auxilio de los espectadores, que alternativamente socorren al que amenaza caer, para impedir al otro que llegue á ser demasiado fuerte y que incurra en el capricho de volverse contra los espectadores.

En este asunto, el rey de Inglaterra fué quien sostuvo unas veces al emperador y otras al rey de Francia.

Como se ve, semejante sistema nada tiene de común con el equilibrio.

El verdadero equilibrio existirá cuando, habiendo desaparecido las fronteras, la concordia se establezca entre toda la gran familia humana para el mayor bien de todos sus miembros.

III

La Revolución intelectual.—Renacimiento de las Artes y de las Letras

La costumbre ejerce sobre nosotros una influencia que ha sido ya repetidas veces demostrada, y esa misma influencia se ejerce sobre los pueblos y sobre las épocas, hasta el punto de que los cambios más radicales, en su principio, pasan inadvertidos. Luego llega un día en que las fórmulas nuevas triunfan de las antiguas y las reemplazan, causando el efecto de un golpe de varilla mágica que hubiera transformado en un momento, sin darnos cuenta de ello, las condiciones de nuestra vida.

Sin embargo, si se profundiza hasta el fondo de las cosas, pronto se descubre el inmenso trabajo, efectuado lentamente y

sin ruido, que ha conseguido pacientemente el cumplimiento de un progreso transcendental.

Lo que queda dicho se comprueba exactamente por el Renacimiento artístico y literario: elaborado lentamente en el curso de los siglos precedentes, particularmente en el XV, se ve ese Renacimiento brillar con todo su esplendor en el XVI, como si apareciese bruscamente y sin transición hubiera suplantado la obra del pasado.

El nombre mismo de Renacimiento, dado á la admirable floración artística de aquella época, parece significar que Europa, desde el establecimiento de los bárbaros, había quedado sumergida en una especie de muerte intelectual. En la actualidad sabemos que semejante letargo es absolutamente inexacto.

La palabra Renacimiento debe entenderse en su verdadero sentido, es decir, en el de vuelta ó regreso al genio de los antiguos; resurrección de sus obras de arte, de sus trabajos literarios, devueltos á la luz para estudiarlos é inspirarse en ellos.

Pero si los artistas del siglo XVI se re-

montaron á las escuelas de griegos y romanos, fuerza es convenir que aportaron una gran parte personal: no se entregaron á una fría y vulgar imitación de sus modelos, sino que aprendieron de la antigüedad á observar directamente la naturaleza en la reproducción de sus formas exteriores, y á consecuencia de ello se elevaron hasta la perfección en las artes plásticas.

Italia, y principalmente Florencia, fueron el centro del movimiento artístico, y á sus numerosas escuelas acudieron á formarse los artistas de las demás naciones.

Hacia la primera mitad del siglo XVI brillaron los genios más eminentes. Los tiempos eran favorables á aquel movimiento: el arte era la única rama de la actividad humana que á la sazón pudiese satisfacer las exigencias de una inteligencia privilegiada; las letras suscitaban pocas vocaciones á causa del escaso número de los que podían leer y apreciar las obras literarias.

Por otra parte, los artistas llegaron al colmo de la habilidad y dominaron todos los secretos del arte; por el estudio inteligente de la antigüedad adquirieron un

gusto seguro y delicado; el estudio del desnudo les enseñó las proporciones verdaderas del cuerpo humano y la ciencia de representar los movimientos y las actitudes más diversas; la composición cesó de hallarse entregada á todas las divagaciones de la imaginación, porque se basó en la razón y en la verosimilitud.

En fin, se buscó el ideal en el arte y se logró completamente: en pintura, por la corrección del dibujo y el encanto del colorido; en escultura, por la exactitud del modelado y la fuerza de la expresión.

Llegado á este punto el arte se hizo profano; se desprendió del misticismo, porque hasta en las composiciones religiosas se advierte que el artista se preocupa más de la belleza de su modelo que del asunto de su composición.

La mitología sirve cada vez más de tema á los cuadros del caballete; los retratos adquieren gran importancia; se comienza á hacer pintura de historia, y hasta el paisaje hace su introducción en el arte.

En arquitectura, los monumentos de grandes líneas sencillas, tan apreciados de

los antiguos, reemplazan por doquier al arte gótico.

Las artes decorativas brillan también con vivos resplandores: muebles, orfebrería, cerámica, tapicería, ferretería, etc., se ejecutan copiando los cartones de los más grandes artistas, que no desdeñaban lo que injustamente se ha denominado las artes menores.

El carácter más saliente de los artistas italianos consiste en que no se limitaron á la práctica de un solo arte: alternativamente pintores, escultores, grabadores ó arquitectos, demuestran poseer una ciencia profunda y sobresalen en todos sus trabajos.

Entre esos grandes genios se hallan en primer término Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Rafael, Benvenuto Cellini, Bramante el arquitecto, Fra Bartolomeo, Luini, el Sodoma, el Corregio, Andrea del Sarto, Solano, Julio Romano, Juan de Udina, y los pintores venecianos Ticiano, Veronés, Tintoretto, y Giorgione el primer paisajista.

A la escuela de Italia vinieron á instruirse sucesivamente todas las otras nacio-

nes de Europa. Sin embargo, cada una de ellas imprimió á sus obras de arte el sello de su propio genio, que vino á añadirse á la influencia italiana, de modo que llegó á producirse una asimilación más bien que una imitación.

España cultivó con preferencia la expresión de las emociones fuertes; su arte, completamente trágico, manifiesta su procedencia de Miguel Angel y se traduce en las esculturas de Berruguete, discípulo del gran escultor italiano.

Tres grandes escuelas de pintura se abren, la de Valencia, la de Castilla y la de Andalucía. Los retratistas como Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, Antonio Moro y el Greco son dignos de figurar al lado de los más grandes pintores de Italia.

Otros artistas se han distinguido sobre todo por el sentimiento dramático de sus composiciones; tales como Juanes, Luis de Varga, Céspedes y Morales.

En sus monumentos, los españoles, aunque abandonando el gótico para adoptar el género antiguo, le agregan ornamentos de gran riqueza, cuya analogía con la orfebre-

ría dió á esa arquitectura el nombre de estilo plateresco.

Las artes decorativas se cultivaron también con buen éxito. El mobiliario perdió su carácter semioriental de los siglos anteriores; la orfebrería se modeló sobre la arquitectura, presentando las alhajas bastante originalidad.

En Alemania las artes más florecientes fueron la pintura, el grabado y la orfebrería. Dos pintores de retratos se hicieron célebres, Holbein y Cranach; pero el genio más notable es Alberto Durero, pintor y grabador, que estudió la naturaleza con tal constancia y verdad que se eleva sobre todas las escuelas. Verdadero genio ecléctico, escribió las líneas siguientes: «Entre los elementos de que se dispone, no hay más que uno bueno... el arte está verdaderamente oculto en la naturaleza, quien pueda sacarle de ella, le poseerá.»

Los cuadros y los grabados de aquel maestro se recomiendan, unas veces por la sencillez de composición, otras por el desarrollo de una imaginación prodigiosa, siempre por su admirable realidad.

La arquitectura no salió del gótico. La escultura produjo obras originales en muy gran número, ejecutadas por familias enteras de artistas, como la de los Vischer, de la cual Peter es el jefe. En general los alemanes no han reproducido el desnudo.

Los Países Bajos fueron también favorecidos respecto de los pintores y grabadores, muy numerosos, de los cuales la mayor parte fué á Italia á estudiar su arte, volviendo después á ejercer en su país. Sin embargo, la influencia italiana les fué más perjudicial que beneficiosa, afirmación deducida del hecho de que no fueron los «romanistas,» como se designaba á los que habían estudiado al otro lado de los montes, los que han dejado las mejores obras. Los verdaderos artistas son los que han conservado su originalidad personal, como Quintín Matsys, Breughel, Lucas de Leyde y Goltzius.

Todas las artes decorativas continuaron siendo cultivadas en Flandes con buen éxito, especialmente las tapicerías, que alcanzaron fama universal.

En Francia el arte más brillante fué la

arquitectura. Los más bellos castillos y palacios se construyeron en el siglo XVI por Chambige, Gilles el Bretón, Pedro Lescot, Juan Ballant, Filiberto Delorme, Pedro Nepveu y Vyart.

Deben citarse también los escultores Miguel Colombe, Juan Goujon, Germán Pilon, Ligier Richier.

Los pintores fueron menos notables, salvo los miniaturistas, no pudiéndose citar más que los Clouet y Corneille, de Lyon.

Un nuevo arte decorativo nació en esta época y dió productos notables: el esmalte, practicado por los Penicaud y los Limosin.

Por último, Bernardo Palissy, de quien volveremos á ocuparnos como sabio, se ilustró con sus admirables cerámicas.

Inglaterra fué el país de Europa donde el Renacimiento se implantó con mayor dificultad. La arquitectura gótica, rejuvenecida por sus motivos de decoración, prevaleció, bajo el nombre de estilo Tudor, hasta el fin del siglo XVI. Los arquitectos más notables de esta época son John Shorte, Thorpe y Smithson.

La pintura produjo el único miniaturista Isaac Olivier.

La joyería parece haber sido el único arte decorativo cultivado por aquel tiempo en Inglaterra.

El Renacimiento artístico se hizo sentir también en Hungría y en Polonia, donde dominaron los estilos italiano y alemán; en los países Escandinavos, donde llegó la influencia holandesa, y por último, hasta en Rusia.

Las letras participaron también del Renacimiento. Gracias á la imprenta, el gusto por la lectura se desarrolló rápidamente y las bibliotecas se multiplicaron.

Las imprentas más célebres de la época son: las de Aldo en Venecia, Froben en Basilea, Estienne en Lyon y en París y Plantin en Amberes.

Los caracteres de imprenta eran entonces mayores que los de nuestros días; la forma infolio era la más usada, y la encuadernación continuó siendo un arte próspero.

En las bibliotecas, al lado de los libros, acostumbróse á reunir colecciones de me-

dallas, de objetos antiguos y de curiosidades naturales.

La literatura se honró con obras de los italianos Guichardin, Ariosto, el Tasso, y de los franceses Rabelais, Montaigne, Marot y Ronsard.

La ciencia se separó de la teología, se estudiaron las lenguas, las matemáticas, la medicina y la anatomía. Entre los sabios de la época se distinguen Copérnico, Juan Lascaris, Ambrosio Paré, Guillermo Budé, Duchatel y Bernardo Palissy.

Palissy sobresalió entre todos porque toda su vida luchó contra la miseria, y su ciencia tiene el doble mérito de una preseverancia casi sobrehumana. Hasta el fin tuvo que luchar: cuando hubo triunfado de las dificultades materiales tropezó con los odios religiosos; á los ochenta años estaba prisionero en la Bastilla, y se trataba de hacerle morir en una hoguera cuando murió de muerte natural.

Bernardo Palissy fué el creador de la geología y fundó el primer museo de ciencias naturales. «La pobreza, escribió, impide al genio llegar á su ideal,» elocuente protesta

contra las dificultades sociales que encontró en su camino.

A pesar del relámpago de emancipación intelectual que brilló en el siglo XVI, la ignorancia, y, lo que es peor, el falso saber, pesa aún en la mayoría de los hombres, porque las escuelas de todos los grados continúan estando en poder de la Iglesia, y ningún progreso se ha realizado en la ciencia de la educación.

La humanidad ha de luchar aún por largo tiempo en las tinieblas, contra el espíritu de la mentira que le subyuga.

IV

Los grandes viajes en el siglo XVI
La colonización

El siglo XV vió nacer y desarrollarse el gusto de las expediciones marítimas, que continuaron en el XVI, y se completaron en importantes descubrimientos.

Es laudable la curiosidad del hombre, cuando tiene por objeto el deseo de conocer mejor la tierra que habita y la naturaleza de que forma parte; pero si el impulso hacia lo desconocido viene de la ciencia, harto escasos eran á la sazón los que por la única pasión de saber se lanzaban al océano.

La avaricia servía de cebo al mayor número de los viajeros, cuyo único objeto era encontrar un camino fácil hacia ese Oriente mágico de donde se extraían tan en-

vidiables productos; se trataba sólo de echar mano á las riquezas de la India.

Para muchos la avaricia iba acompañada de un deseo violento de dominio: en la India hay pueblos que convertir, y la Iglesia encontró en los viajes un medio de extender su influencia; por eso, siguiendo al aventurero se deslizó el misionero, que iba á «cristianizar» los pueblos nuevos. Con frecuencia el apóstol y el tunante se unieron en la misma persona, y el resultado de esta alianza fué la colonización.

Pero veamos los hechos. Por aquella época se comenzaba á creer en la esfericidad de la tierra, y, por consiguiente, en la posibilidad de rodearla. Así al menos lo pensó un hábil marino genovés llamado Cristóbal Colón. Pensó que se podían encontrar las Indias, único fin de todos los viajes, lo mismo avanzando hacia al Este, que hacia al Oeste, y concibió el proyecto de lanzarse al océano en esa nueva dirección.

Presentáronsele muchas dificultades para poner en ejecución su proyecto: para emprender ese viaje aventurero necesitaba di-

nero, hombres y barcos. En vano se dirigió á los soberanos más poderosos, se negaban á oirle y se le trataba de loco. Por último, llegó á hacerse oir por Isabel de Castilla, que le confió tres carabelas con las cuales emprendió su ruta.

Acostumbrados como estamos á los grandes vapores que marchan con toda seguridad siguiendo las vías marítimas, tan conocidas hoy como las terrestres, difícilmente nos representamos lo que en aquella época era la navegación sobre un océano desconocido, con barcos mal construídos, dirigidos por los caprichos del viento y que podían ser detenidos largos meses en las regiones de las calmas, donde la tripulación corría el riesgo de morir de hambre y de sed.

Cristóbal Colón tuvo que luchar dos veces contra su tripulación, declarada en rebeldía, que quería volver á España. Su firmeza triunfó del terror de los marineros y acabó por abordar á las islas Lucayas. Había descubierto la América (14 octubre de 1492).

¿Qué eran esas tierras donde los europeos penetraban por primera vez?

La América no nos ha entregado aún todo el secreto de su pasado. Si no ignoramos nada de las producciones de su suelo, no nos sucede lo mismo con la historia de sus primitivos habitantes. Sin embargo, gracias á las indagaciones emprendidas y á los progresos de la antropología prehistórica, poseemos documentos que atestiguan que las poblaciones americanas han pasado por fases de civilización análogas á las nuestras.

Se designa comunmente á los americanos bajo el nombre de indios, debido á que Colón creía haber abordado á las Indias y no á una tierra desconocida.

Se les llama también falsamente raza cobriza, aun cuando tienen la piel matizada de amarillo más ó menos obscuro; pero su costumbre de pintarse el cuerpo de rojo fué causa de una equivocación sobre su color natural.

Encuéntranse las huellas del hombre en América desde la época cuaternaria, que ha pasado allí, como nuestros antepasados, por el período glaciar. Lo mismo que en Europa y en Asia, los americanos primiti-

vos se hicieron instrumentos y herramientas de piedra, de cuerno y de hueso, fabricaron una cacharrería muy variada y ornamentada, conocieron el tejido y el trabajo del cobre y del oro; hasta explotaron los manantiales de petróleo, tan abundantes en América del Norte.

Algunas tribus rodeaban sus moradas de fortificaciones de tierra, sirviendo también de *tumuli*, llamados *mounds;* eran pueblos agricultores designados bajo el nombre común de *mound-builders,* (constructores de *mounds).*

Las riberas al oeste de los Montes Roqueños estaban habitadas por los *cliff-devellers*, ó acantiladores, que edificaban construcciones á lo largo de los cañones.

Por último, otros indios construían unos como falansterios rodeados de una muralla de piedra que cobijaba todo un *clan;* esas construcciones son las llamadas pueblos.

Los indios de Méjico, de la América Central y del Perú poseían una civilización mucho más adelantada.

En Méjico habitaban los mayas y los toltecas. Estos últimos, establecidos sobre la

alta meseta de Anahuac, habían fundado un Estado cuya capital era Tula, situada al norte de Méjico. En menos de cuatro siglos cubrieron todo el país de ciudades y de monumentos. Sobre los muros de sus edificios pintaban inscripciones jeroglíficas que constituían un verdadero sistema de escritura; cultivaban el maíz y el algodón; poseían un calendario mejor que los romanos, y tenían una industria desarrollada.

Su mérito principal consistía en la arquitectura: construían pirámides de varios pisos, llamadas *teocallis*, entre las cuales la más célebre es la de Cholula; admíranse aún las ruinas de Mitla, que no ceden en nada á los monumentos de los antiguos griegos.

Hacia la mitad del siglo XI los toltecas cedieron la plaza á los aztecas, y se retiraron á la América central y el Yucatán.

Los aztecas corrompieron la civilización mejicana, introduciendo el uso horrible de los sacrificios humanos.

En la América central los quitché, parientes de los mayas, civilizaron á Guate-

mala y Honduras. Admíranse aún las ruinas del lago Peten, los restos de la ciudad de Tical, las ruinas de Menche y de Quirigua y las de Copan (Honduras).

Las Antillas estaban habitadas por una población tranquila y pacífica; pero también había guerreros nómadas, los caraibos, que se servían de troncos de árboles ahuecados á guisa de canoas y practicaban la piratería.

En Colombia se encuentran las huellas de la civilización de los chibcha; éstos sabían hacer caminos empedrados, puentes y edificios; trabajaban casi todos los metales, tejían y teñían las telas, y hacían el comercio de la sal.

Los quichúa y los aymara, habitantes del Perú, poseían una civilización brillante; habían transformado su país, antes poco menos que desierto, en una maravillosa región agrícola, por medio de hábiles trabajos de irrigación; habían construído acueductos y encauzado ríos.

Cuatro caminos fáciles partían de Quito, la capital, siguiendo los cuatro puntos cardinales, y sobre esos caminos, estaban es-

paciadas posadas y paradas de postas con llamas de repuesto.

Las ciudades que se elevaban sobre las colinas y las llanuras eran centros de industria.

Se han encontrado multitud de objetos fabricados por los quichúa, en sus tumbas, llamadas *huacas*

Los peruanos estaban gobernados por jefes llamados incas, y formaban una sociedad comunista, pero autoritaria.

Después de Colón, otros viajeros exploraron América, seguidos de aventureros españoles, citándose entre los principales Hernán Cortés y Pizarro. Avidos de poder y de dominio, se lanzaron respectivamente sobre Méjico y sobre el Perú, cuyas civilizaciones destruyeron, cometiendo los más atroces crímenes sobre pueblos que les acogieron como amigos, ayudados en su infamia por los misioneros católicos.

Cortés desembarcó en Méjico llevando entre su pequeño ejército un corto número de jinetes. Cuando los mejicanos vieron los caballos, que no conocían, sintieron un terror supersticioso, y fueron vencidos en

una lucha desigual en que los españoles se mostraron muy crueles.

En el Perú, Pizarro fué acogido como amigo por los indios; pero la avaricia, que en él dominaba sobre el honor, le impulsó á hacer prisionero al jefe de los incas, y, después de haberle hecho pagar un enorme rescate le hizo morir. Cometiéronse espantosas crueldades por los conquistadores; aquellos bandidos se gozaban en atormentar á sus víctimas, dando lugar á que aquella conquista se denominase guerra de lobos contra corderos, idea comparativa inexacta, porque los lobos se contentan con matar para comer, pero no atormentan á su presa.

Un oficial español recibió *trescientos* indios para su servicio; á los tres meses sólo le quedaban *treinta;* recibió trescientos más, que perecieron como los primeros y así continuó hasta que murió él mismo.

Otros soldados blancos cavaban fosas y en ellas clavaban estacas y allí arrojaban á los indios, mezclados hombres y mujeres, ancianos y niños hasta llenarlas.

Un español estando de caza no tenía que

dar á comer á sus perros. Encontró una pobre india que llevaba en sus brazos un niño, y arrancándosele á su madre le cortó en trozos y le arrojó á sus perros.

Se impuso á los desgraciados indios un trabajo penosísimo, imposible de resistir; entonces se concibió la idea de ir á Africa á robar negros, que eran más resistentes, para hacerlos trabajar en América. Tal fué el principio de la odiosa trata de negros de que oportunamente hablaremos.

Actualmente los indígenas de América han disminuído en proporciones terribles, y los que quedan han perdido todas sus cualidades nativas; *han retrocedido á la vida nómada, retroceso que no ha ocurrido jamás en pueblo alguno que haya quedado dueño de sus destinos.* Ese crimen es de los mayores que registra la historia.

¿Y para qué se ha diezmado y lanzado á la barbarie toda una raza inteligente y pacífica? Para procurar á Europa un poco de oro, de seda y de especias. Eso es lo que se llama la colonización y sus beneficios.

Mientras estos hechos tenían lugar en

América, las Indias eran objeto de la conquista de los portugueses.

En 1497, Vasco de Gama logró doblar el cabo de Buena Esperanza, pasando así del océano Atlántico al océano Indico. Lo mismo que después de Colón, otros aventureros siguieron la vía abierta por Vasco de Gama y se lanzaron sobre las Indias, que sometieron á una explotación análoga á la que sufrió América. Los indios, de los cuales ya hemos hablado, permanecieron, después de la conquista europea, tan desgraciados y tan miserables como antes; peor aún, porque sus males se agravaron con todas las brutalidades de la intervención extranjera á mano armada.

Para lo sucesivo quedaron abiertos los caminos para un nuevo impulso de lo que se llama la actividad humana, y que nosotros llamaremos desencadenamiento de los instintos de barbarie, sugeridos por las pasiones más bajas: la avaricia, la brutalidad y la locura del orgullo.

La obra nefasta de la expansión colonial fué, desde aquel momento, desarrollándose hasta nuestros días, en que alcanza su

apogeo, produciendo males infinitos, en lugar de la expansión de fraternidad y de solidaridad humana, que hubiera debido seguir al descubrimiento de nuevos mundos, si el espíritu científico hubiese sido el único guía de los exploradores.

Terminaremos este capítulo hablando del más científico de todos los viajes del siglo XVI, que fué la primera vuelta al mundo, verificada por Magallanes en el plazo de tres años. Magallanes partió de Sevilla en 1519, se dirigió hacia la América del Sur; pasó un terrible invierno retenido por los hielos; reconoció después la extremidad sur de América y el estrecho que lleva su nombre; pasó al océano Pacífico, donde los europeos navegaban por primera vez, y al cual dió ese nombre, porque no experimentó en él tempestad alguna.

Murió á manos de los filipinos. Su segundo, Sebastián del Cano, dió fin á la expedición (1522).

V

La Reforma

Como hemos podido comprobarlo, en el curso de la Edad Media, el pensamiento humano no dejó de rebelarse contra la presión del dogma; las herejías, otras tantas tendencias de la conciencia á emanciparse y emitir una libre opinión, se manifestaban á cada paso. Conocidas son las persecuciones que seguían á esas manifestaciones individuales; la persecución degeneraba en guerra y en carnicería cuando la herejía encontraba numerosos partidarios. Testigos, el exterminio de los albigenses, el de los lollardos y el de los hussitas.

Con el Renacimiento, el movimiento de los espíritus se acentuó, la protesta se hizo más viva que nunca contra un clero que

daba el ejemplo de la peor conducta, fautor de todos los escándalos y que pretendía regentar la conciencia soberanamente y sin apelación.

Wicleff en Inglaterra y Juan Huss en Alemania fueron los primeros promovedores de la Reforma religiosa que tuvo luga en el siglo XVI, á pesar del papa y de los concilios.

Si se examina la Reforma desde el punto de vista de su valor filosófico, preciso es convenir que sobre poco más ó menos es equivalente al catolicismo. No se ve en ella aquella inspiración grandiosa que caracterizó, por ejemplo, al movimiento intelectual del siglo XVIII. La fe comprime aún estrechamente las inteligencias; porque la Reforma no es más que un dogma opuesto á otro dogma, sin ningún espíritu de tolerancia. Los hombres quedan aún obligados á tomar partido en un campo ó en otro, en pro ó en contra del catolicismo, sin salir del mito cristiano y espiritualista: es aún la lucha de un error contra otro error.

Por eso los reformadores se muestran respecto de sus fieles tan intransigentes

como el papa y los obispos respecto de los suyos.

Si nos referimos ahora al resultado obtenido por la Reforma, á los combates que sostuvieron los reformadores, á todas las odiosas persecuciones que les siguieron hasta los tiempos modernos, se reconocerá sin reserva la importancia de los servicios que prestó á Europa, por haberse opuesto abiertamente al catolicismo, por haber sufrido en pro de la libertad de conciencia, por haber, por último, derribado algunas piedras del sombrío edificio de la iglesia papal.

En los tiempos modernos, la Reforma ha impulsado á los hombres á dar un paso adelante, ha cumplido una obra útil y fecunda, abriendo vía á la libertad de conciencia; por eso la saludamos al paso, del mismo modo que nos inclinaremos después ante la revolución filosófica que minará todos los dogmas y preparará la victoria decisiva del espíritu de libertad y de ciencia sobre el espíritu de superstición y de tinieblas.

Los principales apóstoles de la Reforma

fueron, después de los dos precursores, Lutero en Alemania, Zuinglio en Suiza, Calvino en Francia y Juan Knox en Escocia.

Lutero, fraile sajón dotado de un gran talento oratorio, apenas tocó á las creencias católicas; levantóse especialmente contra los abusos del clero en un fogoso sermón.

En aquella época, el papa León X, muy amigo de las artes, derrochaba el dinero de los fieles para embellecer á Roma, emprendiendo la construcción de la basílica de San Pedro, en la cual hacía trabajar los mejores artistas de Italia; pero los recursos se agotaron, y para acabar aquel monumento el papa tuvo la idea de vender indulgencias, es decir, de perdonar los pecados por dinero.

Lutero, que había ido á Roma, volvió escandalizado de la conducta de los eclesiásticos. La venta de las indulgencias provocó una explosión de su indignación y se puso á predicar elocuentemente contra la corrupción del clero. El papa quería apoderarse de su persona, pero su protector, el elector de Sajonia le ocultó en el fondo de sus Estados, desde donde Lutero lanzó

contra Roma escritos fulminantes. Se separó violentamente de la Iglesia, pero conservó los errores de creencia, lo que hace que, como filósofo, sea completamente insuficiente.

Lo que hizo la fortuna de Lutero fué que, á favor de la Reforma, los príncipes alemanes secularizaron los bienes del clero, ó, por mejor decir, se apoderaron de ellos. Ya tendremos ocasión de insistir sobre este asunto.

En resumen, la reforma de Lutero fué completamente aristocrática; la de Calvino, en Francia y en Ginebra, tuvo un carácter democrático.

Calvino atacó más profundamente el dogma católico; negó muchos milagros; suprimió la jerarquía eclesiástica; proclamó la igualdad de todos los pastores ó sacerdotes evangélicos, y confió el gobierno de los fieles á una asamblea llamada sínodo.

Fué á Ginebra á fundar una república teocrática, de la cual fué el gran pontífice. Mostró allí una intolerancia absolutamente cristiana, llegando hasta encender la hoguera de Miguel Servet.

Sin embargo, la Reforma ganaba terreno en Suiza, en Alemania, en los Países Bajos, en los Estados Escandinavos y en Inglaterra. El papa comprendió que era preciso poner un término á ese movimiento que amenazaba á la Iglesia en su existencia. A partir de aquel momento se desencadenaron las persecuciones generales.

Para combatir á los reformados, que habían tomado el nombre de protestantes, el papa tenía á su servicio congregaciones religiosas como la de los dominicos, que reforzó por la creación de la orden famosamente nefasta de los jesuítas.

Ahora debemos seguir el orden de los hechos y referir esas nuevas luchas religiosas en cada Estado en particular.

Pero hallándose mezcladas con otros acontecimientos, de los cuales también debemos ocuparnos, constituirán el objeto de los capítulos siguientes.

VI

España y la Inquisición. — Las guerras de religión en los Países Bajos

El sucesor de los Reyes Católicos, Carlos I como rey de España, más conocido bajo el nombre imperial de Carlos V, hizo pagar cara á su país su manía de gloria exterior y militar. Olvidaba completamente á sus compatriotas, excepto cuando tenía necesidad de dinero, lo que le sucedía con frecuencia; todo el oro que sacaba de América, junto con lo que extraía á sus súbditos, era insuficiente para cubrir sus locas empresas.

Sin embargo, los españoles no estaban siempre dispuestos á dejarse estrujar por el rey; por eso las rebeliones fueron serias contra su incapaz autoridad.

Todas las ciudades de Castilla se unieron bajo el nombre de Comunidades, y se sublevaron teniendo á su cabeza á Juan de Padilla, Bravo, Zapata y Maldonado.

Los comuneros hubiesen vencido si no hubieran escuchado las falsas proposiciones de paz que les hicieron los realistas, quienes, mientras que entretenían á sus adversarios con vanas negociaciones, se fortificaban para derrotarlos después en Villalar. Los jefes del movimiento popular fueron enviados al cadalso.

La viuda de Padilla, doña María de Pacheco, quiso continuar la lucha, sosteniendo en Toledo una resistencia de diez meses, no cediendo sino á condiciones muy honrosas para la ciudad. Ella misma, perseguida por el emperador, tuvo que refugiarse en Portugal, donde murió víctima de la real vindicta.

Al mismo tiempo que Castilla, Valencia se insurreccionó también formando las Germanías, que fueron dirigidas por tres obreros: Sorolla, Caro y Peris, secundados por otros artesanos; pero obraban aisladamente, en tanto que los realistas estaban sosteni-

dos por los de Castilla. Las Germanías fueron vencidas por el virrey, y la rebelión fué castigada con extrema ferocidad, siendo innumerables los crímenes cometidos aparte de la ejecución de los jefes.

Fernando é Isabel comenzaron por matar la industria española, expulsando á los moros y abriendo la era de la persecución religiosa. Carlos V acentuó la ruina del país por su orgullo de emperador y por la destrucción de las libertades municipales: su hijo Felipe II acabó obra tan nefasta, por su fanatismo sanguinario.

Hacia el fin de su vida, Carlos V, viendo que la victoria abandonaba sus armas, renunció á sus coronas abdicando en favor de su hijo, á quien dió España, los Países Bajos y América, y de su hermano, á quien hizo emperador de Alemania (1556). El mismo se retiró al monasterio de Yuste, pero no para vivir allí en el retiro, porque atrajo hacia sí una verdadera corte y continuó ocupándose de política. A contar desde aquel momento, comenzó á perseguir los reformados de España.

Hasta entonces se vió que sus contien-

das europeas no le permitieron perseguir la herejía como lo hubiera deseado; hubiera debido entenderse con los luteranos de Alemania, y carecía de tiempo para ocuparse de su país; pero una vez retirado á Yuste reavivó todos los furores de la Inquisición.

Creemos oportuno ocuparnos ahora del «Santo Oficio.»

La Inquisición se fundó por el papa en el siglo XIII con el fin de reducir á los albigenses; llegada la Reforma, la institución se extendió á todos los países católicos.

En su origen, los comisarios de la Inquisición formaban un tribunal ambulante, que iba de ciudad en ciudad exhortando á los habitantes á denunciar á los sospechosos de herejía, después de lo cual proclamaban el *tiempo de gracia*, que variaba de quince días á un mes, durante el cual los herejes podían confesar su falta y volver á la gracia con la Iglesia; pasado ese plazo comenzaban las prisiones por delación.

Después hubo un tribunal fijo para cada ciudad importante.

Los acusados eran entregados á los tormentos más crueles, para obligarlos á de-

clarar sus pretendidas faltas; después se les condenaba á ser quemados vivos y á la confiscación de sus bienes, lo que hacía recaer el castigo sobre todos los parientes del condenado, y si eso no fortalecía la fe, enriquecía á los inquisidores.

Familias enteras fueron entregadas al verdugo para expiar la herejía, ó la sospecha de herejía de uno de sus miembros. Para comparecer delante del terrible tribunal, no era necesario haber profesado abiertamente una doctrina contraria á la de la Iglesia, bastaba ser sospechoso de ello ó haber leído un libro prohibido; la codicia de los inquisidores fué frecuentemente la única causa de esas sentencias condenatorias que les permitían apropiarse los bienes que ambicionaban.

Se ha calificado con razón á la Inquisición de tribunal de «salud pública,» lo que significa tribunal arbitrario creado por un déspota (rey ó asamblea) que quiere obligar por la fuerza á todos sus súbditos á la sumisión, dándose, no obstante, las apariencias de justicia ó de protección.

Todas las ejecuciones consiguientes á la

represión de rebeliones han sido ordenadas por esa clase de tribunales.

La Inquisición, que tenía por objeto salvar el dogma católico y sobre todo la dominación de la Iglesia contra los temerarios que de ella se apartaban, merece, á justo título, ser incluída bajo esa clasificación.

Los tribunales de salud pública proceden siempre de una manera sumaria en sus juicios; lo que se llama «garantías judiciales» en el mecanismo ordinario de la justicia, no existe ó es apenas perceptible en esas jurisdicciones excepcionales; en ellas los acusados están colocados fuera del derecho común; porque se trata, menos de castigar un culpable que de suprimir un enemigo peligroso. Castígase en ellos más los crímenes de intención que los actos verificados en oposición con la voluntad del déspota en cuyo nombre funciona el tribunal.

Todo el procedimiento inquisitorial reviste esos caracteres: la delación es la base de la institución, y el secreto queda asegurado al delator y á los jueces; nada transpira al exterior de lo que pasa en el interrogatorio, porque el inquisidor es un «pa-

dre espiritual» cuya acción no está sometida á ningún superior.

Un hombre se ve de repente cogido y encarcelado; sin saber por qué ni quién le acusa. Nadie le asiste, nadie toma su defensa; ni él mismo puede responder á una acusación cuya procedencia y alcance desconoce. Antes de interrogarle sus jueces le debilitan por una larga prisión preventiva, privaciones materiales, hambre, sed, vigilia forzosa, etc.

Si el acusado declara su error, se le absuelve; pero imponiéndole una penitencia que puede variar desde el simple ayuno ó la peregrinación, hasta el porte de una marca infamante que le entrega al furor popular ó la prisión perpetua; y aun debe denunciar todos sus parientes ó amigos sospechosos de herejía; la denuncia es la condición *sine qua non* del perdón de la Iglesia.

Si niega, se emplean todos los medios, incluso el tormento, para obligarle á una declaración que el sufrimiento y la debilidad no pueden menos de arrancarle con frecuencia.

Por último, si persiste en negar, se entrega el acusado á la justicia secular (porque los curas tienen horror á quitar la vida), quien le condena á morir sobre la hoguera, ya que el fuego tiene la doble ventaja de purificar y evitar la efusión de sangre, prohibida por la ley cristiana.

Lo que hace la Inquisición tan odiosa y tan repugnante es, menos el número incalculable de sus víctimas y los tormentos que les ha infligido, que la hipocresía, que es su esencia misma.

El inquisidor habla como si obrase en interés del acusado; si atormenta su cuerpo perecedero, es con el fin de obligarle á salvar su alma infinitamente más preciosa. La Biblia ha dicho: «no matarás,» por eso entregan los acusados á la justicia civil, que carga con la responsabilidad de la sentencia de muerte.

El inquisidor, dirigiéndose á un acusado recalcitrante, suele hablarle de esta manera: «Hubiera deseado que digeseis la verdad para no reteneros aquí más tiempo; no sois vigoroso; en esta prisión pronto se coge una enfermedad, y he aquí que me veo obliga-

do á irme. Vais á volver al calabozo, y eso es muy molesto, porque tardaré en volver.»

O bien, después de haber tratado de poner al acusado en contradicción consigo mismo, si no se consigue, se le inunda bruscamente con la claridad de una linterna sorda, gritándole: «¡Sabemos todo; tenemos pruebas; confesad vuestra falta!»

La Inquisición no procesaba únicamente á los vivos; acusaba también á los muertos y les hacía comparecer á su barra, admitiendo para ellos, ya que no pueden hablar, la intervención de un abogado.

Un hombre libre de toda superstición vería en ese hecho una farsa ridícula, más apropiada para desacreditar la institución que emplea esos medios que para extender el terror; pero en este caso es preciso contar con la grosera ignorancia popular, en que el miedo á los muertos tiene tanta importancia; es preciso comprender también el dolor y la indignación de los hijos que ven entregar al oprobio una memoria querida y respetada, y en ese doble sentido se comprenderá todo lo astuto y odioso de semejante procedimiento.

La Inquisición perseguía con saña las obras del genio: todo libro reconocido como capaz de producir un poco de luz era implacablemente perseguido y quemado y sus lectores igualmente condenados.

¡Causa pena considerar que semejante institución pudo mantenerse vigente en España hasta 1820!

Cuando los inquisidores habían reunido cierto número de penitentes y de condenados, procedían solemnemente á la ceremonia de las sentencias, que se verificaba en la iglesia ó en la plaza pública, en presencia de los inquisidores, de los obispos, de los magistrados municipales y del pueblo. Allí los penitentes hacían pública retractación de rodillas y los condenados subían á la pila de leña que se les tenía preparada. Para impresionar más á la multitud y también por refinamiento de crueldad, se revestía á aquellos desgraciados con camisas untadas de materias azufradas, cubiertas de figuras de diablos. Aquellas ejecuciones eran llamadas autos de fe.

Los reyes han enviado más de una vez á las hogueras inquisitoriales ciertas vícti-

mas á las que no osaban herir por sí mismos. Por regla general hallaron aquel espectáculo muy de su agrado y asistían á él, como á una fiesta, y soberano hubo que solemnizaba con autos de fe algunas circunstancias importantes de su vida.

Por último, la ceremonia de las sentencias se terminaba con un banquete ofrecido por los inquisidores á los expertos y á los auxiliares.

Entre los príncipes que recurrieron á la Inquisición para consolidar su absolutismo, el más odiosamente fanático fué Felipe II. Su religiosidad feroz se complacía en las ejecuciones. De él son estas palabras: «Prefiero perder mis Estados y cien vidas más, á reinar sobre herejes.» Y, en efecto, usó de cuantos medios violentos tuvo á mano para suprimirlos; su reinado fué un largo grito de dolor exhalado por las víctimas de sus sayones.

Introdujo el Santo Oficio en los Países Bajos y en las colonias de América, siendo, por último, digno esposo de María la Sanguinaria, reina de Inglaterra.

Por lo demás, su ortodoxia no le impedía

ser un mal hombre en su vida privada y de someter los bienes de sus súbditos á toda clase de exacciones, tanto que á él se debe la ruina completa de España.

En posesión de los Países Bajos, donde los reformados abundaban, trató de restablecer allí el catolicismo, enviando gobernadores que cometieron en nombre de la fe atrocidades que apenas se conciben.

Los Países Bajos, gracias á su industria, eran á la sazón la comarca floreciente de Europa; las ciudades manufactureras eran allí tan numerosas, que un escritor de aquel tiempo compara Flandes á una ciudad continua. Los reyes de España extraían muchos recursos; pero ellos mismos se privaron de aquella fuente de riqueza por su intolerancia religiosa.

Carlos V persiguió á los protestantes flamencos: se evalúa en 50,000 el número de sus víctimas; pero á lo menos su administración era hábil y logró hacerse amar del conjunto de la nación. Felipe II, por el contrario, se hizo detestar de católicos y protestantes. Su único cuidado consistía en extirpar la herejía de los Países Bajos, y

para ello estableció guarniciones en las principales ciudades, confiando las funciones importantes á hombres ajenos al país.

El cardenal Granvela se encargó de acabar con los protestantes; hizo tanto mal, que fué preciso destituirle para evitar un levantamiento general.

Sin embargo, á pesar de esta medida, la guerra no tardó en estallar. La nobleza protestante tomó las armas y comenzó la guerra de los «mendigos,» término despreciativo con que la designó un ministro español y que ellos adoptaron como signo de unión.

El pueblo, infinitamente peor tratado que la nobleza, se sublevó también, pero los nobles le abandonaron cobardemente dejándole sometido á la persecución.

Entonces Felipe II envió á Flandes á un hombre fieramente cruel, el duque de Alba, quien recurrió, para juzgar los «crímenes de herejía,» á un tribunal excepcional que se llamó con justicia tribunal de sangre, que hizo perecer 18,000 personas, confiscó los bienes de 30,000 y causó 100,000 expatriaciones.

A consecuencia de estos excesos, los mendigos dieron á la guerra un nuevo impulso, y durante veintiséis años (1572-1598) la sostuvieron heroicamente bajo la dirección de un hombre hábil, Guillermo de Orange, apellidado el Taciturno.

El duque de Alba cesó en el mando, sucediéronle varios otros enviados del rey, pero todos fracasaron, y Felipe II se vió obligado á reconocer la independencia de las siete provincias del norte, que se constituyeron en república y formaron la Holanda.

VII

Inglaterra bajo los Tudor (1509-1603).— Las guerras de religión en Francia (1560-1598).

El sucesor del Tudor Enrique VII, Enrique VIII, elevado á rey de Inglaterra, continuó y agravó el gobierno de su predecesor, que hizo aún más absoluto y tiránico. Fué un mal hombre en toda la fuerza de la expresión; déspota en su vida privada y en sus funciones reales, derramó la sangre con especial complacencia.

Enrique VIII se manifestó en un principio ardiente católico; pero habiéndose negado el papa á pronunciar su divorcio con Catalina de Aragón su primera mujer (tuvo seis y se dice que fué el original del cuento de Barba Azul), rompió con Roma y se de-

claró gran pontífice de la Iglesia de Inglaterra. El mal no hubiese sido gran cosa si el rey no se hubiese prevalido de esta ruptura para perseguir á sus súbditos.

Pretendía haber permanecido perpetuo católico, y, como tal, sentenciaba á muerte á los protestantes; pero, por otra parte, reservaba la misma suerte á los católicos que se negaban á reconocerle como papa. Tales son la belleza y la moralidad del poder absoluto.

A su muerte, su hija María Tudor fué peor aún, porque pretendió restablecer violentamente el catolicismo en sus Estados, y las persecuciones fueron tales, que la historia ha marcado á esta reina con el nombre de María la Sanguinaria, y eso en una época en que ningún soberano era inocente del crimen de persecución religiosa.

María Tudor encontró digno compañero en Felipe II de España, con quien se casó, y del cual nos hemos ocupado ya en el precedente capítulo.

En 1558 otra hija de Enrique VIII, Isabel, llegó á ser reina de Inglaterra.

Nuevo cambio de persecuciones, esta

vez contra los católicos, porque la reina era protestante.

Isabel tuvo, sin embargo, un reinado glorioso; lo que significa que bajo su gobierno nobles y burgueses se enriquecieron y extendieron su influencia. Fué aquella la época en que los ingleses comenzaron á sentirse estrechos en su isla y á colonizar. Un tal Walter Raleigh se fué á la América del Norte y fundó allí el Estado de Virginia.

En Francia los reyes se mostraron hostiles á la Reforma, menos por convicción religiosa que por temor de perder su poder absoluto si autorizaban la libertad de los cultos; porque pensaban, con lógica, si no con buen derecho, que la obediencia ciega respecto de la Iglesia mantiene á los pueblos en igual sumisión hacia el rey.

Francisco I, vacilante al principio, acabó por ordenar la matanza de los valdenses, pacíficos habitantes de los Alpes que no se ocupaban de sus vecinos y no tenían otro objeto que no someterse al papa.

A ese crimen sin excusa posible en la jurisprudencia de la época, seguían las persecuciones y las hogueras que su hijo En-

rique II contemplaba como si fuera una diversión.

Una ambición femenina encendió la guerra civil entre católicos y protestantes, papistas y hugonotes, como entonces se decía. Catalina de Médicis, viuda de Enrique II, era ambiciosa, astuta y capaz de todos los crímenes: tenía cuatro hijos y todos murieron jóvenes, corrompidos por la vida desordenada á que los entregó su propia madre con el fin de incapacitarlos para el poder.

Aquella mujer gobernó efectivamente en nombre de tres de sus hijos, que fueron reyes sucesivamente. Creía que para consolidar su poder era necesario ocupar á los franceses en batirse entre sí, no dejándoles la libertad de hallar mal que gobernase á pesar de la mayor edad del rey.

Tuvo especial cuidado en velar por que uno de los adversarios no se hiciese más fuerte que el otro, y cuando la guerra se declaraba en favor de uno, hacía conceder al otro una paz ventajosa que restablecía las posiciones respectivas.

En el transcurso de treinta y ocho años

se contaron ocho guerras religiosas, en las cuales protestantes y católicos se entregaron á los peores excesos, desgarrándose mutuamente en nombre de una doctrina que suponían toda de amor y de mansedumbre.

El hecho más culminante de la época es la matanza de San Bartolomé, que tuvo lugar en la noche del 24 de agosto de 1572.

Dos años antes Catalina de Médicis había concedido á los protestantes una paz completamente ventajosa; atrajo á su corte á los nobles reformados y dió su hija en matrimonio á su jefe Enrique de Borbón, primo de su rey y rey él mismo después.

Pero habiendo visto el rey que su hijo se hallaba bajo el ascendiente de un reformado, el almirante Coligny, la reina, para deshacerse de aquel hombre que juzgaba peligroso, no vaciló en ordenar la matanza de todos los protestantes del reino. Al toque de rebato, los desgraciados fueron asaltados, cazados y asesinados sin compasión, contándose que en aquella noche del 24 de agosto y días siguientes perecieron diez mil personas.

Estos horrores acabaron por conmover la conciencia pública. Había entonces en la corte un hombre honrado, Miguel de l'Hôpital, que no cesó de protestar contra esas guerras atroces y odiosas; muchos hombres de corazón se unieron á él y formaron el partido de los políticos, como se denominó á los que reclamaban la libertad de los cultos.

Carlos IX murió poco después de la San Bartolomé, sucediéndole su hermano Enrique III, hijo predilecto de Catalina, joven vicioso y supersticioso en extremo, que se hizo detestar y despreciar por todos los partidos. Murió bajo el puñal del jesuíta Santiago Clement.

Al principio de su reinado los católicos formaron una liga mitad contra el rey mitad para la defensa del catolicismo. Esta liga, no contenta con perpetrar numerosos crímenes, se cubrió de ridículo y acabó por caer bajo los sarcasmos de los libelistas.

Por último, en 1598 las guerras de religión acabaron por efecto del edicto de Nantes, primer acto oficial consagrado á la libertad de conciencia, reducido á los límites que

permitía el espíritu de la época. Este edicto se debe á Enrique IV, rey filósofo, primero protestante, que se hizo católico después para ser reconocido como soberano, justificando esa determinación con esta frase histórica: «París bien vale una misa.»

VIII

Las guerras de religión en Alemania

Las guerras de religión propiamente dichas comenzaron en Alemania un siglo después de la predicación de Lutero.

Carlos V, fija su atención en las guerras de Italia y absorbido por las dificultades políticas que le creaban su mal gobierno, se vió obligado á entrar en componendas con los príncipes luteranos. Les había reconocido, por la convección de Augsburgo (1555), la libertad del culto en sus Estados respectivos. Los calvinistas quedaron fuera de la tolerancia. En resumen, según el espíritu de la época, infinitamente estrecho por la costumbre del dogma cristiano, se admitía que un pueblo tenía la obligación de seguir la religión de su jefe; por consi-

guiente, la tolerancia no existía sino para los reyes, y se veía á los príncipes católicos perseguir á los súbditos protestantes, y á los príncipes reformados perseguir á sus súbditos católicos, y aun aquellos que habían abrazado el protestantismo de otra secta diferente á la suya.

Al principio del siglo XVII el emperador y el papa se creyeron bastante fuertes para retirar á los luteranos las garantías del tratado de Augsburgo y para restablecer su doble dominación sobre los pueblos del imperio.

Una cosa principalmente indignó al papa: la no observancia de la cláusula del reservado eclesiástico, la cual, si se extendía podría disminuir mucho los ingresos de la Iglesia.

Al efecto, se había decretado que todo miembro del clero, obispo ó abad, que se hiciese protestante, debería al mismo tiempo entregar á la Iglesia las posesiones que tuviese en usufructo.

Pero los prelados no se pasaban á la Reforma sino con el objeto de cambiar ese usufructo en propiedad verdadera, que es

lo que ellos llamaban secularizar sus beneficios. Por otra parte, los príncipes laicos habían entrevisto, en su adopción del luteranismo, un medio de independencia hacia el papa y el emperador.

Hallábanse, pues, en pugna, de una parte y de otra, demasiada ambición para que la guerra no se hiciese inevitable.

Estalló al fin, y con tan gran furia, que la población de Alemania disminuyó una mitad y se necesitaron más de dos siglos para reparar sus desastres.

Nada mejor, para hacer comprender las atrocidades que suscitan las pasiones religiosas, que citar las líneas siguientes relativas á esta guerra de treinta años:

«He aquí treinta años de asesinatos y devastaciones en toda la Europa central; guerra civil y religiosa á la vez, toma á los odios de raza y al fanatismo de las sectas sus caracteres peculiares de atrocidad. Ciudades tomadas por asalto y saqueadas, campesinos atormentados, suplicios abominables, ejecuciones salvajes: tales son los cuadros principales. La humanidad parece retroceder... Es un verdadero retroceso á la

barbarie de las antiguas edades. La Alemania sale de esa guerra cubierta de ruinas y sangre.

»Ha llegado el momento de estudiar el carácter de los ejércitos de aquella época y de los jefes que los mandaban. Este estudio es un perpetuo comentario de la obra del célebre grabador contemporáneo Callot, quien en su *Consecuencias de la guerra*, representa las ejecuciones, los actos de bandidaje, los tipos de los bandidos, de los mendigos y de los estropeados que desfilan ante sus ojos. Los ejércitos, irregulares y accidentales, compónense de familias de diversas religiones lanzadas á los caminos por los príncipes que se obstinan en no concederles la tolerancia; de vagabundos y de pordioseros, y de un montón de aventureros de todas las naciones que afluyen á los cinco ó seis grandes mercados de hombres que existen en Alemania. Allí vienen los capitanes y coroneles que tienen encargo de un príncipe de levantar compañías ó regimientos. Ellos mismos reciben el sueldo de sus hombres y no les entregan más que una mínima parte.

»La vida del soldado es sórdida y miserable: en tiempo de paz vive del merodeo, en el de guerra cuenta sobre el botín y el pillaje. En este caso se cree permitido todo; los prisioneros ricos son objeto de un rescate, y los otros son despojados ó asesinados. En las poblaciones rurales se caza á los campesinos hasta que descubren el escondrijo donde ocultan su cosecha y su pobre mobiliario, y después de haberlos saqueado á su placer se entrega á las llamas. En las ciudades se dirigen á las bodegas, á las arcas; de todo se apoderan, todo se revuelve, y por añadidura, á título de diversión se mutila ó se degüella á la población inofensiva. Como se ve, la guerra es un oficio, un vil oficio, que ofrece á todo aventurero á costa de algunos peligros, un salario más elevado que el del artesano, un beneficio más asegurado que el del labrador; ó más bien, durante toda la guerra el artesano y el labrador sólo trabajan para el soldado. Toda ciudad tomada es *comida*. Quien lleva tres pulgadas de hierro al costado es un rey y se cree con derecho á todo.

»Los oficiales no son mejores que sus soldados. Los oficiales inferiores con el bastón en la mano, pegan antes, durante y después del ejercicio, pegan siempre y en todas partes. Los palos son el castigo reglamentario de toda infracción. Las deserciones son frecuentes, sobre todo bajo las órdenes de los jefes á quienes no sonríe la fortuna. El desertor capturado pasa entre dos filas de soldados armados de varas; cada uno pega un golpe; la sangre corre á raudales, la piel cae á trozos y con frecuencia sobreviene la muerte. Al desertor reincidente se le ahorca... Es una vergüenza ser soldado.

»Los generales son abominables militarotes que pretenden que la guerra debe alimentar la guerra, que sueltan la brida á sus soldados y aprueban sus bandidajes y depredaciones para retenerlos y hacerse amar de ellos. Tales son Ernesto de Mansfeld y Cristián de Brunswick, los tenientes del elector palatino (jefe de los protestantes).

»En la guerra de Bohemia, sus soldados arrojan los infelices campesinos al fuego;

pero los húngaros, sus enemigos, cortan la mano á los niños y los envían á sus madres con la mano cortada atada á su sombrero.

»Los bávaros, mandados por Tilly, cortan los brazos, las piernas, la nariz y las orejas á los pastores protestantes y sus mujeres.

»Wallenstein, el más gran general del emperador Fernando II, tenía un ejército de 50,000 hombres: cuanto más aumentaban sus tropas, menos necesidad tenía de ocuparse de su alimentación; porque con ellas aumentaba la posibilidad de robar en mayor escala y el terror que inspiraba y que le entregaba de antemano la llave de todas las provincias alemanas.»

Esto que se nos dice de la guerra de treinta años, puede repetirse respecto de todas las otras guerras.

No fué únicamente Alemania la nación arruinada y saqueada, por aquel tiempo todos los países del centro y del oeste de Europa experimentaron los mismos ó análogos males.

La guerra de treinta años fué la última

de las guerras de religión; pero no marcó el fin de las persecuciones religiosas, que duraron aún mucho tiempo. Quizá sería más justo decir que durarán en tanto haya religiones profesadas por los hombres. Veremos esas persecuciones tomar un nuevo aspecto de crueldad y salvajismo á fin de ese mismo siglo XVII.

IX

Las revoluciones de Inglaterra

Los ingleses habían soportado sin quejarse el gobierno absoluto de los Tudors, sobre todo el de Isabel, porque, en cambio de sus concesiones habían gozado de una administración satisfactoria y habían visto aumentarse sus riquezas y su influencia nacional.

Pero el advenimiento de la dinastía de los Estuardos cambió el aspecto de las cosas. Jacobo I era un príncipe incapaz y sin conciencia que derrochaba con indignos favoritos los recursos del Estado. De un carácter á la vez altanero y pusilánime, ofendió á los unos por su orgullo y se hizo despreciar de los otros por su bajeza.

Sostuvo las leyes penales contra los católicos, á pesar de que su origen hiciese

esperar á éstos, si no el favor, al menos cierta tolerancia; fomentáronse varios complots papistas, entre ellos es el principal la famosa conspiración de las pólvoras, que tenía por objeto hacer saltar la sala del Parlamento durante la sesión real (1605). Un aviso anónimo dado á un senador descubrió todo y dió ocasión á un aumento de persecuciones: los católicos no pudieron entrar en Londres, debiendo establecer sus viviendas lo menos á quince kilómetros de la capital, siéndoles prohibido alejarse de ellas á más de siete kilómetros sin un permiso firmado por cuatro magistrados. Fueron también excluídos de las profesiones liberales y de todos los cargos del Estado. Se debió pagar 10 libras esterlinas al mes por tener á su servicio un criado católico y pagar la misma cantidad para recibir un convidado católico á su mesa, por último fueron sometidos al juramento de fidelidad, es decir, á la obligación de defender al rey contra todo complot.

Jacobo I hubiera deseado, como lo había hecho Isabel, pasarse sin consultar al Parlamento; pero para eso, hubiera sido

preciso no hacer tan loco derroche. Por lo mismo, su reinado y el de su hijo no fueron más que una larga disputa con las Cámaras inglesas para obtener subsidios, sin hacer en cambio ninguna concesión al país.

Ese príncipe inhábil intentó escribir un gran libro para demostrar que los reyes reinan en virtud de un derecho divino y que, por consiguiente, están sobre todas las leyes y no deben dar á la nación ninguna cuenta de sus acciones.

Quien quiere probar demasiado no prueba nada; reducir un hecho á teoría, es permitir discutirle. Eso es lo que no dejó de suceder, y se vió renacer el espíritu de oposición bajo el doble impulso del mal gobierno y de las pretensiones excesivas del rey.

Sin embargo, Jacobo I pudo acabar naturalmente su reinado; pero no sucedió lo mismo al de su hijo y sucesor.

Carlos I no tenía los vicios de su padre, pero era un príncipe sin honor sobre cuya palabra no podía contarse; nada le costaba prometer, porque jamás tuvo intención de cumplir lo prometido. Su mala fe, junto á las exacciones de sus favoritos y á las intri-

gas de la reina, que era católica, causaron una revolución de la que él fué justamente la víctima.

El recuerdo de su antiguo gobierno constitucional, basado sobre la gran Carta tentaba de nuevo á los ingleses, quienes no tardaron en dividirse en dos partidos: los caballeros, ó *torys*, amigos del rey, partidarios del absolutismo, es decir, toda la nobleza y el clero conformista, y las cabezas redondas, ó *whigs*, partidarios del gobierno constitucional. Todo el elemento popular de esta segunda fracción pertenecía á la secta escocesa de los puritanos, calvinistas austeros que querían retrotraer el culto á su sencillez primitiva, y afectaban una piedad severa que les daba toda la exterioridad de perfectos hipócritas.

El jefe de las cabezas redondas fué un cervecero llamado Cromwell, ambicioso sin escrúpulos, que se apoyó sobre el ejército para llegar á la popularidad; después dominó al Parlamento y pronto á toda la nación.

Venció á los *torys*, obligó á Carlos I á refugiarse en Escocia, compró el rey á los

escoceses, hizo que se le instruyera un proceso y le hizo decapitar (1649).

Transportado á Irlanda, cuya conquista intentaban sin éxito los ingleses hacía ya mucho tiempo, trató á los irlandeses con una horrible barbarie; les hizo asesinar en masa, y desde entonces aquellos pobres isleños no han podido resarcirse de los males sufridos, á los cuales se han añadido muchos otros.

Sin embargo, tan odiosa conducta valió á Cromwell un aumento de prestigio en Inglaterra, del cual se aprovechó para disolver violentamente el Parlamento y establecer una dictadura militar, que es la más insoportable de las tiranías.

No le fué dado gozar tranquilamente del poder usurpado, viéndose forzado á emprender la lucha contra el hijo de Carlos I, sostenido por los escoceses. Cromwell venció al fin y anexionó Escocia á Inglaterra; pero aunque el peso de la conquista se hiciese sentir duramente en el país recién anexionado, su suerte no fué tan desgraciada como la de Irlanda.

A continuación, el «lord protector de la

república de Inglaterra» (ese es el título que adoptó Cromwell), quiso dar á sus Estados el monopolio del comercio marítimo. En consecuencia promulgó el acta de navegación, es decir, la prohibición de entrada en los puertos ingleses de los buques extranjeros que transportaran mercancías extranjeras á sus países respectivos. Todas las materias y géneros procedentes de las Indias, de Africa y de América debían ser importadas por buques ingleses.

Ese propósito era un golpe directo contra Holanda, que, desde que se constituyó en nación, vivía especialmente por su comercio de exportación é importación de mercancías exóticas, y por lo mismo, confiando en la habilidad de sus marinos, declararon la guerra á los ingleses, lo que, como sucede siempre, redundó en gran detrimento de ambos pueblos, que, después de haberse maltratado mutuamente, debieron convenir en una paz que hubiera sido preferible no turbar jamás.

A pesar de todo, las satisfacciones de vanidad que el protector aseguraba á los ingleses no llegaban á contentar por com-

pleto á la nación, por lo que se formaron continuas conspiraciones contra él; quince se contaron hasta su muerte, ocurrida en 1658.

Con la muerte de Cromwell, Inglaterra recayó en poder de los Estuardos. Carlos II fué llamado del destierro, y no se aprovechó de las lecciones de la experiencia, porque renovó las faltas de sus predecesores; pero se encontró frente á un Parlamento bastante enérgico para obligarle repetidas veces á ceder á sus reclamaciones.

Debido á esa energía fué nuevamente puesto en vigor la ley del *habeas corpus*, que los reyes habían eludido con harta frecuencia, y que, como es sabido, garantizaba la libertad individual de los ingleses.

El reinado de Carlos II fué turbado por una insurrección de los escoceses, que fué tan duramente reprimida y seguida de ejecuciones, que causó el terror de la oposición hasta la muerte del rey.

A favor de esa misma reacción, fué coronado Jacobo II, á quien una ley había excluído del trono, comenzando un reinado que acabó antes que su vida (1685).

Su gobierno fué tan torpe, de tal modo hirió los sentimientos de los ingleses con la inconsciente audacia con que envió al papa una embajada solemne para restablecer en Inglaterra el catolicismo, al cual se había convertido, llevando sus fantasías absolutistas hasta un extremo intolerable, que suscitó la insurrección. Dos hombres, dos ministros conquistaron en aquella ocasión una triste celebridad por su ferocidad sanguinaria: Kirke y Jeffries. El segundo escribió estas palabras: «Hoy he comenzado mis tareas con los rebeldes y ya he despachado 98.» A los que no mataba enviaba á las colonias para ser vendidos como esclavos.

Al fin, el pueblo se cansó, y volvió los ojos hacia el príncipe más popular de la época, Guillermo de Orange, hijo del Taciturno, rey de Holanda, casado con la hija de Jacobo II.

Guillermo pasó á Inglaterra, mientras su suegro huía á Francia (1688). Fué reconocido como rey después de haber jurado observar la declaración de los derechos (1689) que establecía la monarquía constitucional casi tal como existe en el día.

X

Apogeo de la Monarquía absoluta

Desde el principio de los tiempos modernos hemos podido observar la orientación de las diversas naciones de Europa hacia un poder central y absoluto; estas tendencias, acentuadas de día en día, alcanzaron su completo desarrollo en el siglo XVII. El momento nos parece, pues, favorable para estudiar el funcionamiento del poder absoluto cuyos resultados veremos á continuación.

La monarquía absoluta, de «derecho divino», se personifica en Luis XIV, rey de Francia; en su corte es preciso penetrar para sorprender el mecanismo de ese sistema de gobierno.

En un poder absoluto todo emana de la persona real, especie de ser sobrenatural,

superior á todos por derecho de nacimiento, por predestinación del dios. El rey es el amo de las personas y de los bienes de sus súbditos; él sólo comprende lo que les conviene más y se ocupa de su felicidad; les otorga la dosis y la cualidad de ciencia que pueden adquirir según su rango social; mete libremente la mano en su bolsa, partiendo del principio que todo le pertenece, lo mismo el dinero del tesoro que el que tiene á bien «dejar á cada uno.»

Disponiendo de todo, puede, pues, á su antojo, reducir á unos al hambre para saciar á otros.

Creyéndose dueño de los bienes, se considera igualmente respecto de las personas, y así puede arrancar los hombres á sus familias y á sus trabajos para hacer de ellos soldados, que, á medida de sus caprichos ambiciosos, lanza contra sus semejantes del otro lado de las fronteras para obligarles á cometer los más espantosos crímenes: el asesinato, el pillaje, el incendio, en tanto que ellos mismos se exponen á sufrir los mismos males.

El rey puede también condenar á quien

se le antoje, enviarle al destierro ó al cadalso á los que le molestan ó sencillamente le desagradan. Por el contrario, puede elevar al poder, tan alto como quiera, al hombre más incapaz de su reino, tanto como al más hábil, y confiar á manos indignas los destinos de todo un pueblo.

Como se ve, la vida, la conciencia, el honor y los bienes de todos los habitantes del reino, están á la disposición del príncipe, perteneciéndole con el mismo título que los objetos personales de que se hace un uso corriente.

Salta á la vista el vicio esencial de semejante sistema: si el rey es inteligente y honrado, puede gobernar prudentemente y procurar á sus súbditos los medios de desarrollar su actividad y de aumentar la suma de su bienestar; pero si es escaso de inteligencia ó perverso; si, como se ha visto repetidas veces, cae el poder en manos de un loco ó de un degenerado; si la vanidad excita su ambición y le impulsa á representar el papel de conquistador, desaparece la felicidad de millones de seres humanos sobre los cuales se abaten la miseria, los su-

frimientos, los temores perpetuos y las persecuciones de todo género. Y, por desgracia, este último aspecto de las cosas es el que más frecuentemente se realiza.

Es inevitable, á menos de tratarse de un ser superior, es decir, casi un imposible, que un hombre educado en la idea de que es todopoderoso, que es dueño de todo y de todos, y que nada ni nadie puede oponerse á su voluntad, caiga en flaqueza de juicio, se entregue á los aduladores y cometa toda clase de faltas cuyas consecuencias más ó menos graves caen sobre la nación entera.

Pero, aun admitiendo que el príncipe satisfaga el ideal de un buen rey, de un padre de su pueblo, siempre podremos decir que la felicidad que no nos hemos procurado por nosotros mismos, aquella que no es nuestra obra, esa felicidad impuesta por la prudencia de otro, nos parece despreciable é indigna de hombres libres.

Todo ser humano tiene el deber de ser obrero de su propia felicidad, de buscar en sí mismo las aspiraciones cuya realización le hará la vida aceptable. Y los

pueblos deben, como los individuos, buscar por sí mismos, por mutua concordia, los medios de concertar su félicidad particular con la felicidad general.

Expuestas esas consideraciones, entraremos en el detalle de los hechos.

El rey era el jefe supremo de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial.

Tenía el poder legislativo, puesto que su voluntad era la ley.

Hacía ejecutar esa ley en su nombre por sus ministros y secretarios de Estado, cuyas funciones eran mal definidas, y que tenían la dirección de negocios á veces muy diferentes de sus atribuciones titulares.

Todos los funcionarios colocados bajo las órdenes de los ministros debían comprar su cargo, de modo que constituía una propiedad que pasaba de padres á hijos, sin ninguna garantía de capacidad por parte del propietario. Los ministros realizaban con la venta de los cargos un gran beneficio, lo que les sugería la multiplicación de las plazas inútiles, hasta el punto de haber función ejercida por turno por varios individuos; llegóse hasta crear con la mayor

desvergüenza cargos ridículos, como el de inspector de pelucas, etc.

Los impuestos, aparte de su injusta repartición, que era aún la de la Edad Media y pesaban casi en su totalidad sobre los campesinos y los artesanos, ni siquiera eran directamente percibidos por el rey. Se vendía á un rico personaje el derecho de fijar impuestos sobre una provincia, mediante algunos millones que entregaba al tesoro; el arrendatario general, que era el título que se daba á esos usureros, podía estrujar la provincia á su antojo y percibir una cantidad doble ó triple de la que había anticipado. Todo el aparato de la justicia estaba á su disposición para obligar á los contribuyentes á pagar ese impuesto inicuo: podía expulsar al aldeano de su cabaña; encerrar en una cárcel y aun condenar á galeras á los contribuyentes insolventes, y no había quien pudiera ni se sintiera capaz de interponerse entre él y sus víctimas.

La justicia se administraba de una manera tan odiosa como arbitraria: había gran número de tribunales especiales para la nobleza, para el ejército, para el clero y

para todos aquellos que podían comprar dispensas de jurisdicción. Usábase el tormento para obtener las declaraciones de los acusados, y para castigarlos después de sentenciados se enrodaba (martirio que consistía en atar al reo á una rueda de carro para romperle vivo los huesos y aplastarle), se descuartizaba y se quemaba. Los nobles condenados á muerte eran decapitados (el verdugo, á veces inhábil ó disponiendo de arma poco cortante había de repetir los golpes para cortar una cabeza) y para el populacho se usaba la horca.

Se marcaba con hierro candente á los condenados á galeras. Frecuentemente el condenado era expuesto á la vergüenza en la picota antes de la ejecución; es decir, se le entregaba á las miradas y á los insultos de la multitud en una plaza pública, sujeto á un poste por medio de una cadena y una argolla al cuello.

Muchas veces esos suplicios se aplicaban á inocentes, y, lo que es peor, á hombres que habían tenido el valor de proclamar la verdad ó denunciar un abuso.

El acusado se entregaba á su juez sin

abogado que le defendiera, y el juez pronunciaba la sentencia sin obligación de motivarla, es decir, sin indicar por qué castigaba, lo que permitía obrar con absoluta arbitrariedad.

Los jueces, como los funcionarios compraban sus cargos de magistrado y los transmitían á sus hijos, lo que quitaba toda garantía de capacidad y de integridad á la justicia. Además, como el rey les pagaba muy mal, los jueces exigían sumas cuantiosas á los litigantes y vendían sus sentencias al que ofrecía más.

Las penas eran distintas según la cualidad de las personas: un hombre del pueblo era condenado á muerte por el mismo delito que á un noble se le imponía una ligera multa; si á un gran señor se le procesaba por deudas á sus proveedores, obtenía un juicio de sobreseimiento que le autorizaba para no pagar.

La vida y la libertad de todos estaban en manos, no sólo de los ministros, sino también de sus subalternos por la carta blanca, que era una orden de prisión en toda regla con el nombre en blanco, que podía lle-

narse con el de la persona á quien se quería causar un daño.

La desigualdad estaba en todo: *En el Estado*, dividido en clases que formaban como naciones distintas entre las cuales las dos primeras y el clero se repartían los privilegios, mientras que la más numerosa trabajaba para sustentar los vicios de las otras dos.—*En la nobleza*, dividida en dos partes: la de los grandes señores que vivían en la corte y se partían las pensiones y los beneficios, y la de la pequeña nobleza que casi moría de hambre en sus arruinados castillos, no pudiendo trabajar sin deshonrarse.—*En el clero*, en que obispos y abades que acaparaban tierras y prebendas, en tanto que los vicarios y curas rurales quedaban sin recursos, tan miserables como los campesinos á quienes arrancaban un diezmo insuficiente para sus necesidades, aunque harto pesado para el que había de pagarle. Verdad es que hubieran podido cambiar de oficio; pero en aquella época, la religión pasaba por ser la primera necesidad.—*En la familia*, donde el derecho de primogenitura favorecía ó aventajaba al

primogénito en perjuicio de sus hermanos y hermanas.—*En la conciencia,* porque protestantes y judíos eran igualmente arrojados fuera de la sociedad.

La industria continuaba deprimida por los mismos reglamentos raros y opresivos que databan de la Edad Media; la agricultura llevaba una vida no menos desgraciada, pero la tierra apenas producía lo necesario para la alimentación y los granos estaban acaparados por los arrendatarios de transportes que producían el hambre á su antojo para enriquecerse.

Sin embargo, el rey vivía en su palacio suntuoso, rodeado de una corte de aduladores que le tributaban honores casi divinos, derrochando riquezas para satisfacer sus placeres y para el lujo de su casa.

Conviene ahora hacerse cargo del prosaico anverso de aquella brillante corte que la imaginación popular ha representado como lugar excepcional de delicias.

Sin contar las mil sujeciones que hacían de cada cortesano un esclavo de la etiqueta (esclavitud tonta é inútil por demás), hay que observar que todos aquellos señores vi-

vían bajo los encajes y los terciopelos faltos de aseo y de bienestar. Un escritor de la época nos habla de los malos olores del palacio, procedentes de la falta de costumbre de las abluciones, porque el rey y su séquito se lavaban una ó dos veces al día la cara y las manos y no pagaban mayor tributo á la limpieza. Los cortesanos intrigaban y se batían para obtener en el palacio una cámara reducida, incómoda y malsana donde se veía obligado á cumplir hasta las necesidades más prosaicas de la vida. El burgués más insignificante de nuestros días está infinitamente mejor instalado y disfruta de más comodidades que los príncipes de la familia real en el siglo XVII. Como prueba de esa afirmación se cita el hecho de que Luis XIII, padre de Luis XIV, se quejaba de no haber podido en su vida tomar una taza de caldo suficientemente caliente.

¿Y qué preocupaba principalmente á aquel rey tan brillante como mal servido?

Luis XIV, lo mismo que los reyes y emperadores contemporáneos suyos, se ocupaba en formarse una reputación gloriosa,

es decir, trataba de reducir á todas las naciones á reconocer su supremacía, que es lo que la historia llama trabajar para el engrandecimiento de su patria. Para nosotros, que no creemos que la patria, para ser grande, tenga necesidad de ser opresora, que no creemos más que en la patria humana y no en el egoísmo de entre fronteras, conceptuamos sencillamente odioso y condenable todo acto de violencia y sobre todo la guerra, el más criminal de todos.

En nuestra memoria está que con la Edad Moderna la política internacional había inaugurado cierto juego de báscula, llamado equilibrio europeo, según el cual todos los Estados se unían contra el que les parecía hacerse demasiado poderoso.

A principios del siglo XVII era la casa de Austria, con sus dos ramas española y alemana, la que parecía amenazadora. Como los emperadores sucesores de Carlos V y los reyes de España se hicieron campeones del catolicismo, todos los países protestantes se agruparon alrededor de Francia, que acababa de proclamar la libertad religiosa.

Hemos visto que las guerras de religión en Alemania fueron originadas por esta alianza y que durante treinta años dicha nación fué puesta á sangre y fuego en nombre del Cristo y del equilibrio europeo.

La casa de Austria salió vencida de la lucha y Francia se hizo la protectora de los pequeños Estados protestantes (1648-59).

Si Luis XIV, cuyo reinado empezaba entonces, hubiera limitado á eso su ambición, podría creerse en rigor que cedía al deseo de defender á los oprimidos; pero cuando se creyó árbitro de las naciones, empezó á humillar á todas, dejó ver tanto orgullo y cometió tantas injusticias, que al fin Europa entera se ligó contra él. Toda la duración de su reinado de 74 años está lleno del rumor de esas guerras.

En 1685 Luis XIV puso el colmo á sus faltas revocando el edicto de Nantes, expulsando de Francia á los protestantes, que se fueron, en número de 100,000, á establecerse en Alemania, donde fundaron la ciudad de Berlín.

Ese acto de intolerancia, provocando la indignación de los Estados protestan-

tes de Europa, puso á Francia al borde del abismo y la causó grandes miserias.

Y, sin embargo, el «gran rey» no se corrigió aún: sintió necesidad de enviar á uno de sus nietos á conquistar el trono de España, lo que causó una nueva conflagración general.

Esa fué la última torpeza de Luis XIV, quien bajo la exterioridad brillante de un protector de la civilización, ocultaba todas las miserias y reservaba á sus súbditos las más viles servidumbres.

Por desgracia como el poder absoluto no se extinguió con él, muchos otros reyes podrán aún atraer la ruina sobre sus países.

XI

La vida en Europa en el siglo XVII

Queda indicado rápidamente en el anterior capítulo el aspecto de la vida noble en el siglo XVII; ahora trataremos de conocer la vida del pueblo mismo, de los campesinos y de los artesanos. Por desgracia estamos lejos de poseer, relativamente á la «gente menuda,» la abundancia de documentos necesarios al efecto, como hemos tenido respecto de los nobles y de los burgueses ricos.

Los pequeños burgueses y los artesanos de las ciudades usaban vestidos de lana de color obscuro y de forma sencilla; todo el lujo que ambicionaban, frecuentemente sin poderlo alcanzar, consistía en la posesión de alhajas ó algunas piezas raras de orfebrería.

Las tiendas no habían cambiado de as-

pecto desde la Edad Media: abríanse á puerta de calle, tenían anchas ventanas, guarnecidas de tejadillo de madera para preservarlas de la lluvia y del polvo. De esos mismos tejadillos solían los mercaderes colgar objetos que indicaban la especie de mercancía á que se dedicaba la tienda.

Al principio del siglo estaban las ciudades encerradas en recintos fortificados; las casas, la mayor parte de madera, estaban defendidas por una especie de muro.

Estas casas alineadas irregularmente, formaban calles estrechas y tortuosas, sucias y nauseabundas.

En Berlín las inmundicias quedaban amontonadas delante de las puertas, y hasta 1680 no se pensó en limpiar la ciudad. En París los malos olores provocaban las quejas del vecindario. En Madrid en invierno el barro en las calles era tan abundante que el tránsito era casi imposible.

En la segunda mitad del siglo XVII empezaron á transformarse las ciudades; la mayor parte derribaron las murallas que les rodeaban, reemplazándolas por paseos y arboledas. Hay que exceptuar las ciuda-

des alemanas, que, por el contrario, comenzaban á fortificarse.

Ya en aquella época era Londres la ciudad mayor de Europa; acababa de ser reconstruída á continuación de un incendio que la destruyó casi por completo (1666) y había reemplazado sus casas de madera por casas de piedra, altas y con numerosas ventanas; las calles se alinearon rectas, largas, y bordeadas á cada lado de aceras de ladrillos. En el centro se veía el jardín de Hyde-Park, y en otra parte de la ciudad se trazaron paseos donde se reunían los obreros los días festivos.

En Madrid las calles principales eran anchas y rectas; en el centro estaba la Plaza Mayor rodeada de pórticos sobre los cuales se elevaban casas de cinco pisos con balcones; pero si se exceptúan siete ú ocho calles donde se encontraba reunido el comercio, en el resto de la ciudad apenas se veían algunas pastelerías y tabernas. El alumbrado nocturno de las calles consistía sólo en lamparillas que alumbraban estatuas de santos que afeaban las casas. La misma costumbre grotesca se encuentra en Italia.

En París se comenzó á la vez la apertura de plazas en el centro de la ciudad, como la plaza de Vendôme y la de Las Victorias, á fin de dar aire á toda la aglomeración de casas amontonadas las unas sobre las otras. Un nuevo puente de piedra, el puente Real, reemplazó sobre el Sena el puente Rojo, que era de madera.

En Italia las ciudades estaban despobladas y eran miserables en el siglo XVII. Ferrara contaba más casas que habitantes, y en Pisa la hierba crecía alta en las calles. En Piamonte el pan faltaba con frecuencia. Dos solas ciudades han conservado algún resto de su antigua prosperidad: Florencia y Venecia. En el Sur los caminos estaban infestados de bandidos.

La vida alemana y la inglesa eran generalmente tristes bajo la férula protestante. Los alemanes beben, y, según dice un viajero «han descubierto el movimiento continuo á fuerza de levantar el codo.»

Los ingleses beben, cazan y se apasionan por los repugnantes combates de osos y perros.

En España, especialmente en Madrid, se

tenía la costumbre de ir cada domingo á hacer una colación al campo. Los españoles son sobrios y no conciben injuria más grave que la calificación de borracho. Son apasionados por las corridas de toros.

Los parisienses son babiecas: el menor espectáculo forma enormes corrillos de desocupados que interrumpen su camino para informarse del suceso.

En el campo el espectáculo es mucho más triste que en la ciudad. El siglo XVII fué el de la mayor miseria de los aldeanos, á causa de las guerras que desolaron á Europa.

El campesino francés se nos muestra sobrecargado de impuestos, andrajoso, calzando zuecos y por todo alimento consumiendo frutas salvajes, hierbas y raíces cocidas con un poco de mal aceite; rara vez bebía vino y no más de tres veces al año comía carne.

Al fin del reinado de Luis XIV la miseria se extendió á las ciudades y la escasez produjo muchos motines. El rey dió orden de cocer pan que los soldados distribuían gratuitamente á la multitud. Ver como se

arrancaban aquel pan de las manos era un espectáculo conmovedor.

En Alemania había en los campos mezcla de miseria y de prosperidad relativa. En algunas provincias los campesinos carecían completamente de recursos y vivían en cabañas hechas de troncos de árboles, apilados los unos á los otros; en otras, tenían lo necesario y vivían en verdaderas casas.

En Inglaterra los campesinos casi puede decirse que disfrutaban de comodidades.

Flandes estaba en decadencia; únicamente Bruselas se había engrandecido, pero sufrió mucho con la invasión de los franceses.

En cuanto á Holanda, ofrecía un espectáculo muy diferente: su actividad y la libertad de que gozaba, relativamente á los otros Estados de Europa, le habían asegurado una prosperidad que resultaba aún más brillante por el contraste de la miseria general. De sus ciudades destacábanse en primer término Amsterdam, que recibía en su puerto tan gran número de buques que el conjunto de los mástiles causaba la ilusión

de una segunda ciudad al lado de la verdadera.

Del puerto salían canales que surcaban el país en todos sentidos. Cuatro veces seguidas Amsterdam rebosó de su recinto, y á cada nuevo engrandecimiento transformaba sus torres en almacenes y oficinas.

A Amsterdam seguían Rotterdam, casi tan próspera, y Leyden, notable por su Universidad y sus establecimientos científicos, al frente de los cuales hay que colocar su jardín botánico y zoológico.

No era solamente en el despliegue de la actividad y aumento del bienestar en lo que se manifestaba la diferencia entre Holanda y los otros países de Europa. El viajero quedaba admirado á la vista de la limpieza que brillaba por todas partes; las calles y las casas eran limpias, en contraposición al uso grosero que autorizaba escupir en el suelo aun en la corte de los reyes; esto no se hacía en Holanda, donde los suelos eran brillantes como espejos.

Los holandeses gozaban de larga vida en su país; disfrutaban de todas las comodida-

des posibles, gustaban de las comidas en familia, al final de las cuales mientras los hombres se retiraban para fumar, se servía á las damas un té perfumado.

Este encanto de la vida íntima y la bella calma de la naturaleza de su país influyó en alto grado sobre el arte holandés, que tomó en aquella época su forma más perfecta. Dejando á un lado los asuntos convencionales, los pintores se inspiraron directamente en la naturaleza; estudiaron el océano, la llanura, los animales y el hombre en sí mismos; se ejercitaron en pintar con toda verdad los mil detalles de la existencia, y nada es vulgar para su pincel; han sabido animar y poetizar las cosas más humildes.

En una época en que el arte oficial dominaba en todas partes y en que toda obra debía celebrar las alabanzas de los reyes y de los dioses, la sinceridad y la democracia de su pintura no es una de las menores superioridades de Holanda. Franz Hals, Rembrandt, Quentin Metsu, Ferburg, Steen, Gérard Dow, Van Ostade, Van Hook, Van den Meer, Brekalenkam, Ruysdaël,

Hobbema, Van Goyen, Van der Velde, Paul Potter, forman una admirable falange.

En Flandes, en la misma época brillaban Rubens y sus discípulos Jordaens y Van Dyck, Teniers y Brouwerts.

Los otros países, excepto España, digna de marchar al lado de Holanda, con Velázquez, Ribera y Zurbarán, cultivaron las artes académicas, tan vacías de inspiración como presuntuosas y amaneradas; no creemos deber detenernos en ellas ni mencionar nombre alguno, exceptuando únicamente los hermanos Lenain, los pintores de interiores artesanos, que siguieron el procedimiento holandés.

En el norte de Europa, los países escandinavos se elevaron á la consideración de potencias, políticamente hablando, á consecuencia de su intervención en las guerras religiosas de Alemania; pero la vida privada en el siglo XVI y en la primera mitad del XVII era allí arto grosera.

En Dinamarca los nobles vivían preferentemente en la campiña, y pasaban su tiempo bebiendo y durmiendo, en tanto que los campesinos vestidos aún con paños de

lana burda, vivían en cabañas con paredes de barro y techos de rastrojo. En las ciudades los burgueses ostentaban gran lujo y hacían alarde de sus riquezas.

Copenhague era ya una ciudad importante, y sus edificaciones, aunque de madera, eran altas y de buena apariencia.

La embriaguez estaba tan esparcida en el país, que existe una ordenanza recomendando reunir los habitantes por la mañana, porque pasado el medio día todos comenzaban á embriagarse.

En Suecia los aldeanos llevaban aún largas y miserables vestiduras de pieles y se dejaban crecer la barba, lo que les daba un aspecto repugnante. Vivían en cabañas hechas con troncos de árboles. En cuanto á los nobles, habitaban vastas construcciones de piedra situadas á las orillas de los lagos, numerosos en aquel país.

En la segunda mitad del siglo XVI, Gustavo Wasa, que los había libertado del yugo de Dinamarca, y que llegó á ser rey, intentó persuadir á los suecos que viviesen de una manera algo más delicada; excitó en los nobles el gusto por el adorno y la elegancia

y persuadió á los pobres que cambiasen sus rústicas vestiduras por calzas y justillos de paño. Tal es la única mejora que el rey intentó introducir en su condición precaria.

El mismo soberano hizo limpiar las calles de Estokolmo y quiso establecer en ellas la seguridad personal.

Saliendo de Suecia, después de haber atravesado el mar Báltico, se encuentra Polonia: este era el país más atrasado de Europa; en él no existía ninguna industria; la nación se dividía en dos clases, los nobles y los siervos, siendo enorme la diferencia entre el fausto insensato de los primeros y la extrema miseria de los segundos.

Los nobles de las familias más linajudas vivían rodeados de una verdadera corte de personas de pequeña nobleza. En ningún país en aquella época desplegóse un lujo más insolente, semejante profusión de ricas telas, de pieles, de diamantes y de alhajas de todo género. Los muebles y hasta los arneses de los caballos resplandecían bajo los ornamentos de oro de que estaban sobrecargados.

En contraposición á esta riqueza los siervos iban apenas vestidos, calzados con cortezas de árbol. Vivían en miserables cabañas donde se veían mezclados niños desnudos y animales domésticos: cerdos, bueyes, gallinas, pavos, etc.

Había pocas ciudades y las que existían eran mal construídas é incómodas. La más poblada era Dantzig; seguían Cracovia y Varsovia, pequeña y sucia, á pesar de su categoría de capital.

Al sur de Polonia se encuentra Hungría, que había sido ocupada en parte por los turcos, pero los húngaros no adoptaron ni las costumbres ni el traje de los invasores.

Sin embargo, la capital, Budapesth, tomó la apariencia de una ciudad musulmana, con sus minaretes y la suciedad de sus calles, limpiadas únicamente por los perros vagabundos.

La parte de Hungría que no cayó en poder de los turcos formaba parte del imperio de Alemania.

Rusia, que hasta el siglo siguiente no entró en la vida europea, era aún una mez-

cla singular de eslavos y tártaros, que tenía más carácter de Asia que de Europa, con sus casas de madera y sus ciudades rodeadas de empalizadas, entre las cuales Moscou era la principal.

A fin de evitar los peligros de los incendios, siempre desastrosos con las construcciones de madera, Moscou tenía calles muy anchas y las casas estaban convenientemente aisladas.

Los emperadores, llamados tzars, habitaban en Moscou un palacio-fortaleza denominado el Kremlin, el cual, lo mismo que los monasterios y otros edificios públicos, era de piedra.

Los tzars eran déspotas á la manera oriental; no se les podía hablar si no de rodillas y tocando el suelo con la frente. Todo hombre del pueblo debía descubrirse y saludar al pasar delante del palacio imperial.

Los nobles ó boyardos, se vengaban de las humillaciones que les infligía el amo, exigiendo de los campesinos, las mismas muestras de respeto exterior. La servidumbre existía aún en Rusia.

Los boyardos usaban vestiduras forradas de preciosas pieles; llevaban una vida ociosa y tenían á gran honor ser gordos y ventrudos. Bebían con exceso, pasaban los días y las noches á la mesa hasta que agotaban la bebida.

Tenían sus mujeres encerradas, no comiendo con ellas más que en los días de ceremonia.

Las mujeres se pintaban el rostro con rojo, negro, azul y blanco, lo que las hacía feísimas y ridículas.

Los aldeanos y todos los hombres del pueblo vivían bajo la férula señorial; habitaban pobres cabañas de troncos de árboles, cuyo único mobiliario eran mesas y bancos; mientras que los boyardos dormían en lechos de pluma cubiertos de telas de seda.

Todos, gentes del pueblo y nobles, eran muy ignorantes y groseros. Comían sin tenedor, con los dedos, y no conocían el uso de la servilleta; los manjares eran presentados en vasos de estaño, algunas veces tan oxidados y negros que causaban náuseas.

La Siberia comenzaba á servir á los tzars de colonia penitenciaria, donde enviaban sobre todo condenados políticos, á quienes se obligaba á trabajar en las minas, haciéndoles sufrir horriblemente con la rudeza del clima siberiano. Como consecuencia, casi todos morían allí ó contraían enfermedades incurables.

Por último, debemos hablar de los turcos, establecidos en la península de los Balkanes, y cuya denominación se extendía, en Europa, sobre la mitad de Hungría y el sur de Rusia.

Los turcos modificaron el aspecto de Constantinopla, convirtiéndola en ciudad completamente musulmana. Los jardines llegaron á ser tan numerosos, que, á distancia, la ciudad parecía un bosque frondoso. Numerosos minaretes, baños públicos y caravanserails se elevaban por todas partes.

La mayor parte de los turcos vivían en el campo, los hombres vagando libremente y las mujeres encerradas y veladas.

Las poblaciones eslavas y griegas que fueron subyugadas por los turcos no tuvie-

ron que sufrir ni en sus creencias ni en sus costumbres (la intolerancia es casi exclusiva de los cristianos). Fueron sometidas al impuesto del Kharadj, del cual su patriarca ó jefe religioso era responsable. Sin embargo las querellas eran frecuentes y sangrientas entre los turcos y los *rayas* (rebaño), nombre injurioso que los otomanos daban á sus vencidos.

XII

Los acontecimientos del siglo XVIII

El siglo XVIII ofrece á nuestros estudios un campo de observación de los más interesantes, si nos atenemos al movimiento intelectual de aquella época. Por lo mismo le hemos reservado aparte un estudio completo.

Aunque á pesar nuestro, hemos de mencionar aquí los acontecimientos políticos, que no han influído en nada sobre el progreso de los pueblos, toda vez que la creación y desaparición de Estados no interesa más que á los grandes que se disputan su conquista y explotación, mientras que el pueblo, como siempre, soporta todos los males de la guerra y paga para repararlos.

En Alemania ocurre la fundación del

reino de Prusia, entonces compuesto de tres partes separadas unas de otras: una bañada por el Báltico, otra situada más al centro y la tercera limitada por el Rhin.

El primer rey de esos tres fragmentos se dedicó á militarizar su pueblo, con tan buen éxito para sus deseos que tuvo los más bellos soldados del mundo y logró que de un extremo al otro de su reino sus súbditos marcasen el paso con un solo movimiento al mando del general, resultando hombres-máquinas en la más amplia acepción de la palabra.

En cambio y como complemento del régimen, la ignorancia y la grosería dominaban en Prusia en toda su fealdad, hasta el punto de que el rey-sargento llegó hasta encarcelar á su propio hijo por que se permitía amar la música y hacer versos.

También es verdad que una vez rey aquel hijo, á quien la historia ha llamado el «Gran Federico,» siguió la vía paterna y contribuyó á encender la guerra en Europa para conseguir la reunión en un solo tronco de las partes que formaban sus Estados. La empresa era digna de un «gran prín-

cipe,» y, como se verá, continuó amando la poesía y los filósofos: ¡qué más podía pedírsele!

Por aquel tiempo, otro «gran hombre» á la moda de los reyes, emprendió la aplicación del *knout*, la deportación á Siberia, la decapitación y otros géneros de suplicios, como medios de civilización de su pueblo.

Pedro I, tzar de Rusia, fué educado con jóvenes nobles extranjeros y se entusiasmó con la civilización occidental; viajó por Alemania, Holanda y Francia y tuvo la fuerza de voluntad necesaria para hacerse obrero en Amsterdam, para aprender la construcción naval, lo que parecerá quizá extraño si se tiene en cuenta que sus Estados distaban mucho entonces del mar, porque los turcos poseían todo el sur de Rusia; pero una vez que supo hacer tan hermosos barcos, se impuso la tarea de enviar los turcos á Turquía y de ser dueño del mar Negro.

Ansioso de imitar á sus colegas en monarquía, quiso transformar de un golpe los rusos, semisalvajes aún, en hombres civilizados, sin pensar que para operar un cambio duradero en las costumbres de una

raza, se necesita hacer obra de educación, es decir, de larga duración previa; creyó que cambiando la forma del vestido, declarando obligatorio el barbero y sometiendo á las gentes á la disciplina militar bastaba para convertirlas en modelos de perfecta duración.

Los abusos de autoridad que cometió no tienen número ni ejemplo: colocó modelos de vestidos á las puertas de las ciudades, y se vestía á la fuerza á los que no se sometían voluntariamente. Surgieron protestas, naturalmente, pero á ellas respondió el emperador aplicando crueles tormentos y complaciéndose él mismo en ejercer el oficio de verdugo. ¡Durante un mes sus manos imperiales se emplearon en cortar cierto número diario de cabezas! Y de paso hacía ahorcar 2,000 recalcitrantes y decapitar más de 5,000.

Una vez tomado el gusto á las ejecuciones, perseveró en él, y se refiere que en las orgías imperiales, porque aquel príncipe civilizador era un borracho perdido, se hacía traer algunos infelices á quienes allí mismo decapitaba á hachazos con objeto

de asegurarse si conservaba el puño vigoroso.

Una ciudad de madera como Moscou parecióle indigna de ser la corte y capital de su reino, y para reemplazarla fué á buscar, en el fondo del golfo de Finlandia, pantanos insalubres é inhabitados, «donde la naturaleza no hubiera querido el establecimiento de una ciudad,» y allí envió un ejército de obreros para comenzar los trabajos de una ciudad nueva. Cien mil hombres perecieron víctimas de los miasmas, pero San Petersburgo se elevó sobre sus cadáveres para satisfacer la vanidad de un emperador.

Al mismo tiempo sostenía una guerra contra otro loco que arruinó su país cometiendo las peores estravagancias que puedan concebirse; aquel loco era Carlos XII, rey de Suecia, un pobre joven á quien la lectura de las hazañas de Alejandro trastornó el juicio impulsándole á representar el despreciable papel de conquistador.

Después de haber derrotado á Carlos XII, Pedro I se entendió con su compadre el rey de Prusia y su comadre la emperatriz

de Austria para repartirse la Polonia con el fin de redondear sus Estados.

La conducta ambiciosa de todos esos bandidos coronados, apoyada por todos sus demás colegas, produjo una conflagración general y encendió la guerra en toda Europa, y no satisfechos aún con la extensión de ese campo de batalla, los reyes de Inglaterra y Francia enviaros sus ejércitos á guerrear por mar y por tierra á Asia y América.

La India continuaba siendo objeto de todas las ambiciones. Los portugueses, que se lanzaron los primeros sobre tan buena presa, se vieron reemplazados por los holandeses; después éstos se acantonaron en las islas y en el archipiélago oceánico.

En el siglo XVIII, primero los franceses y luego los ingleses, enviaron á las Indias compañías comerciales para explotar metódicamente el país. Vióse entonces, como en tiempos de la confederación germánica, sociedades mercantiles que sostenían ejércitos, armaban flotas y ejercían un poder absoluto y sobre todo usurario sobre los desgraciados indios.

No tardaron los gobiernos en mezclarse de una manera más directa. Francia quiso apoderarse del imperio de las Indias; pero le perdió y quedó en poder de Inglaterra.

Bien entendido que todo eso sucedía con grave perjuicio de las poblaciones indias, eternas víctimas de la opresión de sus príncipes nacionales, rahjas y nababs, y de la avidez de los europeos, que los trataban, que los tratan aún, como verdaderas bestias de carga, peor todavía, como bestias de carga maltratadas.

Mientras se desarrollaban esos acontecimientos en Europa y en Asia, otros se preparaban en América.

Los franceses habían fundado en el Canadá, en las riberas del San Lorenzo, una colonia en favor de la cual nada hicieron, aunque sí mantuvieron un poder despótico, llegando hasta no permitir en ella la introducción de la imprenta. La guerra de las Indias repercutió hasta América y los franceses perdieron su colonia en beneficio de Inglaterra.

Los ingleses fueron también á establecerse como colonos en la América del Norte;

pero como todos los establecimientos fueron fundados por particulares, la metrópoli no pudo imponerse allá como Francia lo había hecho en el Canadá.

Las colonias inglesas de América formaban tres grupos: Nueva-Inglaterra, Virginia y Maryland.

Nueva-Inglaterra fué el refugio de los republicanos ingleses que huyeron de la persecución de que fueron víctimas en su patria.

Virginia se convirtió en asilo de los aristócratas ingleses desterrados.

Maryland se pobló de católicos ingleses igualmente fugitivos.

Nueva-Inglaterra y el grupo de Estados que á ella se adhirieron formaron un gobierno constitucional, con una Carta que les daba el derecho de administrarse por sí mismos. Su código se denominaba «Los cuerpos de los libertados.»

Virginia y el grupo aliado tenían un gobernador y funcionarios nombrados por el rey y asambleas legislativas de elección popular.

Por último, en Maryland el gobierno

pertenecía á los propietarios, habiendo también una asamblea elegida por sufragio restringido.

Las colonias inglesas, exceptuando Virginia, establecieron numerosas escuelas primarias y secundarias y poseían la imprenta.

En cuanto á Virginia, el Estado aristocrático, he aquí lo que su gobernador decía á los ministros del rey de Inglaterra: «No hay en la colonia escuelas libres ni imprenta y me complazco en esperar que no las haya antes de tres siglos; porque los conocimientos han traído al mundo la rebelión y la herejía con todas las sectas, y la imprenta las ha extendido después.»

El gobierno inglés decretó en un principio en las colonias la libertad comercial; Cromwell quiso protejerla, pero no lo consiguió por completo. La más floreciente de todas, Masachussetts, respondía á Carlos II: «El rey puede extender nuestras libertades, pero no tiene el poder de restringirlas.»

Después de la guerra de las Indias, Inglaterra, hallándose muy empeñada, quiso establecer en América el impuesto del timbre, es decir, la obligación de servirse para

los actos públicos de un papel especialmente timbrado en Inglaterra y vendido muy caro; pero levantó tan fuerte oposición que el rey se vió obligado á retirar el impuesto.

El Parlamento quiso reemplazarle por un impuesto sobre el cristal, el papel y el te; pero los colonos, apoyándose sobre el principio mismo de la Constitución inglesa que establece que ningún ciudadano está obligado á pagar un impuesto que no ha sido votado por sus representantes, se negaron á pagarle.

Noventa y seis ciudades se unieron entonces por la Convención de Boston, comprometiéndose á no comprar ninguna mercancía inglesa hasta que fueran abolidos esos impuestos. El perjuicio causado al comercio inglés fué considerable.

En su vista el ministro de Inglaterra consintió en no dejar subsistente más que el impuesto sobre el te; pero los habitantes de Boston respondieron arrojando al mar tres cargamentos de te venidos de Londres. El ministro puso la ciudad en entredicho (1774).

El hecho ocasionó la reunión de un Con-

greso general en Filadelfia. En la declaración de aquel Congreso, se lee lo siguiente: «Los hombres han establecido entre sí gobiernos cuya justa autoridad emana del consentimiento de los gobernados; cada vez que una forma de gobierno cualquiera se convierta en destructora de los fines para los cuales fué establecida, el pueblo tiene el derecho de cambiarla y de abolirla.»

Los congresistas enviaron al rey una petición que quedó sin efecto, á pesar de que aquéllos reconocían como *justa* la autoridad consentida. Esto dió lugar á una rebelión de todas las colonias.

La guerra de la independencia fué dirigida por Jorge Washington. Holanda, Francia y más tarde España, aportaron su concurso á los americanos, y después de nueve años de lucha, Inglaterra se vió obligada á reconocer la independencia de los Estados Unidos. (Tratado de Versalles 1783).

Este acontecimiento es de aquellos que marcan el fin de los tiempos modernos, caracterizados políticamente por los sistemas de gobierno absoluto.

La monarquía de derecho divino dejó

demostrada su incapacidad como conductora de los pueblos.

Ábrese otro período en el cual se hará el ensayo de la monarquía constitucional, y después el de los gobiernos parlamentarios.

Las revoluciones que se han operado en las inteligencias y han preparado y acompañado el advenimiento de esas formas del poder, constituirán el objeto de nuestros estudios en el libro siguiente.

INDICE

SEGUNDA PARTE

La Edad Media

	Págs.
I.—El Imperio Romano	5
II.—El Mundo bárbaro.	21
III.—El Cristianismo.	30
IV.—Decadencia del Imperio romano . . .	47
V.—Los Establecimientos de los bárbaros.—Potencia creciente de la Iglesia y de los Papas.	58
VI.—Los Arabes.	73
VII.—El feudalismo.—La caballería.—Las expediciones lejanas.	82
VIII.—El Santo Imperio Romano-Germánico: lucha del Imperio y del Papado. . .	97
IX.—Las guerras de religión en Europa en la Edad Media.	107
X —Los Municipios; organización del trabajo y de los cambios comerciales. . .	112
XI.—Fundación de la burguesía; olvido completo de los proletarios en la conquista de los privilegios.	123

PÁGS.

XII.—La Guerra de cien años.—El Imperio de Oriente.—Slavos, Mongoles y Turcos.—Otros pueblos establecidos en Europa. 151
XIII.—La civilización en la Edad Media. . . 158

TERCERA PARTE

Los Tiempos Modernos

I.—Estudio del siglo XV como precursor de las revoluciones económica, intelectual y social. 171
II.—Establecimiento del poder absoluto en Inglaterra, Francia y España.—La casa de Austria en Alemania. 179
III.—La Revolución intelectual.—Renacimiento de las Artes y de las Letras . . . 188
IV.—Los grandes viajes en el siglo XVI.—La colonización. 200
V.—La Reforma.. 212
VI.—España y la Inquisición.—Las guerras de religión en los Países Bajos. . . 218
VII.—Inglaterra bajo los Tudor (1509-1603).—Las guerras de religión en Francia (1560-1598) 232
VIII.—Las guerras de religión en Alemania. . 239
IX.—Las revoluciones de Inglaterra. . . . 247
X.—Apogeo de la Monarquía absoluta. . . 255
XI.—La vida en Europa en el siglo XVII. . . 269
XII.—Los acontecimientos del siglo XVIII . . 285

ESCUELA MODERNA

Calle Bailén, 70, 1.º

BARCELONA

ENSEÑANZA CIENTÍFICA Y RACIONAL

PROGRAMA

La misión de la **Escuela Moderna** consiste en hacer que los niños y niñas que se le confíen lleguen á ser personas instruídas, verídicas, justas y libres de todo prejuicio.

Para ello, sustituirá el estudio dogmático por el razonado de las ciencias naturales.

Excitará, desarrollará y dirigirá las aptitudes propias de cada alumno, á fin de que con la totalidad del propio valer individual, no sólo sea un miembro útil á la sociedad, sino que, como consecuencia, eleve proporcionalmente el valor de la colectividad

Enseñará los verdaderos deberes sociales, de conformidad con la justa máxima: *No hay deberes sin derechos; no hay derechos sin deberes.*

En vista del buen éxito que la enseñanza mixta obtiene en el extranjero, y, principalmente, para realizar el propósito de la **Escuela Moderna,** encaminado á preparar una humanidad verdaderamente fraternal, sin categoría de sexos ni clases, se aceptarán niños de ambos sexos desde la edad de 5 años.

Para completar su obra, la **Escuela Moderna** se abrirá las mañanas de los domingos, consagrando la clase al estudio de los sufrimientos humanos durante

el curso general de la historia y al recuerdo de los hombres eminentes en las ciencias, en las artes ó en las luchas por el progreso.

Para el desarrollo de este programa se han instituído las siguientes divisiones:

Clase preparatoria, que comprende niñas y niños desde la edad de 5 años, y se subdivide en primera y segunda sección en que se alternan los cantos y los ejercicios de observación y de reflexión sobre los sucesos de la vida y el conocimiento de los objetos usuales con los manuales, gimnásticos y recreativos más racionales.

Curso medio, tercera sección, dedicado al estudio de las nociones científicas que exige una enseñanza integral y positiva tan extensa como sea posible.

Sección normal, dedicada al trabajo personal de los alumnos bajo la dirección de los profesores, y á la revisión y extensión del programa del curso medio, de manera que los alumnos manifiesten sus aptitudes especiales y positivas.

Los resultados prácticos de este programa constan en el **Boletín de la Escuela Moderna,** órgano de la misma, destinado, á la par que á la pedagogía libre, á dar publicidad á cuanto con su régimen se relacione.

La oportunidad de la publicación del presente **Compendio de Historia Universal** (agosto 1902), que coincide con el término del primer año escolar y sus primeras vacaciones, nos permite hacer algunas consideraciones acerca de dichos resultados, con el fin de que sirvan de estímulo á los que por nuestra obra sienten simpatía.

Una de las primeras dificultades que á nuestro propósito se ofrecía era la aplicación del sistema mixto, en pugna con la rutina de la división de los sexos, desechada ya en los países adelantados, pero arraigada aún en aquellos otros donde la luz del saber penetra velada y atenuada por las conveniencias de los privilegiados. Veíase á los mismos que ansían regeneración y reformas manifestarse vacilantes y reacios para entregar sus hijas á la **Escuela Moderna;** pero esa desconfianza ha sido vencida; ni una sola niña nos ha sido retirada, y en cuanto al conjunto de niñas y niños, cándidamente confundidos, se estimulan con el vigor propio de la infancia bien equilibrada, se aman con ingenuidad puramente infantil, y sienten por sus profesores amistoso respeto sin mezcla de medroso terror, dándose el caso notable y tal vez en ninguna otra escuela observado de que los niños desdeñen los asuetos y días festivos, poniendo toda su complacencia en la asistencia á clase.

En un principio y por vía de ensayo decidimos limitar á 40 el número de alumnos, pero los efectos observados por los padres en la moralidad y aplicación de sus hijos y los elogios prodigados entre sus relaciones se han traducido por demandas de ingreso que hemos juzgado necesario atender, llegando el término del curso con más de 70 alumnos.

El éxito de esta Escuela ha excitado vehementes deseos de verla reproducida, y al efecto se nos han dirigido no pocas excitaciones para que fundáramos sucursales en varios distritos de Barcelona y en distintas poblaciones.

A todas estas instancias respondemos que esta Escuela no se reserva la exclusiva de su sistema de educación é instrucción; que en manera alguna pretendemos monopolizar iniciativas que antes que todo apreciamos como un gran bien ver generalizadas, que no somos un especie de Providencia, ni siquiera un Estado que atienda ruegos ni memoriales de los que sienten aspiraciones incapaces de realizar por sí mismos, y que allí donde los recursos individuales no alcancen llega con facilidad y con sobra de energías la asociación. Por nuestra parte, la continuación del impulso dado y nuestro empeño en mantenerle robusto y progresivo, ampliado con trabajos como los que supone la creación de la biblioteca **Publicaciones de la Escuela Moderna** y los anunciados en nuestro BOLETÍN bajo el título de *A la Juventud* y *Concurso de Aritmética,* constituyen lo concreto y determinado de nuestros propósitos, y no nos consideramos obligados á más.

Agosto 1902.

Publicaciones de la Escuela Moderna

OBRAS PUBLICADAS

Compendio de Historia Universal

por CLEMENCIA JACQUINET

TOMO I.—Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.

Edición para Escuelas y de propaganda. Ptas. 1'60
Edición para bibliotecas. . . . . » 2

TOMO II.—Edad Media y Tiempos Modernos.

Edición para Escuelas y de propaganda. Ptas. 2
Edición para bibliotecas. . . . . » 4

TOMO III.—De la Revolución francesa hasta nuestros días.

Edición para Escuelas y de propaganda. Ptas. 2
Edición para bibliotecas. . . . . » 4

El primer volumen de este Compendio, ya publicado y conocido, ha sido juzgado; nada diremos de él.

Respecto de los dos volúmenes que se están imprimiendo actualmente, no queremos anticipar juicios, prefiriendo dejar al futuro lector libre de toda sugestión para que por sí mismo juzgue.

Lo que sí podemos hacer es comprometer una promesa formal, consistente en la seguridad de que el método histórico iniciado persistirá hasta el fin, de que se abomina con igual energía de los errores y crí-

menes nacionalistas y que se evidencian con la claridad posible los datos puramente humanos que constituyen el gran caudal de ideas y conocimientos progresivos que conducen á la fraternización de todos en la futura humanidad.

Su lectura para los niños de ambos sexos que han de ser lanzados á la vida, no siendo ya agentes pasivos que transmiten la tradición, como desgraciadamente es esa infancia enseñada y educada en la antigua pedagogía, sino agentes activos de iniciativas y de empresas vitales, es necesaria, aunque sólo sea por ser una obra única

Para los adultos es un resumen histórico, breve y verídico, en el cual se halla la explicación de instituciones y acontecimientos que difícilmente se encuentran en las grandes historias, por impedirlo, aparte de su extensión, lo defectuoso, cuando no lo erróneo del método.

Nada más podemos decir: nos lo veda el peligro de entrar en los repugnantes dominios del reclamo.

Aventuras de Nono

por JUAN GRAVE,

traducción de *A. Lorenzo*

Edición para Escuelas y de propaganda. Ptas. 2
Edición para bibliotecas. . . . . » 3'50

Sólo quien, como su autor, siente entusiasmo por la verdad manifestada en toda su espléndida belleza en medio de los convencionalismos y errores de la sociedad autoritario-capitalista, es capaz de escribir un libro como este, destinado á robustecer el sentido común inicial en la inteligencia de los niños y á hacerles impenetrables á la preocupación, al paso que refresca y anima al infatigable luchador que, con la vista fija en el ideal, niega acatamiento al mal sostenido por místicos y legisladores.

Epítome de Gramática Española

por FABIÁN PALASÍ

Obra práctica, esmeradamente impresa y encuadernada.

Edición para Escuelas y de propaganda. . Ptas. 2

Silabario, método racional de lectura progresiva

por CELSO GOMIS

12 ejemplares. . . . . Ptas. 4'80

Libro no editado por nuestra Biblioteca, pero usado en la Escuela y que serviremos á quien nos lo pida.

En prensa y en preparación libros de Ciencias, de Lecciones de Cosas y otros.

En los precios señalados en todas las obras va incluído certificado y franqueo para España.

